

EDUARDO DÍEZ

LA
VENGANZA
DE
SIGMA

Eduardo Díez

La venganza de Sigma

Copyright © 2024 by Eduardo Díez

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

Cover art by Estudio Escudero

*This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com*



*Para Ángel y Chema,
como no podía ser de otro modo.*

Te heriré por esto. Todavía no sé cómo, pero dame tiempo; ya se me ocurrirá algo.

GEORGE R. R. MARTIN

Choque de reyes

Hola, Σ:

¿Te sorprende que te llame así? ¿Acaso pensabas que nunca lo descubriría? Sé muy bien qué pretendes y lo que llevas intentando hacer conmigo desde el principio. Dios, ¡soy idiota! La vida me ha enseñado a no confiar en nadie tantas veces que ni recuerdo y, sin embargo, siempre tropiezo con la misma piedra. Tengo claro que a ti eso no te ocurrirá, porque tú no eres un ser humano. Eres un maldito monstruo al que no le importa llevarse lo que sea por delante. Pero, ¿sabes qué? Se te ha acabado el juego. Voy a hacer que todos sepan lo que has hecho. Pienso sacar a la luz tu identidad. Y entonces seré yo quien ría al saber que nunca volverás a hacer daño.

Con un beso por los viejos tiempos,

α

Dedicó un último esfuerzo a mirar la pantalla desde el suelo mientras el sopor que precede al sueño eterno le iba cerrando poco a poco los ojos con su gélida e implacable nana. La mano que le dio muerte, ahora sobre el teclado, borró de golpe aquellas palabras antes de apagar el dispositivo, arrancarlo de la mesa, meterlo en una bolsa, conectar la alarma del apartamento y salir por la puerta sin que nadie se percatase de lo que había ocurrido allí dentro.

—Bien jugado —le dijo—. Hice bien en ir siempre un paso por delante de ti, porque casi consigues estropearlo todo. Pero aquí termina tu reinado de falsedad.

Cruzó la puerta y le lanzó un beso.

—Por los viejos tiempos.

La víctima murió sonriendo. Al menos, su plan había funcionado.

1

La oficina aún no tenía letrado.

En realidad, ni siquiera podía llamársele oficina. Situado en la madrileña calle Pez, aquel piso a reformar conoció sin duda tiempos mejores antes de que la compañía Cánovas se hiciera con su propiedad y lo condenase a dormir el sueño de los justos. Aun así, era el lugar perfecto. Madrid bulle alegre y ruidoso en su continuo transitar de gente a escasa distancia de la Puerta del Sol sin pausas ni altos en el camino. Los bares atraen nativos y turistas por igual, hambrientos de tapas y sedientos tanto de cerveza como de una buena conversación. Día tras día. Noche tras noche. Año tras año. Con semejante premisa, nada podía salir mal. Ya lo dice el dicho: «quien compra en la calle Pez, bien sabe lo que pesca».

Pero para eso tenía que acudir alguien, y no era el caso.

Saulo empezaba a desesperarse mientras sentía el bullir del tiempo asomado a la ventana. Aunque cierto es que había abierto su pequeña agencia de investigador privado a mediados del mes anterior, el hecho de que nadie se interesara por sus servicios comenzaba a parecerle preocupante. Tirar de contactos no era una opción, aunque fuera sobrado de ellos. El grueso de gente a la que conocía, con dinero, prestigio y extraordinaria reputación, formaba parte de un mundo que, por el momento, era conveniente dejar al margen. Continuaba perteneciendo a esa pequeña esfera gracias a los negocios de su familia y sus más que notables habilidades para convencer y cerrar contratos de sustanciosa cuantía, siempre fuera del despacho. Los buenos restaurantes y los clubes de golf eran su territorio, y se movía en ellos como el mismísimo rey de la selva. Hablar con Saulo, tener una simple conversación con él, era algo por lo que muchos estaban dispuestos a pagar. Significaba tener contacto directo con la compañía Cánovas, cuyas últimas inversiones bien podían validarles el calificativo de imperio.

Nada ni nadie, sin embargo, podía sospechar que esa clase de vida comenzaba a aburrirle de forma soberana. De hecho, pasó buena parte de su veintena considerándose un nini de solemnidad. Ni estudiaba, ni trabajaba. Tras graduarse en Administración y Dirección de Empresas no volvió a tocar un manual y jamás se anudó una corbata salvo para determinados eventos, fiestas privadas y cócteles. Podía permitírselo, pues sacaba buen rédito de ello siempre que lograba cerrar un acuerdo. El nombre de Saulo Cánovas se había convertido en toda una marca dentro de la alta sociedad, y perder semejante estatus era algo del todo inconcebible.

Por eso mismo no podía decir que, además de relaciones públicas *sui generis*, se dedicaba también a sacar los trapos sucios del personal.

Lo bueno de aquel día es que era jueves. Eso significaba mañana de limpieza y conversación con Maruja. Nadie guardaba los secretos como ella, y eso Saulo lo sabía bien. Trabajó durante años en la casa familiar como tata, limpiadora, cocinera y lo que se terciase. Nunca le gustó que se refirieran a

ella como la «interna». Ella era Maruja, simplemente Maruja, una mujer con muchas cosas vistas, oídas y vividas. Saulo se alegró de haberla recuperado tras la abrupta decisión de jubilarla que tomó su padrastro sin consultar con nadie.

—Yo ya me voy, Saulete. Te he hecho bonito con tomate y unos pimientos asados.

—Si es que no te merezco, Maruja —respondió tirándole un beso—. ¿Por qué no te quedas a comer conmigo?

—¿Qué pasa? ¿Andas aquejado de soledades?

—Yo qué sé. Me da que he hecho una tontería abriendo este mal negocio.

—Como pienses así, mejor será que le echés el cierre y te ahorres disgustos.

—Sí, claro. ¿Y qué pasaría contigo?

—¡Uy! Yo ya estoy despachada de la vida, hijo. Por eso mismo sé muy bien lo que te estoy diciendo. O este tinglado empieza a dar perras pronto, o puedes irte dando por jodido.

Si algo caracterizaba a Maruja, era su franqueza libre de adornos. Se crio en el duro mundo del campo hasta que entró a servir en una casa familiar hasta que sus empleadores murieron. Fue entonces cuando el matrimonio Cánovas llegó a su vida gracias a una recomendación por parte del portero de la finca. Así fue como llegó a convertirse en el soporte invisible de la familia y jamás le faltó el cariño hasta que el padre de Saulo falleció por enfermedad. Tiempo después, cuando su tío se hizo cargo de la fortuna familiar, el ambiente comenzó a ensombrecerse hasta que el nuevo patriarca prescindió de ella en cuanto tuvo ocasión.

—No te me soliviantes, que nos conocemos —le conminó ella.

—Es un cabrón desgraciado, Maruja. Le odio. ¡Le detesto!

—Ahórrate la energía que le dedicas y úsala para sacar tu agencia adelante. Hazme caso, cachorro. Que una ya tiene sus años y sabe de lo que habla. ¡Con la de gente que conoces!

—No quiero mezclar. Por eso me cuesta tanto moverme. Siento que tengo las manos atadas en ese sentido.

—Entiendo.

—Aunque...

Maruja lo miró de reojo. Cuando Saulo dejaba las frases a medias era porque había algo importante detrás que no se atrevía a verbalizar.

—¿Aunque qué?

—Nada... El otro día recibí un correo electrónico de alguien que quiere contratar mis servicios.

—¡Pero eso es fantástico! —celebró ella dando una palmada— ¿Cuándo empiezas?

—No he dicho que vaya a aceptar.

—¡Tonterías! Cuando uno empieza en algo, no le puede hacer ascos a nada. ¿Qué es? ¿Un asesinato?

—¿Qué dices?! ¡No, por Dios! Además, a los investigadores no se les contrata para resolver ese tipo de crímenes. Para eso está la Policía y la Guardia Civil.

—Mejor, entonces. Así no tendrás que ensuciarte mucho las manos.

—Me han llamado para un caso de desaparición. El tipo es entrenador de gimnasio. Al parecer, salió de trabajar como cualquier otro día y, desde entonces, nadie sabe por dónde anda.

—¡Pues ahí está! ¡Tu primer caso, Saulete!

Sonrió.

—Uy..., tú no estás bien. Esa cara tan mohína me la conozco. A ver, ¿qué te pasa? Cuéntaselo a tu

Maruja, venga.

—No me pasa nada. Es solo que tengo un presentimiento.

—Ah, muy bien. ¿Y de qué, si puede saberse?

Saulo dio un trago de agua antes de doblar el *e-mail* impreso y metérselo en el bolsillo.

—De que, si acepto, voy a tener que firmar con el diablo.

2

No era la primera vez que había oído hablar del gimnasio Cosmópolis. Sus instalaciones entraban en el ranquin de las mejores en todo el país, algo que entraba en consonancia directa con la exclusividad del centro; un espacio amplio, provisto de múltiples salas dedicadas tanto al ejercicio como al descanso, sin mencionar los servicios de nutrición, estética, fisioterapia, restaurante y cafetería. Un sueño para quien cultive lo suficiente el amor al cuidado y bienestar del cuerpo. Uno del que Saulo nunca llegó a formar parte. Las series de ejercicios con sus respectivas repeticiones le hacían recelar de las veleidades que ofrece el entrenamiento de fuerza. Prefería correr, nadar, saltar. Incluso un deporte como el golf, donde la práctica es una obligación y la actividad física un asunto cuestionable, le hacía disfrutar más que aquel festival de máquinas y mancuernas.

La razón de su visita hizo que se olvidara de todo prejuicio al solicitar información en el larguísimo mostrador de la entrada. Fue una chica llamada Matilde quien, con exquisitos modales, enredó a Saulo para matricularse durante un mes. Aquella voz musical tan perfectamente afinada logró hechizarle como una sirena. Era guapa, de pelo castaño, mirada vivaz y una estudiada sonrisa que le hizo sentir como en su propia casa aun sabiendo que nada de aquello era cierto.

—¿Cuándo podré empezar? —preguntó tras hacerse la foto para su tarjeta de identificación.

—Hoy mismo, si quieres. Puedes adquirir aquí mismo la ropa de deporte. ¡Es comodísima!

—Me viene un poco mal, si te soy sincero. Pero mañana vendré sin falta.

—¡Genial! —se congratuló risueña— Has tomado una muy buena decisión, Saulo. Ya lo verás.

—Eso espero.

—Oye, ¿puedo preguntarte cómo nos has conocido? Es para la encuesta.

—De hecho, me has llamado tú —respondió con una amable sonrisa al mostrarle su acreditación como detective privado. Matilde abandonó su pose comercial y lanzó un sonoro suspiro.

—¡Saulo Cánovas, claro! Perdona, se me fue el santo al cielo.

—No hay nada que perdonar. Hasta te lo agradezco, porque necesito dar un poco de músculo a este cuerpo escombros que Dios me ha dado.

—Ya... Disculpa que te haya hecho venir de este modo. Sé que lo lógico sería pedirte cita y plantearte las cosas como es debido, pero no me da la vida.

Saulo le quitó importancia con un gesto mudo.

—Para entrar en materia: me has escrito porque un entrenador que trabaja aquí lleva desaparecido varios días sin motivo aparente. Enrique Laffan, para más señas. ¿Es correcto?

—La última vez que lo vi fue ahí mismo —señaló con el dedo de forma casi concienzuda hacia el torno que separaba la entrada del pasillo—. Se despidió como todos los días y yo le respondí sin mirarle, porque estaba atendiendo a una chica que quería información sobre el área de belleza. Desde entonces, no he vuelto a saber de él. Eso fue hace dos semanas.

—Pero alguien habrá denunciado su desaparición, digo yo. Uno no se esfuma así como así, y es raro que la policía no se haya puesto a investigar.

—Nadie sabe nada. A ver, Enrique es..., digamos que un tanto peculiar.

—¿Peculiar en qué sentido?

—Principalmente en ese. Enrique es la persona más reservada que he conocido. Nunca comenta nada sobre su vida, sus amigos, o su familia. Por no saber, te aseguro que nadie de aquí conoce sus aficiones.

—Nah —se escuchó musitar a unos metros de donde Matilde se encontraba.

—¿Disculpa?

—He dicho Noah. El fisio. Es muy amigo de Enrique.

El murmullo pertenecía a una chica cuya vista estaba fijada en la pantalla de su ordenador. A diferencia de Matilde, de carácter abierto y un tanto apabullante, la compañera se caracterizaba por su postura enjuta y cabizbaja.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Matilde un tanto airada. Era evidente que la buena sintonía entre ambas brillaba por su ausencia.

—Los he visto salir muchas veces al terminar mi turno. Se encuentran en la entrada y luego caminan juntos hacia el metro.

Saulo se interesó por el nombre de la chica. Tuvo que acercarse a ella para comprender que se llamaba Lara tras varios intentos para que alzase un poco el tono de su voz.

—Puedes preguntar a cualquiera lo que te he dicho sobre Enrique. Te aseguro que todos coincidirán en cada punto. Menos Lara, claro —esto último lo dijo imitando el tono de la chica susurrante.

—¿Y qué pasa con los directivos del gimnasio? Se habrán pronunciado al respecto, digo yo.

—No, porque se ha pedido tres semanas de vacaciones. Yo misma realicé el trámite —respondió Lara de nuevo para mayor desesperación de Matilde, cuya mirada despedía un odio casi palpable hacia su impertinente compañera. Saulo prefirió limitarse a recabar el dato y continuar recopilando información.

—¿Puedes hacer eso como recepcionista?

—No soy recepcionista. Trabajo en el área de recursos humanos. Y sí, puedo hacerlo.

—Entonces no entiendo tu preocupación —dijo Saulo, refiriéndose a Matilde.

—¡Te digo que no cuadra! ¡Se despidió hasta el día siguiente!

—De acuerdo, pero tú misma has dicho que Enrique es una persona muy reservada. No sería de extrañar que no diera detalles sobre si se había pedido vacaciones o no.

—Lo es, porque tenemos que saberlo para informar a los clientes que quieran el servicio de entrenamiento personal. Al menos tiene que saberlo la recepcionista, o sea, yo.

—Te envié un correo indicándote que Demóstenes se encargaría de sus entrenos, pero en mi bandeja figura como que no lo has abierto.

Matilde expresó su hartazgo con un fuerte manotazo sobre el mostrador que hizo temblar las pantallas de ambos ordenadores y logró que Lara se perdiera en el despacho que tenía a su espalda.

—Escúchame, Saulo—dijo tras hacer un par de respiraciones profundas para calmarse—. No soy una mujer alarmista ni paranoica. Estoy segura de que le ha pasado algo. Enrique es un enamorado de su trabajo y su entrega con los clientes es total. No hay nadie en todo el centro que tenga unas referencias tan buenas como las tuyas. Si se hubiera ido de vacaciones o ausentado unos días por lo

que fuera, ten la seguridad de que me lo habría dicho. Puede que sea una caja fuerte con su vida privada, pero es un tío muy jovial y simpático que se lleva muy bien con casi todo el mundo. Si pensara que esto se debiera tan solo a unos cuantos días libres, ¿tú crees que me iba a preocupar?

—Pero tu compañera ha dicho...

—Llevo aquí mucho más tiempo que esa tocapelotas. Eso debería bastar para que le des una vuelta a todo esto.

—Lo consideraré. Pero no trabajo gratis.

Matilde frunció el ceño, extrañada.

—Vale, vamos a intentar solucionarlo. Yo estoy tiesa, pero puedo regalarte un par de bonos promocionales para el área de belleza y bienestar. Fisio, spa y plan nutricional por tu cara bonita. ¿Qué me dices?

No estaba en condiciones de elegir. Aquella desaparición, fuera cual fuese su naturaleza, podría suponer el arranque de su carrera como investigador privado. Era la mejor manera de que alguien mostrara interés por su trabajo sin tener nada que perder por el camino.

—Está bien —dijo tras crear expectación con un largo silencio—. Me ocuparé del asunto.

Sellaron el trato con un apretón de manos, y los bonos sobre la mesa. Al final, había hecho un buen negocio.

3

Que los comienzos son duros es algo por todos conocido. Ningún arranque de nada fue nunca un paseo, da igual el grado de preparación que se tenga. Cuando uno se encuentra a al pie de la montaña y mira hacia arriba, rara vez se vislumbra más que terreno escarpado, duro y sin señalizar. Surge entonces, o suele hacerlo, cierto desencanto a modo de excusa para no iniciar el viaje o, al menos, la tentación de desistir antes incluso de intentarlo. Atrás queda la ilusión inicial que invade el espíritu de quien se visualiza en un puesto de trabajo determinado. «Yo quiero ser como este», «yo me veo haciendo lo mismo que aquel». Espejismos, promesas, creencias reflejadas en camisetas motivacionales. En realidad, nadie está preparado para escalar la montaña.

Acostumbrado siempre a permanecer en las cumbres más altas, Saulo nunca había llegado a preguntarse cómo iniciar el recorrido hasta la cima desde el terreno llano. Ahora tenía un caso, el primero de su carrera. Sabía más o menos por dónde empezar y no se le antojaba que la resolución fuera demasiado complicada. Tenía el nombre del entrenador desaparecido y los datos necesarios para comenzar la investigación. Aquello le ilusionaba y perturbaba a la vez. Una cosa era camelarse a un empresario para firmar el contrato del año y otra muy distinta que alguien le encomendase, si bien hasta cierto punto, la vida de una persona.

Sabedora de su reacción, Maruja se autoinvitó a comer con él tras prepararle unos canelones que no había vuelto a probar desde la última Navidad que celebró junto a su padre, cuando en la vida no existían las noches ni el frío. La reacción de Saulo tampoco fue una sorpresa. Corrió a lavarse las manos, sacó una botella de vino rosado que guardaba en la nevera y se puso a relatar cómo había ido la mañana con profusión de detalles.

—De vez en cuando hay que venderse gratis —dijo Maruja mientras le servía el plato—. Es la mejor manera de fidelizar clientes.

Saulo sonrió. Esas eran palabras de su padre.

—Vale. Me has ganado, Maruja.

Maruja se alegró al ver que su cachorro había crecido, pues no siempre tuvo tan buen temple. No mucho tiempo atrás, el carácter de Saulo era una bomba que estallaba cuando algo no sucedía según sus planes. Desapegado, frívolo, sarcástico en ocasiones, quizá —así lo pensaba ella—, fruto de la ególatra borrachera que supone estar en la élite, especialmente si se es exitoso. Necesitó estar al borde de la muerte en un pueblo perdido para que su perspectiva del mundo se diera la vuelta. Fue entonces cuando decidió enfocar su destreza en actividades que, aunque alejadas de su privilegiado día a día, ayudaban en cierto modo a que el mal no se saliera siempre con la suya.

—Por las cumbres más altas —dijo Saulo alzando la copa. La mujer se unió al brindis dubitativa y con una sonrisa tan fingida que a ambos les resultó incómoda.

—Conozco ese gesto y no me gusta nada, Maruja. ¿Qué pasa? Si es por lo del caso, conste que tú me animaste.

—El caso lo vas a resolver divinamente. Eso no me preocupa para nada.

—¿Entonces?

Maruja le miró a los ojos mientras sus manos revoloteaban entre los platos y las migas de pan desperdigadas por el mantel.

—Hijo, no te quiero asustar. Pero creo que alguien lleva siguiéndote desde hace varios días.

Maruja lo describió como un hombre de estatura normal, fuerte y barbado que vestía como un gato viudo. Llevaba, según ella, deambulando por la zona los últimos días y siempre finalizaba el recorrido mirando hacia la ventana del piso donde Saulo tenía la oficina. No empleó mucho tiempo para pensar en ello, y mucho menos le supuso ninguna preocupación. Teniendo en cuenta que el barrio de Malasaña es un mundo en sí mismo, no sería de extrañar que tan misterioso individuo fuera en realidad un simple paseante que mataba las tardes caminando de forma rutinaria.

La cabeza de Saulo iba por otros derroteros. A las diez de la mañana cruzó por primera vez el torno del Cosmópolis. Dejó sus cosas en la taquilla, agarró una toalla y se fue directo a las bicicletas de *spinning* que se encontraban en la primera planta para familiarizarse desde arriba con el entorno. Al ser una de las franjas horarias menos concurridas, la observación del personal era mucho más relajada y diáfana. Los entrenadores activos se concentraban en sus clientes, ya fuera para supervisarles el ejercicio o para tener algo de conversación con ellos entre serie y serie. En la mesa situada junto a las escaleras se encontraba el instructor de sala para asistir a aquellos que iban por libre y tenían alguna duda sobre cómo hacer tal o cual cosa.

El plan de inspeccionar el terreno fingiendo destreza con las máquinas de la sala se le vino abajo nada más comenzar. Algunas de ellas se asemejaban a siniestros instrumentos de tortura con asiento y dificultad regulable que, pese a llevar incorporada una pequeña pantalla con el respectivo vídeo explicativo, Saulo prefirió no tocar por miedo a romperla y lesionarse.

—¿Todo bien? —escuchó a su espalda. Obviamente, su grado de desconocimiento no logró pasar desapercibido.

Supuso que la mejor manera para romper el hielo era reconocer con humor su sobrada actitud y presentarse a continuación. No le resultó difícil quedarse con que el nombre del entrenador era Demóstenes, cuya fuerte fonética bien podía aplicársele a su espectacular físico. Aquel hombre parecía un guerrero de la antigua Esparta.

—Tú pregunta sin ninguna vergüenza. ¿Te han hecho ya la entrevista?

—¿Entrevista? —preguntó haciéndose de nuevas.

—Todos los nuevos socios tienen que hacer una. En función de sus objetivos, les damos determinadas orientaciones y una tabla de ejercicios. Sin olvidar la medición, claro. Peso, masa grasa, masa muscular, visceral... Ya sabes.

—Desde luego, claro.

—Aunque lo del peso es algo orientativo.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! Ten en cuenta que un culturista y un obeso mórbido pueden pesar exactamente lo mismo. La clave está en averiguar qué compone ese peso. Cuando ya tenemos el perfil del cliente,

diseñamos un plan coordinado con el servicio de nutrición. El resto es cosa de voluntad y constancia. La parte positiva es que eso se adquiere a base de práctica.

—Y de disciplina —añadió Saulo. Demóstenes se mostró satisfecho con su apostilla.

—¿Te han asignado ya un entrenador personal?

—Todavía no. Pero, ya que eres el primero con quien hablo, ¿qué tal si eres tú?

—Por mí encantado, aunque tengo que ver mi agenda. Desde que Enrique se fue, vamos como pollo sin cabeza.

—¿Enrique, dices? —preguntó haciéndose de nuevas.

—Sí, uno de nuestros entrenadores. Tenía vacaciones acumuladas y se las ha pedido todas de golpe. Por un lado le entiendo, no creas, son muchas horas aquí metido y el cupo de días libres caduca a final de año. Pero joder, debería haberlo consultado antes. O, al menos, dar aviso antes de esfumarse como si nada. El cabrón es raro hasta para eso.

—Parece que no te cae demasiado bien.

—¡Que va, si me cae de puta madre! Es muy buen tío, pero para sus cosas es raro de cojones. Lo sabrás cuando le veas. Hace diez años que nos conocemos y todavía no sé nada de su vida fuera de aquí. Que yo lo respeto, ¿eh? Lo que pasa es que... Bueno, seguro que me entiendes.

La entrevista duró cuarenta y cinco minutos que concluyeron con los resultados de la medición. Saulo necesitaba ganar masa muscular. Estaba tan delgado que se le adivinaban las costillas y aquello no era algo que se arreglase tan solo con entrenamientos de fuerza.

—Tienes que tomar más proteína. En el departamento de nutrición pueden orientarte muy bien. Les pasaré el resultado y te harán una tabla de alimentación a tu medida.

Saulo se mostró conforme. Estaba satisfecho por haber encontrado alguien a quien no le importaba demasiado comentar las últimas novedades, curiosidades y rumores de lo que se cocía en el gimnasio desde la apertura hasta la hora del cierre.

Llegó al piso de Pez con la sensación de que le había pasado un tren por encima pese a haber realizado tan solo tres ejercicios pautados por Demóstenes. El olor a carne guisada que Maruja estaba preparando hizo que su estómago bramara de forma tan escandalosa que incluso se escuchó en la cocina. La mujer salió de los fogones interesándose por cómo había ido la infiltración y Saulo se lo contó todo.

—¿Ves? ¡Lo que yo digo siempre, que no te alimentas bien! Comes como un pajarillo cuando lo que tu cuerpo necesita es enjundia de la buena. A partir de ahora, te haré la comida todos los días en base al menú que te diseñen. Vas a ponerte igual que el Termópilas ese como yo me llamo Maruja.

No tuvo tiempo de corregir su error, pues el timbre comenzó a sonar con prolongada insistencia. Cuando Maruja encendió la cámara del portero automático, dio un grito de angustia y corrió a esconderse.

—¡Ay, Saulo, no abras! ¡Es el hombre que te dije ayer!

Pocas cosas le motivaban más que el peligro de las advertencias. El corazón se activaba, la sangre bullía y los nervios que se le concentraban en el estómago eran tan estimulantes que solo quería tener más. Desoyó las palabras de Maruja y, tras mandarle salir por el ascensor de servicio, caminó hacia la puerta de puntillas para no hacer ruido.

Agarró el picaporte.

Tiró de la puerta.
Palideció.

5

Sus caminos se cruzaron por primera vez tres años atrás, cuando la crónica negra de El Marjal, un pueblo tan pequeño como olvidado de la España profunda, escribió el primer capítulo de su leyenda negra con letras de sangre. Dos muertes enormemente significativas sacudieron aquella tierra y desataron lo que llegó a ser una verdadera tragedia.

De todos los vecinos naturales del lugar, solo uno se atrevió a investigar luchando contra los elementos y contra quien se pusiera por delante. Un joven guardia civil llamado Mauricio Silvestre, cuya edad poco o nada se correspondía con su aspecto fuerte y rostro barbudo para aparentar más asiento y experiencia vital, algo que, al contar tan solo con veinte años, resultaba ser una tarea imposible. Su tenacidad y buen ojo le llevaron a contar con Saulo como compañero extraoficial. El resto es historia que da para una novela. Quizá esté escrita ya.

—No has cambiado nada —dijeron al unísono antes de fundirse en un abrazo. Saulo se dio cuenta en aquel instante de que Mauricio había dejado de ser aquel bisoño inocentón a quien vacilaba a placer en ocasiones. La fuerza con que lo estrechaba entre sus brazos le dio a entender que se había trabajado el físico a conciencia. Mauricio, por su parte, apreció en la mirada de su amigo manchas de melancolía.

—¿Cómo has dado conmigo, Mauricio? No hemos vuelto a hablar desde... ya sabes.

—Busqué «detectives privados Madrid» y empecé a barajar hipótesis. La verdad es que no me costó demasiado dar con tu oficina.

—Pero no aparece mi nombre.

—No, pero que una agencia se llame *Veritatis Splendor* da que pensar para cualquiera que te conozca. Llevo días rondando por aquí, pero no estaba seguro de qué portal era hasta que te he visto entrar. Está muy bien escondida.

—La discreción es mi punto fuerte.

—Doy fe.

Saulo recibió a su viejo amigo como buenamente pudo, algo nuevo para él. Acostumbrado a la pompa y el boato de innumerables eventos, le resultó frustrante no hacer músculo con lo que, se suponía, se le daba mejor: impresionar. Todo cuanto pudo ofrecerle fue un café y unas galletas que vinieron rotas con la caja. Lejos de sorprenderle para mal, Mauricio se sintió agradecido y asombrado por el aroma que desprendía la cafetera.

—¿Se acostumbra uno a vivir aquí? —preguntó.

—No te acostumbras. Te enganchas. Es como una droga que sabes que es mala pero no puedes dejar.

—Eso quiere decir que no me acostumbraré nunca. ¡Hay mucho ruido, Saulo! La gente parece que corre por la calle, se saltan los semáforos a la torera, los coches no esperan. Creo que he perdido

pelo desde que llegué aquí.

—¿Cuándo llegaste?

—La semana pasada. En autobús.

—¿Y dónde te alojas?

—En el hostel de al lado. ¡Somos vecinos, Pisaverde!

Saulo sonrió. Solo había un lugar en que le llamaban de ese modo, y de eso ya hacía años. Escuchar la voz de Mauricio coloreada del tono tan típico que distinguía a los nacidos en El Marjal le transportó a aquel pueblo, cuyas calles empedradas y bosques colindantes rezumaban ecos de magia antigua y terrible.

Un lugar al que juró no volver jamás.

—He pedido una excedencia. Necesitaba respirar, Saulo. Qué irónico, siendo guardia civil en un pueblo junto al bosque, ¿verdad?

—Llevabas tiempo queriendo pedirla, me acuerdo bien.

—He tenido que esperar el tiempo mínimo reglamentario para solicitarla, que son tres años.

—Los mismos que yo he empleado en formarme como detective privado.

Mauricio sonrió. El también recordaba las ilusiones de Saulo.

—¿Y qué tal el negocio? ¿Te va bien?

—Precisamente, ahora mismo estaba estudiando un caso.

—¡Oh! ¿Se puede contar?

Aquella inocente pregunta, aquella pequeña muestra de interés sin mayor pretensión que la de continuar charlando, despertó en Saulo un rincón de la mente que creía dormido. Se fijó en los ojos de su amigo, redondos y bonachones orbes de inocencia, y comprendió que la visita era lo mejor que le había podido pasar.

—Ponte el abrigo, que te invito a comer.

Mauricio conocía la media sonrisa que se le dibujó a Saulo al terminar la frase y se inquietó por ello. Imposible encontrar una motivación mejor para aceptar irse con él al fin del mundo.

6

Luz, sonido y movimiento. En eso consisten los estímulos y Madrid está repleto de ellos, especialmente para alguien como Mauricio, cuyo ritmo de vida nada tenía que ver con la marea de gente que transitaba por las calles del centro a la caza de lotería, regalos de Navidad y compras varias. El puente de la Constitución es una fecha señalada en rojo para aquellos que no viven en la capital y quieren acercarse a ella, por lo que el trajín diario, ya de por sí intenso, aumenta de forma exponencial durante ese periodo de tiempo.

Saulo comprendió a no mucho tardar que aquello sobrepasaba a su joven amigo, de modo que se lo llevó al Rodilla de Callao para alejarle del mundanal ruido. Si bien no lo consiguió del todo, al menos la comida les ayudó a evadirse mientras hablaban de la vida, del mar y de los peces. Mauricio, sin embargo, no conseguía desconectar.

—Me siento como en una película de Paco Martínez Soria —dijo con una seriedad que a Saulo le resultó tan cómica como enternecedora.

—No exageres, hombre. Ya verás como en seguida te haces a esto y no querrás volver.

—Hay demasiado ruido y la gente habla muy alto. A estas horas, en el pueblo solo se escucha el silbido del viento golpeando las ventanas de madera.

—¡Pobre! ¿Quieres irte a la camita? —ironizó. Mauricio le miró con seriedad. No le gustaba esa clase de bromas porque, pensaba, había en ellas algo más que simple retranca. Surgía entonces el viejo fantasma de la infancia, ese que transforma las bromas intrascendentes de la vida adulta en verdaderos agravios. Saulo comprendió que no había estado fino y le pidió disculpas.

—Quiero encontrar una, más bien. A poder, en un hostel más económico.

—Vamos, que estás tieso y no tienes dónde pasar la noche.

Mauricio lo miró escondido en una expresión de asombro.

—No sé por qué dices eso.

—Pues mira, lo saco de los cinco minutos en los que has tardado en decidir qué comer. Suelas señalar todo lo que estás leyendo y, curiosamente, siempre vas a lo barato. Si a eso le añades que te has estado apartando de cada escaparate en el que yo me paraba a mirar el precio de la ropa y que no dejas de rehuirme cada vez que te propongo comprar algo, es fácil deducir que no tienes un duro. Y reconocer que te han robado la cartera con toda la documentación te resulta humillante porque eres guardia civil y representas la autoridad aun estando en excedencia. Eso de hacer como que no la encuentras me lo conozco de sobra. Te han visto cara de primo y han ido a por ti.

—Si vas a empezar a chotearte de mí, me largo ahora mismo.

—¿Qué dices, tío? —le aplacó Saulo—. Sabes que yo nunca haría algo así contigo. Además, esto le puede pasar a cualquiera, amigo.

—Empiezo a preguntarme qué entiendes tú por amistad.

—Para empezar, no permitir que pases la noche en la calle. Hoy duermes en la oficina, ¿estamos? Tengo una habitación para casos de emergencia y esta mañana he cambiado las sábanas.

—No puedo aceptarlo.

—Puedes y debes. No me seas melindres, que me jode mucho. Tú harías lo mismo por mí, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Todo dicho, entonces.

Zanjada la conversación, Saulo se sumergió en la pantalla de su móvil. Mauricio no acababa de entender la extraña tendencia que tenía la gente de abstraerse en sus cacharritos mientras el mundo seguía girando y las oportunidades de mantener una buena conversación se escapaban como la vida. Buscando algo con lo que distraer su atención, agarró el periódico de tirada local que un parroquiano se había dejado sobre la barra.

—Anda, mira. Han encontrado muerta a una chica en su casa. Dicen que puede haberse tratado de un homicidio. O asesinato, vete a saber.

Saulo la fotografía antes que los titulares. En ella, una chica joven y guapa posaba sugerente para la cámara mostrando un tatuaje que tenía en el hombro.

—Coño...

—¿Qué pasa? ¿Sabes quién es?

—¿Cómo no saberlo? Esta tía era una *influencer* muy conocida. Joder, estoy desconectado del mundo...

—A saber qué le habrá ocurrido. Siempre hay una historia detrás de cada crimen.

—Ya lo leeré con detenimiento. Ahora quiero centrarme en la del caso que quiero investigar.

—¿El del entrenador desaparecido?

—Ese mismo. Tengo mucha curiosidad por lo que le haya podido ocurrir.

Mauricio dio un sorbo a su café con cierto desagrado al ver que Saulo no mostraba ningún interés hacia el suceso de la chica. No había signos de violencia y nadie pareció haber visto nada ni notar nada raro el día que se cometió el crimen. La noticia le recordó a cuando, bajo el mando de su padre y a la vez sargento, hubo de hacer frente a un crimen que marcó para siempre la historia de su pueblo natal.

—Por lo que me has contado —dijo—, vas a tener que emplearte a fondo en el gimnasio para sacar algo en claro. Quizá puedas aprovechar para ponerte fuerte, porque estás hecho un palo de fregona.

—Quizá —respondió Saulo levantando la vista del móvil—. El problema es que no me gusta entrenar solo.

Aquel comentario concentró la atención de Mauricio en el investigador y le hizo sonreír satisfecho. Por fin empezaba a sentirse cómodo. Por fin alguien hablaba su lenguaje. O, al menos, se aproximaba a hacerlo.

—Cuenta conmigo, Pisaverde.

—Perfecto. Y ahora, vamos a poner una denuncia por el robo de tu cartera. No quiero que mi compañero sea un indocumentado.

Saulo se miró al espejo tras refrescarse la cara con agua. Solo eran las cinco de la mañana, pero el sueño que acababa de tener le había desvelado por completo y sin posibilidad ninguna de poder arañar unas horas más de descanso. Maniatado contra el tronco de un árbol, esperaba agónico el disparo de la figura negra y sin rostro que se hallaba frente a él con una escopeta apuntándole directamente al pecho.

El regreso de Mauricio a su vida no pasó desapercibido para su subconsciente. Lo que vivió en El Marjal aún permanecía tierno, abierto y sangrante, como una herida profunda en su memoria. Sudaba frío y su respiración era agitada. Se palpó el cuerpo como acto reflejo, esperando encontrar carne lisa y libre de magulladuras para recobrar la paz que aquella pesadilla le había robado. Pero las rugosidades que rodeaban sus muñecas como sendas esclavas de fuego le hicieron comprender que aquel sueño no era tanto una fantasía como un penoso recuerdo.

Aquella sucesión de acontecimientos tan inesperados como macabros supusieron su inmersión definitiva en el mundo del crimen y el misterio. Nada que ver con el concepto idealizado que tenía de ese mundo hasta entonces, construido en buena medida a base de lecturas cuyos personajes prácticamente terminó considerando amigos. Sherlock Holmes, Poirot, Marlowe, el padre Brown, Perry Mason, Dupin y tantos otros instruyeron a Saulo en el arte de la deducción con sus impecables estilos. «¡Ah!», pensó, «ojalá con eso bastase para poder acercarme un poco a ellos...».

Empleó los siguientes tres años en formarse como detective privado y meter la nariz en todo cuanto le sugería un mínimo de sospecha. Comenzó investigando infidelidades y casos de absentismo laboral, asuntos de poca monta que, sin embargo, le hicieron ver de qué iba el oficio que tanto se había afanado en aprender. Odiaba la parte del seguimiento. Horas enteras aguardando en un coche a que el sujeto investigado, saliera de casa o entrase con alguien para cazarle con una máquina de fotos y así obtener pruebas concluyentes que corroborasen o echaran por tierra las elucubraciones que habían llevado al cliente a requerir de sus servicios. No era eso lo que Saulo quería, y tampoco lo necesitaba para vivir gracias al patrimonio que la familia Cánovas tenía en su haber. Por suerte, le bastaba dedicar unas pocas horas al negocio familiar para que su padrastro tuviera queja alguna de su contribución al negocio familiar. Todo cuanto necesitaba era estar al día de las operaciones financieras y conocer a fondo los pormenores vitales de aquellos clientes que estuvieran interesados en la firma de un contrato con la compañía. El resto era labia, contactos y desenvoltura en los mejores locales del país, fueran del tipo que fuesen.

Aprendió a leer en las quemaduras de sus muñecas. Cada línea, cada hendidura por pequeña que fuera, encerraba un poderoso mensaje:

«Fórmate. No des nada por sentado. Y nunca, nunca, te fíes de nadie.»

Al recordarlo, la sombra de Mauricio se le apareció en sus pensamientos.

Como todo buen gimnasio, el Cosmópolis ofrecía la posibilidad a los socios de traer un amigo con el fin de ampliar su cartera de clientes. Solo había que rellenar una ficha, para obtener la pulsera electrónica de rigor y cruzar el umbral de aquel particular monte olimpo rebosante de cuerpos cincelados a base de esfuerzo, sudor y constancia.

—Pues eso es todo, Mauricio. ¡Disfruta de tu visita y ámate a venir con Saulo!

—Gracias —se limitó a responder, abrumado ante tanta amabilidad.

—Uy, tú no eres de aquí, ¿a que no?

—Ha venido unos días a verme—se apresuró a responder Saulo para aplacar su insaciable curiosidad. Consciente de la timidez que mostraba el guardia civil, pestañeó en señal de que lo había entendido—. Está de vacaciones.

Aprovecharon la poca afluencia del vestuario para repasar con calma los pasos acordados. Saulo había previsto cada detalle con precisión milimétrica y Mauricio, que a pesar de los años sin verle conocía bien su forma de hacer las cosas, le atendió como si estuviera recibiendo instrucciones de un superior.

—¿Lo has pillado?

—Al milímetro. Matilde es la clave.

—Equilicúa. Tienes que embelesarla con esa barbita que tienes mientras yo hago lo mío.

—De acuerdo, pero procura no tardar mucho.

—Tranquilo, que no es mi primera vez colándome donde no debo. ¿Listo?

Mauricio se tomó un momento antes de responder.

—Una cosa más, Saulo.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó con impaciencia— ¡No me digas que vas a echarte atrás!

—No es eso.

—¿Entonces?

—Es que no me siento cómodo con esta situación.

Saulo puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Había olvidado que Mauricio era el paladín de los principios. La flor y nata de la rectitud. El príncipe de la honestidad.

—Joder, picoletto..., solo tienes que hablar con una chica. No te pido que te la ligan.

—¿Qué dices? ¡Me refiero al dinero! ¡A que me pagues todo esto! Hace que me sienta menos que tú, y no me gusta.

—Ese es tu problema. Yo solo te estoy ofreciendo facilidades. Si quieres las tomas y, si no, pista. Eres libre de hacer lo que quieras, pero ahora vamos a lo que vamos, ¿de acuerdo? Ya tendrás tiempo para comerte la cabeza.

Poco tardó Saulo en percatarse de su excesiva vehemencia. En silencio, y con los ojos de un

animalillo que no entiende nada, Mauricio se limitó a mover la cabeza con lentitud en señal de afirmación sumisa mientras la pregunta sobre qué le había ocurrido al investigador desde la última vez que se vieron bullía en su interior como una olla a presión.

«Tal vez no haya sido buena idea venir a verle», pensó.

Se levantaron del asiento y, ya cambiados de ropa, cada uno se fue por donde habían acordado.

Lo bueno de tener amigos hasta en el infierno es que algunos pueden enseñarle a uno las mañas más insospechadas, ilegales y, sobre todo, útiles para un por si acaso de fuerza mayor. Saulo bien lo sabía, como también que ningún conocimiento aprendido en los bajos fondos es barato. Sonrió al recordar el momento en que uno de los rateros más peligrosos y reincidentes de la capital le dio el visto al considerar que, por fin, había aprendido a birlar carteras y relojes. Aquella lección, de cuantía casi equivalente o incluso superior a la de un máster, fue lo que le permitió hacerse con la llave maestra del jefe de mantenimiento al fingir un mareo y tropezar contra un cerro de toallas limpias. Similar a una ficha de casino, abría cualquier taquilla con tan solo aproximarse a la puerta. Probó con la suya propia y, al ver que funcionaba, emprendió su discreta marcha hacia el vestuario de personal.

«Te toca, picoletto», dijo para sí. «Veamos lo que has aprendido en todo este tiempo».

*

—¿De verdad? ¿Guardia civil?

Mauricio asintió.

—En excedencia, pero sí.

—Ay, a mí me encanta el uniforme de guardia civil. Bueno, de todos los cuerpos en general. Os hace tan... ¡Vamos, que me encantan los uniformes!

—Bueno, tiene sus cosas. Te ahorra muchos quebraderos de cabeza a la hora de vestir.

—A mí el mío me los da, por lo contrario. Me aburre ir de negro todos los días, parezco una viuda sin consuelo.

—Tampoco está tan mal.

—¿Tú crees?

Mauricio no respondió. La incómoda e impertinente tos de Lara condujo al instante el tema de conversación.

—¿No te animas a probar las instalaciones, Mauricio? —preguntó, ignorando en lo posible a su compañera.

—En realidad sí, pero quería hacerlo como socio. Voy a matricularme.

—Pues has tomado la mejor de las decisiones, de verdad que sí. Para un guardia civil es muy importante la forma física, y este sitio es el mejor de Madrid.

Mauricio sonrió.

—Lo sé. También tengo un máster en Ciencias del Deporte.

—¡Míralo! Eres una caja de sorpresas.

«No lo sabes bien», pensó mientras Matilde le pedía sus datos. Siguiendo las instrucciones de Saulo, Mauricio dio la dirección del piso que utilizaba como oficina y un número de cuenta que le facilitó antes de entrar al gimnasio. Mientras leía los números en voz alta, se percató de que la

mirada escrutadora de Lara le recorría el cuerpo de arriba abajo en busca de no sabía bien qué.

—Pues esto ya está. Bienvenido a Cosmópolis, Mauricio. Acabarás adorando este sitio, ya lo verás. Y a nosotras también.

*

No le costó demasiado a Saulo dar con la taquilla que estaba buscando. «Enrique Laffan», leyó en voz alta. Acercó la pulsera a la taquilla y esta se abrió como por ensalmo sin hacer ruido.

Un cambio de ropa para entrenar, un neceser para la ducha y un par de chancas fue todo lo que encontró. Poco que destacar si no se tiene en cuenta la excesiva pulcritud con que estaba todo colocado. Ni el pantalón ni la camiseta tenían una sola arruga. Desprendían, eso sí, un agradable olor a suavizante que hizo sentir a Saulo como en casa, cuando la residencia de los Cánovas podía considerarse como tal hasta la llegada de su tío y padrastro. Tal fue su necesidad de transportarse al mundo de los recuerdos que hundió su nariz en la ropa para después inhalar profundamente. Aquel extraño ritual habría funcionado de no ser por el extraño sonido que percibió entre las prendas. Con el ceño fruncido, palpó despacio la camiseta hasta sentir una rugosidad que crujía al tacto y que resultó tratarse de un folio doblado.

El eco creciente de unos pasos a lo lejos hizo que se le encogiera el estómago. Quería moverse, salir de allí corriendo, pero el margen de maniobra era escaso y no conseguía que las piernas le respondieran. Respiró al percatarse de que se habían detenido a la llamada de una voz femenina. Volvió a la tarea. Con cuidado, sus manos recorrieron la suavísima camiseta hasta dar con el papelito. Ser rápido se convirtió entonces en algo esencial para que nada pudiera echar al traste su objetivo. Sabía que, fuera lo que fuese aquello, era demasiado importante como para dejarlo pasar. Ya casi estaba. El peso del agobio comenzaba a aligerarse poco a poco. Incluso respiraba mejor.

—¡Tú! ¿Se puede saber qué haces aquí?!

Maldijo su suerte. Ojalá aquel ratero le hubiera enseñado también a escapar.

Barras de dominadas, jalones, poleas, bancos de abdominales, bancos para pesas. Aquello era tan solo una pequeña parte de lo que, maravillado, Mauricio observaba como un mundo por completo utópico para alguien como él. Un parque de atracciones diseñado para hacer del esfuerzo y el sufrimiento una motivación en forma de promesa con el fin de lograr un cuerpo fuerte, sano y curtido en resistencia. La sala estaba perfectamente distribuida, con un espacio entre las máquinas que imposibilitaba choques y esperas. Apenas había gente y nadie intercambiaba con el otro más allá de un saludo cordial, acompañado acaso de alguna pregunta manida para estirar el chicle de la corrección.

No se privó de nada. Quiso probar cada aparato, cada utensilio, todo cuanto le supusiera algo de técnica para demostrarse a sí mismo que no había perdido facultades desde la última vez que se puso ante una de esas máquinas. El carácter concienzudo y minucioso de Mauricio cristalizaba en su técnica para realizar los ejercicios. «El peso y una buena ejecución no siempre son compatibles», le dijo a una mujer madura que se fijó en su destreza. «De hecho, vale más un ejercicio bien hecho que realizarlo de aquella manera con más kilos. Así es como los músculos trabajan y se desarrollan en condiciones».

El encargado de sala no pasó por alto las indicaciones que Mauricio le brindó a la mujer, pues el cambio de esta a la hora de realizar los ejercicios fue notorio. Caminó hacia el guardia civil en actitud cordial y, tras examinarle de cerca, le saludó con efusividad contenida.

—Tengo que felicitarte. Has conseguido convencer a la tía más terca de toda la sala. ¿Cómo lo has hecho?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Despertando su atención, supongo. Tampoco le he dicho gran cosa.

—Las palabras que te he escuchado decir son de alguien que sabe muy bien de lo que está hablando. Me llamo Demóstenes.

Mauricio se presentó con el correspondiente apretón de manos sin que tanta cordialidad terminara de convencerlo. Aquel tipo le miraba con atención, casi con ánimo escrutador, como un animal cogiéndole la medida a su presa.

—Da gusto conocer gente que ama lo mismo que tú.

—¿A qué te refieres?

—¡Al deporte, claro! Lo sé porque yo intento poner la misma pasión que tú cuando estoy con mis clientes. Te has formado en esto, ¿verdad?

—Sí. Tengo el grado y un máster que he terminado hace poco.

—Estaba seguro. Lo sé porque me he estado fijando en cómo realizas los ejercicios. Precisos y concienzudos, como debe ser.

—Gracias —se limitó a responder con cierto rubor que comenzaba a incomodarlo.

Demóstenes asintió satisfecho con los brazos en jarra mientras, mirando hacia arriba, gesticulaba con la boca en busca de articular las palabras adecuadas.

—A ver cómo te digo esto sin que suene extraño, Mauricio: ¿estudias o trabajas?

—Digamos que me estoy tomando unas largas vacaciones de ambas cosas.

—Oh... Entiendo. Supongo que entonces no te interesará tener un ingreso extra.

—Nunca le hago ascos al trabajo. Dignifica a la persona.

—Seré claro, entonces: ¿te gustaría trabajar aquí?

El joven guardia civil mostró una enorme expresión de sorpresa.

—¿Disculpa?

—Lo que has oído. Mira, necesito un entrenador en sala. Tengo varios, pero hemos tenido una baja que debo cubrir. Trabajarías veinte horas semanales. Sé que no es mucho, pero te aseguro que el salario merece la pena. Y también sé que no es la manera más ortodoxa de ofrecer un curro, pero tengo cierta mano en la dirección y Lara, la de recursos humanos, me ha hablado muy bien de ti cuando le he preguntado. Le causaste muy buena impresión. Es un contrato temporal, no te voy a engañar. Cuando Enrique se reincorpore, todo volverá a su ser.

—¿Enrique es el de la baja?

—Digámoslo así —respondió sonriendo—. También se ha tomado unas largas vacaciones.

—¿Y cuándo se incorporará?

—No creo que volvamos a verle el pelo en unos meses. Créeme, es una muy buena oportunidad para alguien tan joven como tú. Piensa que el prestigio de este gimnasio es enorme. Podrás conocer a gente pudiente y muy bien relacionada. Yo que tú, no la desaprovecharía. Pero tómate tu tiempo en decidir la respuesta, por supuesto. Sin presión ninguna. Si quieres, consúltalo con la almohada y mañana me dices.

Mauricio nunca pensó que fuera a resultarle tan sencillo encontrar trabajo en un lugar como Madrid, menos aún siendo un recién llegado cuyos planes a medio y corto plazo eran más bien inciertos. Sellaron el acuerdo con otro apretón de manos que pronto acabaría formalizándose negro sobre blanco. Caminaron juntos hacia recepción envueltos en un silencio eufórico, interrumpido únicamente por los saludos que Demóstenes lanzaba a quienes se cruzaban con él.

Fue entonces cuando sacó el móvil y, sin perder la discreción en ningún momento, tecleó un mensaje con rapidez y la sonrisa que da el deber cumplido.

«Está hecho».

10

La invitó a tomar un café en señal de gratitud por haberle salvado al cuello en el último momento. Si no hubiera sido por Matilde, probablemente Saulo habría terminado de espaldas a la puerta del Cosmópolis tras una soberbia —e impecable por las formas—patada en la curcusilla. En compensación, quiso llevarla a uno de los lugares más exclusivos de Madrid en el que a los baristas se les trataba como verdaderos pintores de espuma.

—Pide lo que quieras, no escatimes en gastos.

—No pensaba hacerlo —dijo Matilde con un tono disfrazado de seriedad—. Después de la que te he librado, lo mínimo es que me pagues un desayuno como es debido. ¿Tú sabes lo que habría podido pasar si llegan a pillarte? ¡Se te cae el pelo! Y a mí también, por tratarte con preferencia.

Saulo llamó al camarero fingiendo no haberla escuchado, gesto que, aunque cargado de displicencia, a Matilde le resultó más cómico que molesto al contemplarle medio repanchingado en la silla como una estrella de *rock* trasnochada y ojerosa. El tono con que pronunció la palabra *macchiato* terminó por provocarle una ligera risita que no se preocupó de disimular.

—Para mí un poleo y un suizo de esos que le has servido a la señora de allí, gracias.

—¿Un poleo? Mujer, aprovecha que te invito. Estás en el mejor café de Madrid.

—Gracias, pero no quiero nada. A no ser que pueda llevarme una de esas tazas tan monas como la que te han servido.

—¿Te gusta? Es un diseño exclusivo encargado a la Cartuja de Sevilla. Yo conozco a los dueños, son buenos amigos. Si quieres puedo...

—Oye, majo —le cortó—, si no te importa vamos a ir al grano porque en menos de veinte minutos volveré a convertirme en currela y quiero que hablemos de lo que ha pasado esta mañana en el *gym*.

—Tu dirás —respondió Saulo dibujando una leve sonrisa antes de dar un sorbo a su café y saborearlo con deleite.

—Primero, no vuelvas a actuar del modo en que lo hiciste sin consultármelo. ¡Tienes que ser más cuidadoso, joder! ¡Te vi a través de las cámaras! Y menos mal que fui yo, porque de lo contrario...

—Nos habrían echado a los dos —completó Saulo—. Ya me lo has dicho antes. Supuse que no habría problema, porque me aseguré que estabas en recepción antes de hacer nada. Aunque te parezca lo contrario, posiblemente habríamos levantado sospechas si hubiese actuado de forma distinta.

—Me da lo mismo. Aquí la cliente soy yo, y los clientes siempre tenemos razón. ¿No te enseñaron eso en la academia?

Saulo gruñó. Cuando Saulo gruñe, es mejor no seguir tensando la cuerda.

—Y lo segundo, aún estoy esperando a que me digas qué has encontrado.

—¿Cómo sabes que he encontrado algo?

—Porque cuando entraste esta mañana no hacías ruido al caminar y ahora sí lo haces. Tu bolsillo derecho suena a papel.

Saulo miró perplejo a Matilde. Aquella chica resultona y con carácter que desayunaba su suizo con prisa resultó ser, además de buena en su trabajo, una observadora excelente de la que, quizá, podría aprovechar su potencial en un futuro.

—Todo a su tiempo, Matilde —resolvió—. Todo a su tiempo.

*

—Ha salido a pedir de boca. ¡Justo como dijiste que ocurriría!

La euforia de Mauricio hizo que agarrara del hombro a Saulo al bajar las escaleras del metro. Al igual que un niño entusiasmado por la experiencia recién vivida, el joven guardia civil relató punto por punto lo que había sucedido en el transcurso de la mañana con Demóstenes.

—Me ha contratado a treinta y cinco horas durante tres meses. No está mal, ¿verdad?

—Nada mal, picoletto. Te doy mi más sincera enhorabuena. Además, quiero agradecerte lo que has hecho. No lo habría conseguido sin ti.

—¿Cuál es nuestro próximo paso?

Saulo se detuvo al otro lado del tornio y sin darle la tarjeta de acceso a Mauricio.

—¿«*Nuestro* próximo paso»?

—Sí, claro. No pensarás que me he encadenado a un contrato por amor al arte.

—Por amor, no. Yo te he dado pautas para conseguirlo porque pensé que te vendría bien ganar algo de dinero. En ningún momento pensé en la posibilidad de involucrarte en mi trabajo. Con que me cuentes un poco qué se cuece por aquellos mentideros, está bien.

El rostro del joven guardia civil se contrajo en una expresión de incredulidad.

—Pero acabas de decir...

—Solo he dicho que te agradezco la ayuda que me has prestado, nada más. No voy a meterte en esto, Mauricio. Tú eres guardia civil y, además, en excedencia.

Medió el silencio entre ambos, si es que en el metro de Madrid existe tal cosa. Saulo posó la tarjeta sobre el panel para permitir que Mauricio cruzara también, pero este no realizó un solo movimiento.

—Lo dijiste.

—¿Disculpa?

—Lo dijiste, Saulo. Cuando nos despedimos en El Marjal, justo antes de que volvieras para Madrid. Dijiste que te convertirías en investigador. Y así ha sido, sí. Pero parece que has olvidado todo lo demás.

—No estoy entendiendo nada, macho. Sé más conciso, porque las divagaciones me ponen nervioso.

—Bah —respondió enfadado—. Déjalo.

—A ver, Mauricio...

—He dicho que me dejes.

—Está bien, te dejo. Pero antes de hacerlo, ¿crees que no sé de qué va esto? Quieres que trabajemos juntos como aquella vez. Mano a mano, los dos frente al misterio del entrenador

desaparecido. Sé que te mueres de ganas, incluso que lo necesitas en cierto modo, aunque todavía no alcanzo a entender por qué. El problema está en que no tienes licencia de investigador. No importa que seas o no guardia civil, y menos en tu situación.

—Lo sabía... ¡Lo sabía! ¿Cómo puedes ser tan cínico?

—¿Disculpa?

—¡Me has utilizado! ¡Has fingido que colaborábamos solo para colarte en el vestuario de los entrenadores mientras yo hablaba con Matilde!

—No pierdas los nervios, tío. Tú mismo me dijiste que estabas incómodo con la situación. ¿O acaso se te ha olvidado?

—Si esto va de recordarnos cosas, acuérdate de que, cuando yo acepté contar contigo aquella vez, no contabas con licencia ninguna y yo sí que ejercía como guardia civil. Pero ya veo que algunas cosas no han cambiado. Te has servido de mí como hiciste con todo El Marjal. No me extraña que medio pueblo siga escupiendo al suelo cuando se pronuncia tu nombre.

El veneno que salió por boca de Mauricio hizo que Saulo guardara silencio rendido a la evidencia. Aquella era una herida que, como supuso, no solo continuaba abierta, sino que el tiempo se había encargado de emponzoñarla a base de los desvaríos que la memoria dibuja en su caprichoso discurrir. No encontró rebatimiento ni réplica posible ante tan contundente rechazazo. Muy al contrario, se sintió pequeño y avergonzado, comprendiendo que Mauricio, en el fondo y quizá no tanto, seguía dolido con él por mucho que hubiese intentado enmendar sus actos.

Saulo no volvió a abrir la boca durante todo el trayecto. Su rostro parecía descolgado, carente de toda emoción, y los brazos, generalmente en movimiento, permanecían pegados al tronco como una estatua de madera. Por el contrario, Mauricio era muy consciente de lo que acababa de hacer. Conocía muy bien la tecla que acababa de tocar, si bien hubiera preferido no tener que hacerlo.

—No quería que fuera así, pero me has obligado —musitó Mauricio.

Saulo no respondió. Sin haberlo nombrado siquiera, el joven guardia civil había hecho diana en su nudo gordiano. Eso le hizo sentir aún más vulnerable. Y volvió a odiarlo por ello.

Se sentaron a la mesa en silencio. El pollo asado que Maruja preparó con mimo durante toda la mañana seguía en el horno a la espera de que alguien lo trinchara. Su olor, mezclado con especias varias, dio voz al hambre de ambos en forma de rugidos en el estómago, pero ninguno se dignaba a dar el primer paso. Fue Saulo quien, moralmente obligado al ser el anfitrión, rompió el hielo para poner la mesa.

—No tengo hambre —dijo Mauricio.

—Si no lo haces por ti, que sea por Maruja. Le comenté lo mucho que te gusta el pollo y ha preparado uno especialmente para ti. Además, su guarnición de patatas con tomillo es espectacular. Te aseguro que no has probado algo así en tu vida.

El guardia civil seguía mudo. ¿Acaso Saulo no era capaz de comprender que le había ofendido de verdad? ¿O es que no le importaba y prefería hacer como si nada hubiera pasado entre los dos? Sacar el tema de nuevo era contraproducente y no merecía la pena, eso era bien sabido. Lo único que Mauricio se planteaba en ese momento era la posibilidad de regresar al pueblo antes de lo previsto. Pero, por otro lado, las palabras que le dedicó a Saulo sobre su recuerdo en El Marjal le habían dolido incluso a él. Ninguno de los dos, concluyó, se merecía lo ocurrido aquella mañana.

Se levantó para buscar el mantel y, sin mediar palabra, dispuso la mesa para comer sin esperar a que Saulo le ayudara. Hacerlo le recordó a cuando, muchos años atrás, cuando su casa podía considerarse un hogar y contaba con la presencia de su madre y su padre antes de que este se convirtiera en un despojo de miserias, se encargaba de colocarlo todo con el fin de satisfacer a ambos. Aquella sensación le hizo sonreír al ver que el olvido no la había devorado en su incesante afán por consumirlo todo. Un gesto que Saulo interpretó como el momento perfecto para poder arreglar las cosas.

—Tío... lo siento. Lo siento mucho, de verdad. A veces se me olvida lo sensible que eres y pasa lo que pasa.

—No te confundas, Saulo. Esto no va de sensibilidades. Esto va de honestidad. O, al menos, de ir de cara. Me ha sentado rematadamente mal lo que me has dicho.

—Bueno, tampoco tú te has quedado atrás. Aunque lo que dijiste no me sorprende en absoluto.

—Me pasé. Lo admito y te pido disculpas por ello.

—Da igual. Además, tienes razón.

—En cualquier caso, eso no cambia nada. Me vuelvo a El Marjal. Creo que sobro aquí.

—Como quieras. No voy a retenerte ni a pedirte que te quedes.

—Contaba con ello.

—Pero te recuerdo que estás a punto de firmar un contrato por tres meses y que el salario es un puñetero sueño comparado con otros trabajos que hay por ahí. Ni siquiera creo que tu sueldo de

guardia civil sea equiparable, al menos en proporción a las horas de trabajo.

Saulo tenía razón. Mauricio necesitaba el dinero y aquella la mejor y más rápida manera de conseguirlo. Además, aun con la negativa de colaborar juntos, moverse por el gimnasio le permitiría estar al corriente de todas las novedades gracias a Matilde. Se sentía muy bien hablando con ella. Pensar en su nombre le hizo sonreír.

—Ya que estamos, ¿quieres ver lo que he encontrado en el gym?

—Pensaba que no querías contar conmigo en el caso.

Saulo refunfuñó. Por suerte, el grill del horno les salvó de otra discusión interminable.

Ya comidos, y tras una siesta que Saulo se echaba por decreto todas las tardes, examinaron con atención el papel que Enrique tenía escondido entre la ropa. Se trataba de una breve nota escrita a ordenador.

Mauricio leyó en voz alta.

Hola, Σ:

¿Te sorprende que te llame así? ¿Acaso pensabas que nunca lo descubriría? Sé muy bien qué pretendes y lo que llevas intentando hacer conmigo desde el principio. Dios, ¡soy idiota! La vida me ha enseñado a no confiar en nadie tantas veces que ni recuerdo y, sin embargo, siempre tropiezo con la misma piedra. Tengo claro que a ti eso no te ocurrirá, porque tú no eres un ser humano. Eres un maldito monstruo al que no le importa llevarse lo que sea por delante. Pero, ¿sabes qué? Se te ha acabado el juego. Voy a hacer que todos sepan lo que has hecho. Pienso sacar a la luz tu identidad. Y entonces seré yo quien ría al saber que nunca volverás a hacer daño.

Con un beso por los viejos tiempos,

α

Mauricio anotó los nombres «Sigma» y «Alfa» en una servilleta sobre la que, poco después, se puso a dibujar círculos pequeños mientras pensaba en silencio.

—No hay contexto para hacer ninguna averiguación, picoletto. Tan solo que esos dos nombres tienen que estar familiarizados de alguna manera con Enrique. Es como si no tuviéramos nada.

—¿Tú crees? A mí me parece que podemos sacar algo interesante.

—Ilústrame.

—No hace falta. Léela y sabrás de lo que te estoy hablando.

Saulo leyó la carta tres veces, cada una de ellas con mayor lentitud. Estaba claro que Sigma era alguien indeseable al que Alfa, fuera quien fuese, estaba a punto de delatar y arruinarle los planes. Más allá de aquella deducción tan elemental, el resto eran conjeturas gratuitas que no conducían a nada.

Pero Mauricio tenía razón. Había algo más. Algo que le hizo releer el texto una cuarta vez.

—¿Lo ves ahora? —preguntó Mauricio con el brillo de la emoción iluminándole el rostro.

Saulo le miró de igual manera y asintió entusiasmado al darse cuenta de que algunas letras del texto estaban escritas con un tipo de fuente distinto al que Alfa había usado para redactar el mensaje.

—Bien visto —le reconoció con sinceridad—. Muy bien visto.

—Ahora hay que buscar bien todas las letras y probar combinaciones con ellas. Llevará tiempo.

Entre ambos se produjo un silencio que ninguno de los dos fue capaz de romper. El orgullo es el escozor de las ofensas, y de aquello cada uno iba sobrado. Saulo no era amigo de pedir disculpas y a Mauricio le costaba mucho aceptarlas.

—Tienes razón, piccolo —dijo al fin—. No puedo hacer esto solo.

Contar con un Cánovas en la cartera de clientes suponía tener acceso de primer nivel a contactos, eventos y viajes que difícilmente podrían conseguirse de otro modo. Esa fue la razón por la que, tras saber la intención que Saulo tenía de entrenar regularmente con Mauricio, Demóstenes pusiera todo tipo de impedimentos con tal de no soltar a su preciada presa.

—¿Estás seguro? No me entiendas mal, Mauricio es un entrenador excelente, pero acaba de llegar y aún no conoce muy bien el funcionamiento de las instalaciones.

—Solo quiero que me entrene, no necesito que se meta conmigo al baño turco ni que me frote la espalda en la ducha. Además, tengo entendido que su técnica es muy buena. Si está aquí, digo yo que es porque el chico vale.

—¡Por supuesto! Aquí solo contratamos a los mejores.

—Todo dicho entonces —resolvió Saulo con la falsa sonrisa que utilizaba siempre que quería zanjar una conversación molesta.

Nunca se arrepintió tanto de tomar una decisión. Al terminar el entrenamiento con Mauricio, Saulo parecía un muñeco articulado y sin vida sobre el suelo cuyo rostro cubría una toalla. «Buen entreno, Pisaverde», le pareció escuchar por boca de su nuevo instructor, satisfecho de haberle llevado al límite y, a su modo, de escarmentarle por lo que había pasado entre ellos. Saulo no supo, no pudo o no quiso contestarle, o quizá todo a la vez, pues era incapaz de formar un pensamiento coherente más allá de la satisfacción que le supuso resistir hasta el final los retos de guardia civil para demostrarle que no podría con él. «Eres un jodido cabrón vengativo», balbuceó al recuperar el resuello, provocando en Mauricio una sonrisa de maliciosa complacencia.

El centro de belleza se encontraba en la planta superior del gimnasio. Adentrarse en aquel pequeño espacio suponía abandonarse al rumor del agua en su suave fluir mientras el perfume de las lavandas evocaba verdes e infinitos campos al frescor de la brisa. Un templo de los sentidos que tenía entre sus filas al mejor fisioterapeuta de Madrid, alguien a quien, además de contracturas y lesiones, se le podían confiar también las dolencias del alma. «Muchos males tienen su origen aquí dentro», solía decir Noah señalándose el corazón siempre que un paciente manifestaba desconocer la causa de sus dolencias. Y Saulo, aunque poco dado a compartir cuitas personales con nadie, aprovechaba de vez en cuando la disposición que Noah le brindaba más allá del traqueteo físico que comprendía desde la radiofrecuencia hasta la osteopatía más cruda.

—Van a tener que sacarte de aquí con cucharita —le dijo al localizar los nudos que le ataban la espalda.

—Bah.

—Si te hago daño me lo dices.

Era difícil que Noah hiciera tal cosa. Por lo general, no era dado a abrirse ni referirse a

cuestiones que trascendieran del mundo de la fisioterapia y el deporte, pues entablar confianza con un paciente suponía por lo general que este redujera involuntariamente su tolerancia al dolor y, por tanto, ralentizar el proceso de recuperación.

Con Saulo, sin embargo, era distinto.

—Estás más callado de lo normal —murmuró el investigador boca abajo tras tumbarse sobre la fría plancha de la radiofrecuencia.

—¿Yo? Estoy como todos los días.

—Siempre me explicas lo que vas a hacer y en qué va a repercutir, aunque ya me lo sepa. Además, se te nota en la cara que no has dormido bien. ¿Te ha dado guerra el niño?

—¡Qué va! Si es un santo, el pobre. No, no es eso.

—Lo cual quiere decir que hay algo más. ¿Ves como tenía razón?

La risilla nerviosa de Noah acabó delatándolo por completo, algo de lo que se dio perfecta cuenta mientras regulaba la temperatura del aparato. «No sé», murmuró. Aquella expresión hizo que Saulo, cuyo rostro se escondía en el agujero de la camilla, sonriera levemente pese al insoportable calor que se le estaba concentrando en la espalda.

—Es por un amigo del gimnasio. Hace días que no sé de él y estoy preocupado.

—¿Te refieres a Enrique?

Noah reaccionó con cierta sorpresa, llegando incluso a detenerse en sus movimientos.

—Sí. ¿Acaso le conoces?

—Digamos que empiezo a hacerlo. Tu compañera Matilde me ha contratado para resolver su desaparición. Me resulta curioso, todos hablan muy bien de él y, sin embargo, algo me dice que la mayoría tiene sentimientos encontrados hacia su persona. Parece que a la plantilla no le ha sentado demasiado bien que se haya pillado vacaciones así, sin más.

—¿Sin más? ¿Eso dicen ahí abajo?

—Digamos que no me ha hecho falta poner la oreja en ninguna conversación para saber qué piensa la mayoría. Muchos le consideran bastante raro.

—Kike es como yo. A mí tampoco me gusta hablar de mi vida ni de lo que hago fuera de aquí. Quizá él sea algo más hermético, pero le comprendo. No creo que haga falta contar la vida personal a los compañeros de trabajo, por muy bien que nos llevemos todos.

—¿No es una actitud un tanto desconfiada?

—Es cuestión de prudencia, nada más. Siento aprecio por mis compañeros, incluso cariño en algunos casos, pero eso no me impide identificar dónde tengo que poner los límites. Créeme, es mejor así.

—Ahá —murmuró Saulo antes de avisar que la radiofrecuencia había llegado al tope de calor. Noah procedió a aplicarle una crema con efecto frío para así comenzar con el trabajo manual.

—Sea como sea, aquí pasa algo. Le conozco mejor que nadie como para saber que esto no es normal. Puede que sea un tipo peculiar y todo lo que quieras, pero, aun así, eso de pedirse tres semanas de vacaciones a las bravas no me cuadra en absoluto.

—De entrada, me choca que se las hayan concedido. Sobre todo en esta época del año.

—Eso tiene su explicación. Kike lleva acumulando vacaciones durante mucho tiempo. Como el director del Cosmópolis no quiere problemas, ha preferido acceder a su petición sin hacer preguntas. Lo extraño realmente extraño es que a mí no me haya dicho nada. Entiendo que no lo hiciera con los demás, pero nosotros somos amigos desde niños. Si se hubiera ido de vacaciones, me lo habría

contado. De eso no tengas ninguna duda.

Saulo prefirió no continuar y abandonarse al crujir de su maltrecha espalda. Noah se había subido a la camilla y, con las manos colocadas sobre un punto concreto, contó hasta tres y la hizo crujir con tal potencia que Saulo creyó haberse partido por la mitad.

—Aunque claro... —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Nada, déjalo. Es que es un tema jodido... No, mejor no.

Saulo se giró para sentarse y buscar contacto visual.

—Vamos a ver, Noah. Tú mismo dices que nada de esto es normal y que Enrique no habla de su vida con nadie salvo contigo. Eso te convierte en una fuente de información importante. Cualquier cosa que sepas puede ser clave para poder encontrarlo. Si de verdad aprecias a tu amigo, lo mejor es que no te guardes nada.

Los nervios del fisioterapeuta tomaron forma al llevarse el dorso de la mano a la frente, pringándose al momento de la crema que estaba usando con Saulo.

—Prométeme que esto no saldrá de aquí.

—No puedo prometerte eso, y lo sabes. Pero puedo asegurarte que nadie sabrá quién me lo ha contado.

Ya con la cara limpia Noah, se sentó frente a Saulo buscando la manera más rápida de contarle lo que, estaba claro, le quemaba por dentro.

—Kike se marchó de vacaciones porque había comprado unos billetes para viajar a las Maldivas con Romina, su novia. Pero...

—Pero, ¿qué?

—No lo sé. Pasó algo. Me llamó durante la tercera semana muy angustiado porque habían tenido una discusión muy fuerte y Romina le dijo que no quería volver a verle. No quiso darme los detalles. Pero insistía en que todo era mentira.

—Y supongo que no te imaginas por dónde iban los tiros, claro.

—Lo pienso a diario, pero te juro que no encuentro nada. Conozco a Kike desde el colegio y puedo asegurarte que nunca le haría daño a su novia.

—Entonces —dedujo Saulo mientras se vestía—, no crees que haya podido ponerle los cuernos con otra.

La mirada de Noah, mezcla de pena, extrañeza y sombra, le hizo comprender que hablaba de algo mucho más oscuro.

—No, Saulo. Me refiero a que él no ha podido matarla. Romina está muerta.

Amaneció Saulo con un fuerte dolor de cabeza que, supuso, se debía al cielo plomizo y no a la noche de farra que había pasado en compañía de un joven empresario, Gerard Rof su nombre, interesado en entablar relaciones profesionales con su familia. Cena en Casa Lucio, rondas varias en el LobByto, otras tantas en el Tartan Roof y, para terminar —aunque esto último le desagradaba especialmente—, una larga visita al after Babylon que, pensó, se podrían haber ahorrado. Pero la noche afloja el dogal de las bestias dormidas, y es entonces cuando la luz comienza a incidir en los ángulos oscuros de la personalidad. Era crucial que su «cliente» estuviera contento, que se sintiese seguro, confiado, con la guardia baja y alto el entusiasmo para, llegado el momento, hacerle estampar su firma en el contrato que Saulo guardaba con recelo en el bolsillo interior de su chaqueta y que suponía un año de compromiso con los inversores de la compañía Cánovas.

Nada de eso le impidió rendir cuentas a una impaciente Matilde sobre los últimos avances de la investigación, si bien no pudo evitar sentir cierto cargo de conciencia al hacerlo, pues eso conllevaba traicionar la confianza que Noah había depositado en él.

—Quiero atar más cabos antes de informarte como es debido —resolvió—. Estas cosas llevan su tiempo.

Matilde aplastó su cigarrillo en el cenicero con cierta vehemencia antes de ponerse a remover el café como una organillera.

—No veo avances, Saulo. Así vamos mal. ¿Y si le ha pasado algo a Enrique? ¡En el fondo sería culpa nuestra!

—Tranquilízate, mujer. Solo quiero comprobar unos datos para estar seguro, eso es todo.

Ambos, Matilde y Saulo, se vieron sobresaltados cuando el teléfono de este comenzó a sonar con la característica melodía de la película *Rocky*. Decidió utilizarla como tono del móvil cada vez que Mauricio le llamara.

—Disculpa —dijo silenciándolo avergonzado. Matilde, lejos de estar molesta, respondió con una amplia sonrisa.

—Parece que te lo tomas muy en serio.

—Todo me lo tomo muy en serio.

—Eso está bien. Tu disciplina te llevará lejos. Además, parece que te has agenciado a la nueva promesa del momento. Mauricio tiene mucho tirón. Todo el mundo quiere estar con él.

—Me alegro, pero yo lo vi primero.

Matilde sonrió.

—Quien te oiga va a pensar lo que no es.

Saulo le devolvió la sonrisa.

—Lo tengo claro. Eres la única que me ha oído.

—*Touché.*

«Joder», pensó Saulo al sentir de nuevo la vibración del móvil. El guardia civil seguía insistiendo.

—Y dime, ¿es tan serio como parece? Le veo muy..., diplomático. Como de otra época.

—No sabría decirte, porque hablamos poco. En realidad, el único que habla soy yo, y es para quejarme de la caña que me da. De todos modos, siempre puedes intentar acercarte a él. No muerde.

Matilde ignoró el comentario centrándose en describir el carácter de Enrique mientras, molesto, Saulo sintió la vibración del teléfono por tercera vez.

—Te lo pregunto porque me recuerda a Enrique en cierto modo. Él es... ¿cómo decirlo? Agradable, simpático, abierto. A veces puede ser hasta gracioso, pero hay que pillarle el punto, no te creas. Yo le tengo mucho cariño. De lo contrario, no habría montado todo esto para encontrarle.

—Algo oscuro tendrá. Todos lo tenemos.

—¿Oscuro? ¡Todo lo contrario! Incluso diría que es un poco infantil —dijo tras levantarse de la mesa y colgarse el bolso—. Reconozco que a veces puede llegar a sacarme un poco de quicio, pero tiene su punto. Es como un Peter Pan ciclado.

—Entonces tiene episodios de inmadurez. Quizá eso tenga que ver con su espantada —supuso Saulo, que se presionó la pierna con ira al sentir de nuevo la insistencia de Mauricio. Esta vez, la vibración indicaba un mensaje.

—Lo dudo, aunque puedes llamarlo así. No todo el mundo lo entiende, pero nadie tiene queja de él. Y, al final, eso es lo que le interesa al gimnasio. A mí me importa que lo encuentres cuanto antes. Le necesito aquí lo antes posible y se nos acaban tanto el tiempo como las opciones. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Saulo asintió a pesar de tener sus dudas. Después se despidieron y cada uno marchó por su lado.

—Ya puede ser gordo, picoletto —le dijo tras ponerse al fin en contacto con él.

Volvió a sentir el móvil vibrar, esta vez por una foto. Saulo tuvo que detenerse para procesar lo que estaba viendo.

Dos palabras junto a la carta que encontró en la taquilla de Enrique.

«Gym. Asesin.»

—*¿Te parece lo bastante gordo, Pisaverde?*

Sentada en el despacho, Lara mordisqueaba un bolígrafo con la mirada perdida.

—No me gusta. No me gusta nada.

—¿Te refieres a que le haya contratado sin consultarte? ¿Es eso? Porque te recuerdo que fuiste tú quien me dio sus referencias.

—¡Porque tú me lo pediste!

Demóstenes le lanzó una sonrisa paternalista. Se encontraba de espaldas a ella, con las manos colocadas a cada lado del reposacabezas de la silla donde estaba sentada.

—Es temporal. El imbécil de Enrique nos ha dejado un buen marrón. No puedo sobrecargar más a los entrenadores y yo tengo más cosas que hacer además de pasar media vida entre el despacho y la sala. Además, ¿no ves que hemos salido ganando? No solo no está, sino que su sustituto es aún mejor que él. Nada me impide amortizarle el contrato y hacer fijo a Mauricio.

—No lo dices en serio —reaccionó Lara con gesto de preocupación.

—¿A qué te refieres? Enrique lleva trabajando muy poco aquí. Su finiquito sería irrisorio.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Despedirle podría traernos muchos más problemas de los que ya tenemos.

—Entonces lo mejor será que no vuelva a molestarnos nunca más.

Lara giró media vuelta con su silla hasta alcanzar la mirada de Demóstenes, la misma que encandilaba a las viejecitas y motivaba a los bisoños recién llegados a aquel multiverso llamado Cosmópolis. El entrenador buscó los minúsculos puntos que la chica tenía por ojos tras aquellas gafas de montura psicodélica. «Estás mejor con el pelo suelto», le dijo en un electrizante susurro que la hizo estremecer mientras, con sus torpes y ridículos dedillos, recorría la carne de aquellos brazos casi mitológicos que, cuando no había nadie en el gimnasio, a veces la ponían contra el espejo de la sala de peso libre.

—Ojalá no vuelva. Ojalá no salga de su agujero y no vuelva nunca.

«Gym. Asesin.»

Imposible dejar de repetir aquellas dos palabras como un extraño y siniestro mantra que Saulo encontró excitante por la oscuridad que desprendía. Quedó con Mauricio en Cañadío, el restaurante cántabro situado en la calle Conde de Peñalver. La jefa de sala los llevó al reservado que la compañía Cánovas utilizaba de forma tan sistemática que terminó convirtiéndose en tradicional. «Pide lo que quieras, no te cortes», le dijo al guardia civil, sosteniendo esta la carta sin mirarla.

—Tío, ¿cómo puedes pensar en comer con lo que tenemos entre manos? Deberíamos estar trabajando en la oficina.

—Se te olvida algo: yo *soy* la oficina. Nosotros, mejor dicho. En el piso de Pez no hay nada más que apaños. ¡Tienes que relajarte un poco y disfrutar, picoletto!

—No me parece la manera más profesional de acometer un trabajo. Yo creo que...

Mauricio apretó el puño con rabia al ver que Saulo había vuelto a hacer lo que más detestaba. No había terminado la frase cuando, tras asomarse el camarero para preguntar si habían decidido, procedió a dictarle una larga lista de entrantes para compartir.

—¿Quieres saber por qué hago esto, Mauricio? Lo hago porque a mí la muerte me anima a vivir. A comer. A bailar. A viajar. ¡A disfrutar! Otra cosa es que lo consiga, claro—bromeó—. Estrujo la vida todo cuanto puedo hasta dejarla seca. Puedo permitírmelo y no me siento culpable por ello. De hecho, sería idiota si lo hiciera. Tengo claro que no me llevaré nada a la tumba salvo la experiencia vivida. Por eso, si se da la ocasión de poder almorzar en un buen restaurante como este, me niego a desaprovecharla. Y, por extensión, a que la desaproveches tú. Ya tendremos ocasión de ponernos serios. ¡Ahora, comamos!

Pero Mauricio no podía. Su vida, su formación, su forma de ser, era opuesta por completo a la filosofía de esa buena vida que Saulo se empeñaba en perseguir. «Gym. Asesin.», recordó una vez más, si es que lo había olvidado en algún momento. Le bastaba cerrar los ojos para contemplar esas dos palabras, y estaba seguro de que quien las había escrito había muerto a manos de alguien que pertenecía al Cosmópolis.

—Quiero que veas esto —dijo tras pedirle el móvil y entrar a la web de un diario digital—. Es la noticia que me llamó la atención en el bar aquel día que pasaste de mí como de la mierda, igual que hoy. ¿Te acuerdas? Esta es la chica que te dije ¡Mírala! Se llamaba Romina. Te suena el nombre, ¿verdad? El mismo que el de la exnovia de Enrique, a la que, como me dijiste antes de entrar aquí, encontraron muerta en su casa. Y aunque no me has enseñado ninguna foto suya, me apostaría la cuenta del festín que has pedido a que es la misma chica de esta imagen. ¿Sabes por qué lo sé? Mira, fíjate en su hombro. ¿Qué ves?

—Un tatuaje —respondió con la boca pequeña, abrumado por la incipiente cólera de Mauricio.

—¡Una letra griega! ¡La letra alfa! ¡Alfa! ¡Fue ella quien escribió la nota, joder! ¿Sabes qué significa eso? ¡Significa que en esta foto está la clave del caso! Quien quiera que sea Sigma, fue alguien lo bastante cercano a Romina como para acercarse a ella y matarla. Solo hace falta saber por qué, y creo que la nota tiene la respuesta. ¿Y si se tratara del mismo Enrique? ¿Y si en realidad estamos buscando a un asesino? ¡Deberíamos ponernos a trabajar ahora mismo! Pero ya habrá tiempo de hacerlo, claro que sí. ¿Quién quiere ponerse a resolver un crimen cuando puedes ponerte morado en un restaurante de lujo? Tío, puede que sea de pueblo, pero no soy ningún gilipollas. ¡Deja de tratarme como si lo fuera! No dejas de demostrarme la influencia que tienes aquí y allá mientras me tratas como a un paleta.

—Eso no es así, Mauricio. Yo...

—Que no, tío, que paso —dijo arrojando la servilleta al plato vacío—. No te tomas en serio el trabajo, y eso para mí es sagrado.

—Mauricio —repitió agravando el tono.

—¿Qué? A ver, dime. ¿Mauricio, qué?

Saulo aguardó unos segundos antes de responder. Necesitaba reunir el aliento necesario para articular unas palabras que, para alguien como él, frívolo y superficial en apariencia, suponían traer de vuelta al presente un viejo dolor que, en realidad, no había dejado de acompañarle desde que se instaló en su vida.

—Hoy hace siete años que murió mi padre. Solo quería hacer una comida en su honor.

Regresó a casa tras haber pasado toda la tarde deambulando por el centro de Madrid. Se detuvo un largo rato para contemplar el cielo goyesco vestido de nubes que tanto le recordaban a los cuadros del pintor aragonés. Pensó entonces en los años que llevaba sin pisar un museo. A veces, cuando había demasiado ruido en su cabeza, Saulo se refugiaba en la tienda del Reina Sofía y se perdía entre los catálogos de las exposiciones. En días como hoy, pocos son los jóvenes que conocen el refugio secreto que albergan los cuadros y la música clásica. Él integró ambas disciplinas desde niño, y lo hizo gracias al entusiasmo con el que su padre le contaba historias frente a los lienzos y le vestía con colores las piezas de música más sublimes. Tal fue su legado, más allá de la fortuna que dejó al morir.

Oberón, tío y padrastro de Saulo, aguardaba su llegada desde lo alto de las escaleras vestido con el batín de seda azul cobalto que solía llevar su padre. El mismo que, de pequeño, Saulo se ponía a modo de capa para jugar a ser rey. El mismo que tantas veces se puso ya adolescente para emular su figura. Ahora que el Usurpador —así es como lo llamaba— había osado incluso mancillar algo tan íntimo, tan profundo como el sentimiento que le despertaba esa prenda, hacía de ella algo irrecuperable.

—No te he visto en misa. ¿Acaso has olvidado qué día es hoy? —preguntó con voz de tormenta.

—Ni en mil vidas podría hacerlo, tío.

Oberón alzó el dedo con el gesto torcido.

—Te lo advierto, los ánimos están muy caldeados esta noche. Mejor será que dejes de desafiarme y te comportes como es debido. Soy mucho más que tu tío. ¡Soy tu padrastro! Y, mientras yo viva y pueda evitarlo, no vas a disponer de todo esto hasta que madures de una vez.

—Mira, no tengo ganas de discutir contigo. Estoy muy cansado y necesito dormir.

—¡Saulo! —dijo con tanta potencia que resonó por toda la entrada.

—¿Qué, tío? ¿Saulo, qué? ¡Siempre estás a vueltas con lo mismo! La fortuna familiar, el trabajo y mi forma de vivir, esa que tanto desapruebas y por la que no solo curro el doble que tú, sino que gano más dinero del que tú ganarás en toda tu puñetera vida. Ponerte la ropa de mi padre no hace que te parezcas a él. ¡Al contrario, marca aún más el abismo que hay entre vosotros! Y, en cuanto a la misa, volveré a acercarme a Dios cuando me demuestre que la justicia existe.

Oberón pasó de alzar el dedo a levantar la mano y dirigirla con profunda ira al rostro de Saulo, que lo encajó con la entereza y el orgullo que habría sentido su padre al ver cómo se enfrentaba a aquel usurpador.

—Si tu madre no durmiera bajo este techo, te partiría la cara a mano limpia.

—Nunca te ha importado que estuviera en casa para hacerlo. Pero te tomo la palabra. Y, cuando eso suceda, ten la seguridad de que me defenderé como un lobo.

Subió las escaleras que conducían al dormitorio apretando contra la nariz un pañuelo que, como

su ánimo, se iba tiñendo de rojo por momentos.

—Hijo, ¿dónde estabas? ¡Cuánto te he echado hoy en falta!

—Hola mamá. Ya estoy aquí, no te preocupes.

—¿Y esa sangre? ¡No te habrás vuelto a pegar por ahí!

—No es nada. Una tontería.

—Ay, Saulo, cuántos disgustos me das... ¡Mira que no haber venido a la misa por tu padre, con lo que él te quería! ¿En qué estabas pensando?

Le dedicó una tierna sonrisa a su madre que le fue devuelta en cuanto tomó sus manos y se tumbó junto a ella sobre la cama. El simple contacto con su piel le hizo tomar consciencia de su acusada fragilidad física y psicológica, fina como el más puro de los cristales. Era una mujer demasiado joven para el estado en que se encontraba, agravado en grado sumo desde la muerte de su primer marido y padre de Saulo. Siete años habían pasado desde entonces. Siete años como siete espadas que atravesaron sin piedad el alma de ambos.

«Cuéntame qué has hecho hoy», le pidió casi como un ruego. Saulo comenzó narrarle su día a modo de cuento, omitiendo todo cuanto pudiera despertar en ella la más mínima preocupación. Después se centró en el de Madrid que había contemplado aquella tarde junto al Teatro Real, lugar donde, cuando el mundo era otro, infinito, perfecto, seguro, siempre acababan los tres; padre, madre e hijo, al finalizar un largo paseo que comprendía todo el casco antiguo de la ciudad. «Los cielos de Goya, ¿te acuerdas, mami?». Claro que se acordaba, por supuesto que lo hacía, aunque no pudiera expresarlo con palabras. El brillo de sus ojos hablaba por ella cuando Saulo le describió punto por punto el cuadro titulado *La gallina ciega*, obra que logró conmover toda su pequeña vida al convertirse en la puerta hacia multitud de historias con las que tanto su padre como ella misma habían alimentado su imaginación y asombro. Después suspiró con la dulzura que da el sosiego de los buenos recuerdos, momento en que Saulo, veterano ya en escenarios como aquel, aminoró el timbre de su voz hasta convertirlo casi en un susurro con el que tarareó parte del *Passa Calle*, de Boccherini —aquellos *pizzicatos* que tanto le recordaban al caer de la lluvia—, y a la que ella se sumó hasta que su tiránica medicación volvió a apresarla con las garras del sueño profundo.

Allí, desprovisto del personaje que se había construido y que tanto le cansaba a veces, Saulo cerró los ojos, acurrucado junto a lo que más quería en este mundo mientras el demonio aguardaba al otro lado de la puerta en su incesante empeño por apartarlo de su camino fuera como fuese.

Matilde guardó un largo silencio tras escuchar la puesta al día de Saulo. Su gesto era serio, adusto, constreñido de una preocupación creciente que terminó cristalizando en la misma pregunta que el investigador se había hecho tras leer las palabras del criptograma oculto en la nota contra Sigma.

—¿A quién se referirá?

—Ese es el próximo paso. Ahora debemos averiguar quién es Sigma y qué relación tenía con Romina.

—Suponiendo que sea ella quien firmó la nota.

Saulo le dio una calada a su cigarrillo electrónico para meditar durante unos segundos su respuesta.

—Por muy vagas que parezcan las suposiciones en que me baso, todo concuerda perfectamente. Romina tenía la letra *alfa* tatuada en el hombro y murió mientras Enrique estaba disfrutando de sus supuestas vacaciones. De otro modo, ¿por qué aparecería esa nota en su taquilla?

—No sé. Todo es demasiado difuso.

—Si tuviéramos las grabaciones de seguridad, nos habríamos saltado este paso y muchos otros —refunfuñó—. Odio cuando la gente tiene recursos y nos los utiliza. Parece que les sobre el dinero, coño.

—¿Me estás culpando de que el puñetero Cosmópolis me niegue el acceso a sus cámaras?

—Estoy compartiendo una frustración profesional contigo. De todos modos, es lógico que no contemos con esa baza. Solo los clientes y el personal del gimnasio tienen acceso al edificio.

—Por el Cosmópolis pasa mucha gente cada día, y hay quien viene muy de cuando en cuando. El círculo es demasiado amplio, habría que hacer un sesgo considerable.

Saulo se echó hacia atrás y dio una larga calada a su cigarrillo electrónico mientras miraba pensativo al vacío.

—¿No has pensado que puede haber sido el mismo Enrique quien colocase allí la nota?

—¿Enrique? —preguntó incrédula— ¿En serio?

—Muy en serio. No hay que perder de vista el hecho de que el asesinato de su novia coincide con sus vacaciones. La casualidad está completamente fuera de lugar en este caso. Aunque también puede que, quien quiera que sea Sigma, haya cargado también contra él de algún modo. O que, en realidad, Sigma sea el mismo Enrique y haya matado tanto a Romina como a su otra supuesta víctima. Que el mensaje del criptograma carezca de género amplía mucho el abanico de posibilidades. Hay que ir quitándole las espigas hasta quedarnos con las imprescindibles. Esa es la razón por la que quiero indagar todo lo posible en la vida que Enrique siempre se ha empeñado en esconder. Cuál es su entorno, dónde vive, con quién, qué hace cuando no trabaja, qué le gusta, qué no, cuáles son sus secretos más íntimos. Lo mínimo para una investigación decente.

—Eso último me parece una inmoralidad.

—Entonces despídeme —resolvió tajante—. Y solo hago mi trabajo.

—Pues considera pagado tu jornal con el copazo al que acabo de invitarte, detective Conan. Yo me vuelvo al curro, que no quiero líos con Lara y Demóstenes.

—Respecto a esos dos —dijo señalándolos discretamente al verlos hablar junto a la puerta—, ¿qué tal se llevan?

—¿Esos? Pili y Mili. Pin y Pon. Flick y Flack. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Tus curiosidades me inquietan, Saulo Cánovas. Espero no estar nunca entre ellas. Feliz Navidad, por cierto.

«Mi tiempo vale mucho más que eso», pensó él mientras Matilde cruzaba el umbral del Cosmópolis con las manos en los bolsillos. Miró pensativo los restos de su bebida resbalando sobre el hielo manchado de rojo. De fondo, escuchó el alegre cantar de villancicos que coreaban entusiasmados varios niños al bajar la calle. Uno de ellos, agarrado a la mano de su papá, le contaba sus expectativas acerca de lo que iba a encontrar al día siguiente bajo el árbol. Saulo sintió cómo el corazón se le compungía. Ver a ese niño era verse a sí mismo, era extrapolar a la realidad el recuerdo de infancia que le embargaba cada vez que veía a un hombre recién entrado en los cuarenta, apuesto y bien vestido —con un traje a medida y un buen loden como Dios manda—, pasear de la mano de su hijo. Cuántas aventuras de piratas le contó durante aquellos paseos, cuántos cuentos de hadas le narró con sus finales auténticos. La clara y decidida voz del padre, del suyo, resurgió de su memoria con más fuerza que nunca. Extraña época, la Navidad. Tan dulce al principio, tan amarga después. La Navidad es una broma pesada.

Lloró a través del hielo que poco a poco se le derretía en la boca mientras rememoraba el cuento de *La reina de las nieves* y deseó que, al igual que aquella criatura mágica hizo con el niño Kay, se lo llevara también a vivir a su palacio y que, durante su estancia, se le helara el corazón para no volver a sufrir nunca más.

Si había algo que Saulo detestaba, además de los cafés servidos en vaso, era hacerse el nudo de la corbata. El espejo le devolvía su imagen melancólica, del todo opuesta a la que normalmente mostraba en cuanto ponía un pie fuera de su habitación. Le agradó, sin embargo, ver que las horas echadas en el gimnasio comenzaban a dar frutos en forma de porte y volumen a pesar del ridículo aspecto que tenía en aquel momento, con el cuello de la camisa levantado y aquella maldita soga de seda colgando del brazo.

Tan buenos resultados tenían, sin embargo, un sabor agridulce, pues la relación con Mauricio se había convertido en un frío marcar de pautas que Saulo estaba obligado a seguir sin queja. La ausencia de conversación durante el par de minutos que mediaba entre un ejercicio y otro para recuperar el resuello convertía aquel instante de tregua en un momento de tensión que a nadie resultaba ajeno.

Pero aquella no fue una mañana como las demás. La víspera de Nochebuena, por mucho que se ame o se odie, transforma la manifestación de buenos deseos en algo imperativo y alejado de toda excusa. No fue eso lo que llevó a Saulo acordarse de Mauricio, pues, para él, las sonrisas y palabras vanas propias de tan señaladas fechas no eran más que un simple y llano amago de hipocresía. No. La figura del guardia civil le vino a la cabeza porque, sabía, aquella no iba a ser una Navidad fácil.

Dejar que la hora de entrenamiento con él pasara sin pena ni gloria, sin comentarios ni gestos amables, supondría establecer como definitivo el abismo que en aquel momento los separaba. Es por ello que se lanzó a romper el silencio antes de entrar en el vestuario. A la pregunta «¿qué vas a hacer esta noche?», Mauricio respondió que se iría «por ahí», sin especificar dónde ni mucho menos con quién, algo a lo que Saulo no hizo aprecio dado que su —pease a todo— amigo no conocía a nadie más allá de su nuevo entorno de trabajo.

Hubiera preferido acompañarlo en su vagar por Madrid por encima de cualquier otra cosa, pero, si había una noche en la que Saulo debía estar en casa y hacer uso de sus mejores dotes, era aquella. En casa de los Cánovas reinaba un ambiente cálido, acogedor, tan navideño que nadie apreciaba su hipocresía, quizá porque su flagrante evidencia hacía de ella algo tan cotidiano que entraba dentro de la más absoluta normalidad. Tíos y primos por parte de madre llegaban puntuales y en tromba. Se abrazaban y bromeaban animadamente mientras las bebidas y los platos de jamón ibérico, queso camembert con mermelada de ciruela, foie confitado y paté de cangrejo se agotaban y reponían hasta que ya no quedaba una bandeja más. Saulo entraba y salía de la cocina sin importarle que en su trajín le quitara el trabajo al servicio de cáterin que su padrastro había contratado para la cena. Conversaba a saltos con este y con aquel, con ella y con la otra, sin permitirse el más mínimo lapsus ni desliz en la memoria. «Hay que ver este chico, está en todo, cómo es», decían de él la mayoría de las invitadas en tanto que los hombres centraban más su atención en echarle el lazo para tenerlo en exclusividad el

tiempo que les fuera posible.

Así era como Saulo, que sabía emborracharse y emborrachar de frivolidad a quien se le pusiera por delante, se convertía en el rey de la noche. La única en que era capaz de mermar el despotismo de su tío, quien, en silencio y sin quitarle ojo de encima, no perdía ripio de cada paso que daba.

Pasaron las horas entre plato y plato, entre chiste y chiste, entre discurso y discurso, entre villancico y villancico (esto último incitado por el propio Saulo con el único fin de regocijarse en el desespero de su padrastro, que los detestaba con todas sus fuerzas), hasta que el enorme y viejo reloj que entronizaba el salón anunció la llegada de la medianoche con sus contundentes campanadas. Saulo sintió un amago de tristeza por ello. Las doce. La hora en que la carroza se convierte de nuevo en calabaza, los caballos en ratones, el vestido en harapos y los zapatos en nada (¿por qué los zapatos de cristal no desaparecieron al terminar el hechizo del cuento?). Saulo, aunque a años luz de ser Cenicienta, se sintió tal en cuanto los familiares comenzaron a levantarse de la mesa e ir por los abrigos para asistir a la misa del gallo que se celebraba en la iglesia ubicada al otro lado de la calle. Fue entonces cuando, inmersos en el trasiego, las miradas de hijastro y padrastro se cruzaron en el silencio de la soledad invisible.

Liberado de responsabilidades, Saulo se perdió en sus pasos al terminar la ceremonia. Despedidas, abrazos, más bromas, más risas veladas por el vaho que provocaba el frío. «Deberíamos vernos más, primo», le dijo más de uno como parte del ritual de despedida. Saulo les tomaba la palabra con la secreta esperanza de que aquello pudiera llegar a ser verdad, aunque le sobrara compañía y compañeros el resto del año.

El centro de Madrid le llamaba por su nombre. Apenas tardó en llegar, menos aún en encontrar aparcamiento a esas horas. Mauricio fue protagonista de sus pensamientos durante gran parte de la cena, quién sabe si por el afecto que continuaba profesándole o por la intercesión dickensiana de algún fantasma navideño. Fuera como fuese, no quería que las cosas continuasen de ese modo. La actitud de Mauricio era comprensible tratándose de alguien que desconocía por completo los ritmos de la ciudad y cuyo concepto del trabajo nada tenía que ver con el de Saulo. El investigador aprendió pronto que diferenciarse es algo esencial en el mundo de las relaciones públicas e hizo suyo el concepto de tomarse la vida con otro tempo. Era comprensible que alguien tan bisoño, en la capital o en cualquier otro lado, reaccionase mal ante lo que no había visto nunca.

Decidió ir al piso de la calle Pez para arreglar las cosas con una caja de mazapanes que había sobrado de la cena y disculpas en la boca por haber sido tan cretino. Con paso firme y decidido, bajó San Bernardo sin cruzarse con una sola alma por la calle. El escenario le pareció tan irreal que llegó a sentirse desprotegido y, paradójicamente, observado por ojos que se escondían en la oscuridad. Una sensación que desapareció de forma tan repentina como el despertar de un mal sueño cuando divisó a un par de personas abrazadas junto al portal que se encontraban donde estaba la oficina.

Preguntándose si la vista le engañaba, parpadeó hasta asegurarse de lo que le pareció aún más ficticio que encontrar Madrid desierto.

Sí. Era él. Era Mauricio perdiéndose en la boca de Matilde mientras sus brazos la rodeaban con fuerza. Una pareja cuya pasión casi universitaria atestiguaba las pequeñas embestidas que resonaban contra la vieja puerta.

Saulo dio media vuelta con sus mazapanes y se perdió en la oscuridad. Lo que ocurrió aquella noche, no se sabrá nunca.

Para Mauricio Silvestre, el compromiso con la causa era tan importante como el sentido del deber. La información que Saulo le había proporcionado acerca del entrenador desaparecido arrojaba, en efecto, oscuras posibilidades sobre su persona. Pero ahora contaban con nuevos datos, direcciones y directrices que podrían arrojar luz sobre tanta sombra de duda. Datos que, por su posición, solo el guardia civil podía corroborar.

Conocer el ambiente de trabajo y el personal del Cosmópolis era esencial para introducirse en el mundo de Enrique, a quien, sin haber tratado jamás con él, Mauricio parecía conocer casi tan bien como al propio Saulo. Se empapó de su carácter, de su impecable trato con la clientela, de la simpatía que desprendía. No era capaz de recordar la cantidad de anécdotas que le contaron sobre él, pero, en todo caso, eran suficientes como para hacer creer a quien se le pusiera enfrente que conocía a Enrique de toda la vida. Tal fue su implicación en aquella labor documental que incluso ensayaba conversaciones con los amigos y familiares de Enrique para, en caso de producirse alguna situación espinosa, poder salir airoso del paso. Incluso Demóstenes, en su incansable afán de protagonismo, le pasó vídeos en los que ambos entrenaban o se divertían en la piscina de olas artificiales donde iban a practicar surf. Gracias a eso, Mauricio pudo distinguir y memorizar los tatuajes que revestía aquel cuerpo cincelado a base de disciplina.

Así, con los deberes hechos, se presentó en la casa del único familiar que el entrenador tenía en Madrid. Llamó tres veces al telefonillo para luego esperar en el rellano hasta que, al fin, escuchó unos pasos tan fuertes como decididos que se dirigían a donde se encontraba.

—¿Qué quiere?

La voz pertenecía a una mujer que Mauricio describió más tarde como «de mirada dura y presencia notoria que ocupaba media entrada, olía a comistrajo y no parecía amigable».

—Soy amigo de su hijo Enrique.

—¿Qué ha hecho ahora ese imbécil?

—¿Hacer? Nada. Yo solo...

—¡Entonces, da media vuelta y déjame tranquila! —gritó dando un portazo que a punto estuvo de costarle la nariz a Mauricio. Había contado con esa posibilidad, pero no imaginaba que iba a producirse con tanta vehemencia. No había nada que hacer. Sin receptividad por la otra parte, quedarse allí era una pérdida de tiempo.

La voz de aquella mujer volvió a resonar a su espalda.

—Está bien, puedes pasar. Me vendrá bien que alguien reavive un poco la memoria de mi niño. Últimamente está muy despegado y casi ni lo veo.

La media hora que pasó allí le hizo comprender de dónde venía la pulcritud y el orden que Enrique demostraba tener en su taquilla del gimnasio. Allí donde iba, un agradable olor a limpio embargaba

el lugar.

—Su casa es una maravilla, doña Adelfa.

—Paso muchas horas aquí, y eso si salgo de casa. Según mi Enrique, esto parece más un museo que otra cosa. Y yo siempre le digo lo mismo. ¡Veremos si piensas lo mismo cuando conozcas mujer y vivas en otro sitio! ¡Veremos!

Sintió lástima al fijarse en las ojeras de aquel rostro marcado por la pena y el paso de los años. De vez en cuando, la conversación se veía interrumpida por repentinos ataques de tos tan fuertes que Mauricio llegó a temer por su salud en varios momentos de la visita. «Bronquitis crónica», aclaró al fin. Su apunte sirvió como excusa perfecta para hablar sobre la importancia del ejercicio y el cuidado de la salud, territorio que, además conocer bien, le sirvió como puente para preguntar sobre Enrique.

—Pues mira, un ingenuo. Eso es mi hijo. Muy buen chico, eso sí. ¡Pero, de tan bueno, a veces llega a ser tonto del culo! En el amor le han engañado mucho.

—Oh... No lo sabía. Enrique es muy reservado cuando se trata de temas personales.

—Hombre, ya puede. Yo misma me encargué de que así fuera. El peligro de airear la vida personal es que llega un momento en el que todo se sabe. La gente habla mucho, y casi siempre sin saber. En este país se opina y se envidia mucho. Hay tanto mediocre suelto... Lo mejor es privarles de lo que haces. De este modo, se es mucho más libre.

La confusión invadió a Mauricio. Aquel tono, aquel referirse a su hijo como si tal cosa, siempre en presente y sin temor alguno a la posibilidad de que pudiera haberle ocurrido alguna desgracia teniendo en cuenta el tiempo que llevaba sin saber de él, era el de alguien que, o bien desconocía el motivo de aquella visita, o bien consideraba que la ausencia de Enrique se debía a un hecho sin importancia y, a buen seguro, pasajero.

—Claro, ahora comprendo por qué no sabía nada de su vida —continuó el guardia civil sin variar el gesto.

—Viene aquí cuando quiere, llama cuando le da la gana... Yo ya ni pregunto. Para él soy una chacha gorda que limpia su mierda y le hace la comida. ¡Cría cuervos! Espero que tú trates mejor a tu madre.

—Ojalá pudiera —respondió segundos después—. Murió hace años.

—Vaya. Una pena, chico, una pena.

El reflejo de los cristales y metales le sirvió a Adelfa como modo de control para asegurarse de que el guardia civil seguía sus pasos y no tocaba nada. Recorrieron con parsimonia toda la vivienda; el pasillo, los cuartos de baño, el dormitorio de ella y, finalmente, el de Enrique. Al entrar, Mauricio tuvo la sensación de haber cruzado un portal a otro tiempo. Aquello era, sin duda, el cuarto de un adolescente al que no le faltaba detalle. Las paredes estaban cubiertas por grupos de música, la corchera rebosaba medallas, entradas y fotos. Un vade negro protegía la mesa de estudio sobre la que descansaba una taza con bolígrafos y varios libros de la carrera. Sobre el cabecero de la cama, un enorme icono de la virgen vigilaba todo cuanto se hacía en aquella habitación.

—Si hubiera seguido estudiando, ahora sería alguien en la vida. Pero he tenido la manga muy ancha con él y se acabó desbocando. ¡Pobrecillo! Me dan palpitaciones cuando pienso en cómo se las arreglará solo.

—¿Por qué cree que ha sido así?

—¿Por qué? ¡Por las fulanas que se ha echado de novias! ¡Si lo sabré yo! Mentirosas, manipuladoras, ¡aprovechadas! ¡Buscaban aprovecharse de mi hijo y echarlo a perder! Puede que mi

hijo sea un castillo de grande, pero por dentro lo tiene sin amueblar. ¡Todas, todas putas!

—¿Incluso la última?

—¿Cuál fue la última?

—No lo sé —mintió. Ya sabe que Enrique no hablaba nunca de sus cosas.

—Cierto, tienes razón. Bueno, con su amigo Noah... Pero como ese es tonto, no cuenta. La última se llamaba Ro... Ay, no caigo... ¡Como la mujer de Al Bano!

—¿Romina?

—¡Eso! Uy, esa... ¡Uy, esa! La peor de todas, te lo digo yo. Me lo quería convencer para que se fueran a vivir juntos, ya ves tú. Pero Enrique abrió los ojos y se libró de ella. Me dijo que no volvería a escuchar su nombre nunca más. Que estaba muerta para él. Yo no la he visto ni en fotografía, pero tampoco me hace falta para saber que ha hecho lo correcto. Enrique estaba sufriendo mucho por esa chica... ¡Mucho! Tenía que haber vuelto conmigo. ¡Aquí, al hogar, y no a ese pisucho que se alquiló en el centro de Madrid! Pero no, el muy calavera necesita culpar a su madre de su —entrecomilló con los dedos— «triste» vida, como suele decir. Nunca me perdonó lo de Cenicientos.

—¿Disculpe?

—Nada. Viejas heridas que no vienen al caso.

—Entiendo. Si me lo permite, prefiero que lo dejemos aquí. Dentro de poco empieza mi turno en el gimnasio y se me hace tarde.

Adelfa le hizo la señal de la cruz en la frente antes de permitir que se marchara. Las manos le temblaban tanto que era incapaz de escribirle un mensaje a Saulo con el móvil. Al final, optó por un mensaje de voz.

—Saulo, tenemos que hablar. Aquí hay algo que no me cuadra.

Entretanto, Saulo realizaba idéntica labor de investigación en el piso que Enrique tenía alquilado en El Viso. Atendiendo a sus ingresos —jornada del gimnasio y otros trabajos a título personal que poco o nada tenían que ver con el mundo del deporte—, en nada le extrañó la zona ni el edificio donde residía, un lugar muy exclusivo en donde, por suerte, su red de contactos llegaba incluso hasta la garita del conserje.

—¡Señorito! —gritó este con alegría al verle aparecer por allí después de un año. Lo recordaba bien porque fue Saulo quien le recomendó para el puesto— ¡Qué bueno verle! ¿Cómo está?

—Hola, Nelson. Yo también me alegro de verte a ti. ¡Estás más moreno!

—Ay, no mame. ¡Si estamos en pleno invierno, pues!

—Pero te da más el sol, ¿no es cierto? Es mejor estar aquí que en aquel sótano donde te matabas a hacer zapatillas.

—Ni que lo diga, compadre, eso mejor no recordarlo. Y, dígame, ¿qué lo trae por acá?

—He venido a pedirte un favor. Estoy en medio de una operación secreta.

—¿Cómo así? —preguntó con entusiasmo creciente— Ya sabe que puede contar con el viejo Nelson para lo que usted disponga.

—¡No sabes cómo te lo agradezco! Mira, necesito que me digas si has visto a un chico llamado Enrique Laffan estos últimos días. Tengo entendido que vive aquí.

—¿Se refiere al Madelman? ¿El chavo que está tan musculado?

—El mismo.

—Hace bien de tiempo que no lo veo por el edificio. La última vez salió de casa llorandito.

—¿Y eso cuándo fue?

—¡Uy, va *pa* más de un mes! Desde entonces, ni rastro. Y eso que tengo controlado a todo el personal, como usted me aconsejó.

La información de Nelson coincidía. Enrique se fue de vacaciones con el mes de noviembre recién comenzado. Después, pasadas tres semanas, desapareció sin dejar rastro.

—Oye, ahora que nadie nos escucha: ¿no sabrás si alguien ha entrado a la casa en algún momento a limpiar? Porque debe de estar fina de polvo.

Si algo le podía volver loco a Nelson, eran las historias de detectives. Además de un experto en cine clásico de misterio, el cajón de su mesita rebosaba de viejas novelas que compraba en El Rastro a precio de ganga y en un estado más que aceptable. *Retrato de humo*, *Cinco perfumes y un crimen*, *Rosseana* o *La mirada del adiós* eran los primeros títulos que Saulo le consiguió en su día para animarlo a leer y así entretenerse en su larga jornada frente a la calle al terminar la limpieza de las zonas comunes. Incluso tenía un cuadernito en el que anotaba ideas por si algún día se lanzaba a escribir una novela.

Saulo, conocedor y artífice de su obsesión detectivesca, sabía que la mejor manera de lograr la total entrega de Nelson era convertirlo en el protagonista de su propia historia.

—Uy, pero ¿y si nos descubren, señorito? ¡Me correrían, pues! Y yo sin trabajo me puedo ir a directito a chingada.

—Aquí nadie te va a despedir. Recuerda que estás hablando conmigo, Nelson. Esto es solo entre tú y yo. Además, ¿quién iba a pillarnos? ¡Si estamos en plenas vacaciones de Navidad! Mucha gente se ha marchado. ¡Piénsalo! Estarías ayudando a resolver un caso de desaparición. ¿Quién dice que de esto no puedes escribir una buena historia?

El pinche güey se resistía, algo que no pilló de nuevas a Saulo, perfecto conocedor del sentido de lealtad que Nelson profesaba a sus patrones. Fue por eso que decidió traer consigo un pequeño aliciente al que ni siquiera aquel mejicano de Torreón podía tratar con indiferencia.

Ahora sí. Pocos son capaces de resistirse a un sobre con dinero.

—Es usted un encantador de serpientes, don Saulito. Guárdese eso, porque no lo aceptaré. Voy a ayudarlo por lo mucho que me ayuda usted a mí.

Como supuso desde el principio, aquello era el piso de un soltero bien avenido y exageradamente ordenado. Enrique había hecho limpieza antes de marcharse. Saulo se dio cuenta de ello al comprobar los cuartos de baño. Cada espejo le devolvía su imagen sin una mota, sin una huella, sin, ni siquiera, trazos del paño con que se había limpiado.

—Nelson, ¿no recuerdas si en algún momento Enrique subió con alguna chica? O que alguna mujer viniera a visitarle.

—Nunca, señorito. En eso sí que estoy seguro, porque es algo que me extraña en alguien como el Madelman. He llegado a pensar que podía ser del otro lado, usted ya me entiende.

—Al Madelman le gustan las tías más que un batido de proteínas, créeme. Pero me extraña que no haya una sola foto.

Era el piso más neutro e impersonal que había visto nunca. Un simple habitáculo sin vida cuyo minimalismo llegaba a resultar desesperante. Si no fuera por el mobiliario, sería imposible distinguir las habitaciones. Ni un cuadro, ni una planta, ni un simple adorno. Como si no quisiera dar pistas sobre su existencia.

Como si aguardara el momento de irse para no volver jamás.

—Qué silencio —comentó Nelson. Y fue entonces cuando, quién sabe si por obra de los dioses, un timbrazo proveniente de la puerta hizo que a ambos se les cortara la respiración.

—¡Nos pillaron, jefe! ¡Estamos bien fregados!

—¿Quién podrá ser?

—¡No sé! ¿Qué hacemos?

—Ve a abrir —respondió Saulo—. Yo me esconderé aquí.

—¿Que abra yo? ¡Como sea don Enrique me jala de la pechera!

—¡Pues imagina si abre alguien que se le ha colado en su casa! Dile que escuchaste un ruido, o que has subido a comprobar la presión de los radiadores porque la calefacción no llega a todas las casas. ¡Invéntate algo, joder! ¡Menudo escritor estás hecho!

Saulo se escondió bajo la cama. Grande, de matrimonio, perfectamente hecha y con olor a limpio pese al tiempo transcurrido desde la última vez que su dueño había cambiado las sábanas. Encendió el teléfono para silenciarlo y comprobar si tenía alguna llamada o mensaje. Se alegró de ver el

nombre de Mauricio escrito en la pantalla. «Saulo, tenemos que hablar», leyó. «Aquí hay algo que no me cuadra».

Le dio la razón al fijarse en que había algo sobresaliendo de una de las lamas. Con cuidado, hizo pinza con los dedos y tiró despacio.

Una foto.

Una foto bajo la cama.

Enrique y Romina dándose un beso frente al mar en Formentera.

El vestido de tirantes de ella dejaba ver el tatuaje de la letra *alfa* en su hombro. Se la veía relajada, contenta. Feliz. Tanto como lo estaba Enrique, quien, además, sonreía. Saulo se contagió de su expresión y sonrió también. La imagen era un retrato del amor que se profesaban a pesar de los miedos que actuaban sobre su vida como implacables jueces con látigos de siete puntas. Le gustó verlos juntos a pesar de que el contexto le era del todo desconocido. Ojalá, pensó, poder hacer eso alguna vez con alguien.

—Era el del contador del agua, señorito. Por poco me lo hago encima —gritó Nelson desde la entrada en cuanto despachó al molesto intruso.

—Déjame solo un minuto, por favor.

—Okey, aguardo en la entrada, pues. Pero luego me cuenta, ¿sí?

Buscó la fecha de aquel instante robado al tiempo en el reverso. «Joder, me encanta mi trabajo», musitó al sentir cómo un millón de mariposas le recorría el estómago al comprobar que coincidía en fecha con las vacaciones de Enrique. Tras esa bucólica estampa, las palabras de la chica rebosaban en rosa de entusiasta enamoramiento. La letra, menuda y apretada, parecía estar escrita con determinación y seguridad rotunda.

Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. A tu lado sé que nada malo puede ocurrir. Deja que te cuide como tú me cuidas a mí. Ojalá fuera todo de otra forma, pero no tengas miedo porque lo vamos a superar juntos. Yo abriré la puerta de tu jaula y te liberaré.

Te adoro,

Romina.

La vida es un simple transcurrir en el que puede suceder todo. Lo más hermoso. Lo más horrible.

Saulo, el frívolo, el superficial, el conseguidor sin escrúpulos, miró de nuevo a los jóvenes amantes. A la mirada que ambos se regalaban. A la sonrisa que compartían. Al tacto con el que se activa lo más bravo de la vida.

Se alegró por ellos. Al menos, habían sentido algo que él apenas conocía más que por las experiencias de otros.

21

No quería acostumbrarse a sentir las sábanas en su cuerpo desnudo, menos aún el cálido y suave contacto que proporciona otra piel más fina, suave y delicada que la suya. Su pecho se había convertido en un improvisado lugar de reposo para la cabeza de Matilde, cuya respiración llamaba al abandono de los sentidos. Cada exhalación era un cosquilleo que finalizaba bajo su ombligo y que, por mucho que intentase alejar ese pensamiento, le tentaba a despertarla para explorar de nuevo aquel país de las maravillas.

—Buenos días —bisbiseó ella.

—Hola.

—¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Un rato. Amanezco con los gallos, es la costumbre.

—Deberías relajarte y disfrutar un poco más de la vida, como lo hace tu amigo Saulo.

—No es mi amigo.

—Sí que lo es. Estás de morros con él, eso es todo.

Matilde se incorporó. La mirada de Mauricio sobre su cuerpo le hizo reír.

—Todavía no estás acostumbrado al cuerpo de las chicas, ¿verdad?

—Eso es una tontería —respondió mirando hacia otro lado.

—Ya. Esta es la segunda vez que haces el amor, ¿a que sí? La primera fue cuando me invitaste a subir en Nochebuena.

—¿Y qué con eso?

—Que me encanta, bobo. Sobre todo sabiendo que yo he sido la primera.

Matilde le besó despacio, pero él se mostró frío. Otros pensamientos rondaban su cabeza. Acababa de ver el mensaje de Saulo contándole lo que había descubierto en casa de Enrique. El mensaje de la foto contrastaba en abierto con las conclusiones que sacó el guardia civil tras visitar el nido materno. Según Adelfa, habían roto y Enrique puso tierra de por medio con el corazón sangrando de dolor y, sospechaba, de despecho. Sin embargo, el cariño de aquellas palabras escritas en el envés de la foto dejaba patente que, al menos ella, le quería con locura.

—¿Dónde estás, Mauricio? —preguntó Matilde, buscando en vano algún punto de su cuerpo al que agarrarse.

—Estaba pensando.

—¿Y en qué pensabas? ¿Es que no te ha gustado?

—Claro que me ha gustado. Pero ya sabes cómo es la cabeza, que vuela por sí sola. De repente me he sentido un extraño aquí.

—¿Aquí?

—Esta casa es de Saulo.

—¡Oh! —reaccionó molesta— Ya salió el perejil de todas las salsas. ¡La culpa es mía por haberlo mencionado! Muy bien, la casa es suya. ¿Qué problema hay? ¿Acaso te da reparo follar en su cama?

Mauricio se rio con fuerza. Nunca se había parado a pensar en ello.

—No es eso, claro que no. Simplemente pienso que nada de esto es mío, y eso hace que a su lado me sienta..., pequeño. Provinciano.

—Es que *eres* un provinciano, cariño. Pero eso no es malo. Tus raíces están en un lugar completamente alejado de la ciudad. Es lógico que todo te abrume, y seguirá haciéndolo durante un tiempo. Tienes que adaptarte, eso es todo.

El gesto que tuvo Mauricio al cubrirse con las sábanas delató la vulnerabilidad que sentía hacia ese tema.

—Y voy a decirte otra cosa: a veces me arrepiento de haber contratado a Saulo. Cada vez que hablo con él, acabo de los nervios. Tiene una forma de ser tan... Tan...

—Tan suya.

—¡Exacto! Tan *suya*. Pero ¿eso hace que sea malo? A mí me parece que no.

—Saulo tiene un lado oscuro. Yo lo he conocido. Es cierto que se arrepintió, pero no es solo eso. A su lado me siento pequeño, ¿comprendes? Veo cómo camina, cómo viste, cómo habla con los demás. ¡Cómo se toma la vida! Es como si todo le diera igual. Y, sin embargo, le funciona.

—Vamos, que le tienes envidia.

—Nada más lejos. Es solo que me parece estar a kilómetros de él.

—¿En qué sentido?

—¿Perdona? —preguntó confundido.

—Sabes mucho de Saulo. No creo que esa distancia que mencionas se deba solo a lo personal.

«Cuidado, Mauricio», pensó. Matilde era una mujer rápida, y en ese momento el guardia civil estaba aún más desnudo emocional que físicamente.

—No sé qué quieres decir.

—Ya..., claro que no. Déjalo, son cosas mías.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—No sé nada de ti. Salvo que estás buenísima y que me encanta cómo hueles.

»Y que no soportas a Lara —dijo tras besarla. Matilde se echó a reír.

—Está como una puta cabra. ¿Te puedes creer que tiene una especie de diario? A veces la he visto escribiendo en él, pero no tengo ni idea de dónde lo guarda. Es un misterio. Si yo te contara todas las que me ha liado...

Un breve silencio se hizo a continuación, roto por la repentina risa de ambos. No era el momento de hablar de Lara. Ni de Saulo. Solo de ellos. De Matilde y Mauricio. De Mauricio y Matilde.

—Cuéntame algo de ti —pidió él con un susurro tembloroso mientras acariciaba el cuello de Matilde con la punta de la nariz, al tiempo que sus manos recorrían aquella curva silueta con la que tanto había fantaseado.

Sus manos comenzaron a volar solas, buscando un lugar cálido en el que posarse. Ella recibió su intención con agrado. Se giró sobre él hasta aprisionarle las caderas con sus piernas.

—Convénceme.

Bastó un beso para que todo volviese a comenzar.

Se le hacía difícil pasar por recepción y mirar a Matilde como si nada hubiera pasado entre ellos esa misma noche. Controlaba la sonrisilla tonta que hacía por salir cada vez que se cruzaba con ella y sintió cierto miedo de sí mismo al asaltarle el fantasioso pensamiento de llevársela al cuarto de las fotocopias para arrancarle el uniforme a mordiscos. Ella, sin embargo, mostraba su temple habitual, propio de la experiencia que da el trabajo y la vida. Atendía a los clientes con idéntica soltura que siempre, bromeaba con los compañeros como siempre y, al igual que siempre, mantenía la máxima distancia posible con Lara.

—Demóstenes quiere verte —dijo ella con su habitual voz átona—. Está en su despacho.

Por «despacho» se refería al almacén donde se guardaba el material de reserva. Demóstenes apañó el lugar con una mesa de contrachapado en la que apenas había algo más que su ordenador portátil y, como silla, una enorme pelota hinchable.

—Pasa, Mauricio. Siéntate donde puedas.

Optó por traerse la banqueta que sobraba de recepción.

—¿Va todo bien? —preguntó inquieto.

—Sí, tranquilo. Solo quiero que hablemos un rato. Llevas ya un par de meses trabajando aquí y me gustaría saber cómo estás, si te gusta tu trabajo..., ese tipo de cosas.

—Yo estoy muy bien, pero creo que eres tú quien debería decirme si estás contento con mi labor aquí.

Demóstenes sonrió complacido.

—Me gusta tu rectitud. Demuestra seriedad por tu parte, y eso es algo que valoro. ¡Pero tampoco pasa nada por relajarte un poco, hombre!

—Lo sé, perdona. Es la costumbre.

—Tengo una curiosidad, Mauricio: ¿en qué trabajabas antes? Nunca hemos tenido tiempo de tomar un café ni nada y apenas sé algo de ti más que eres un máquina en el gimnasio.

Tragó saliva. A pesar de saber que aquel momento llegaría más temprano que tarde, le cogió con la guardia baja. Demóstenes no era alguien que se preocupase en estudiar el currículo de sus empleados, menos aún si cosechaban el éxito que Mauricio se preocupó de sembrar desde el primer día en que se puso la ropa de trabajo. Pero la investigación no estaba cerrada, y revelar que era guardia civil en excedencia podría complicar mucho las cosas.

—Bueno, estaba opositando —resolvió al fin—. Sigo haciéndolo, de hecho.

—¿Opositando? ¿Y a qué opositas?

—Pues...

—¡No me lo digas! ¡A bombero! Por eso estás así de mazado, para superar las pruebas con nota. Es eso, ¿verdad?

—Joder, qué buen ojo tienes —sonrió al tiempo que sentía su cuerpo flotar de puro alivio—. Pues sí, es eso. He empezado hace muy poco, estoy con la primera lectura del temario.

—Yo sería incapaz. Tanto artículo me mata.

—Bueno, es como todo. El esfuerzo es la mejor siembra.

Demóstenes se rio.

—Qué de pueblo es esa frase. Tienes toda la razón, así es como se consiguen las cosas. Con trabajo y esfuerzo. De hecho, por eso te he mandado llamar.

—Tu dirás.

—Muy bien. Como sabes, te contraté para suplir a un entrenador durante el tiempo en que estuviera ausente por vacaciones. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí... Supongo que te refieres a Enrique.

—De él hablo.

—No me digas que va a volver.

Demóstenes cruzó los brazos sobre la mesa.

—No, no va a volver. No de momento, al menos. Pero, si lo hace, se encontrará con una preciosa carta de despido por absentismo laboral prolongado. Hace más de dos meses que no aparece por aquí, y no puedo permitirme prescindir de un entrenador durante tanto tiempo. La verdad es que me vendría bien hacerlo, porque así me ahorro un sueldo, pero por suerte hay muchos clientes y quiero tenerlos contentos a todos. ¿Sabes por dónde voy?

—Me temo que no.

—¡Cojones, Mauricio! Quiero hacerte fijo en la plantilla. ¡El puesto es tuyo!

«¿En serio?», repitió varias veces mientras fingía sorprenderse con las manos en la cabeza y los ojos desorbitados. «¿Es en serio?» «¡Joder, un trabajo, tengo un trabajo!», gritó mientras le estrechaba la mano a Demóstenes con toda la energía de la que fue capaz mientras lanzaba promesas del tipo «no te arrepentirás» y «voy a dar lo mejor de mí». Su efusividad parecía tan sincera que logró contagiar a su empleador y se levantó para poder darle un abrazo.

Justo lo que él quería.

Con Demóstenes de espaldas a su ordenador, pudo leer sin problemas el contenido de la pantalla. Era un chat de la Intranet que compartía con Lara. Al principio dudó de lo que acababa de leer. La fingida alegría que expresaba se transformó en tensión contenida al saber que estaba abrazando a alguien que, como sospechaba, no era tan inocente.

«Entonces, ¿le hago fijo?», escribió él.

Lara: «Sí, mejor tenerle cerca. Creo que sabe algo.»

Tras varias semanas sin cruzar más palabras de las imprescindibles, Saulo y Mauricio volvieron a sentarse frente a frente, esta vez con papeles desperdigados sobre la mesa en vez de mantel, platos y copas para no evocar momentos de tensión. «Te veo bien», «lo mismo digo, se nota que empiezas a ir más a menudo al gimnasio», «en parte es gracias a tu trabajo, así que tienes parte de mérito» y demás frases que dieron lugar a un largo diálogo sin sustancia ni fundamento fue el mejor modo que encontraron para iniciar la conversación que ambos llevaban tiempo —demasiado tiempo— ansiando tener. Ninguno, sin embargo, se atrevió a dar un paso más allá del motivo por el que decidieron verse. Había mucho que decir, mucho que contrastar, mucho que planificar. Poco a poco, los datos e impresiones que sacó cada uno por su lado llenaron la mesa de más y más folios repletos de garabatos e intentos de un gran esquema conceptual.

—Entonces tenemos por un lado a Enrique y su madre —Saulo subrayó sus nombres con un rotulador naranja.

—Me da el pálpito de que ahí está la clave. Por mucho que su hijo sea un despegado, ¿qué madre en su sano juicio no estaría preocupada por una ausencia tan larga?

—Y más aún si tenemos en cuenta lo unidos que están. Es raro, desde luego. Deberíamos centrarnos en ese tema.

—Sí, pero yo lo enfoco desde otro punto de vista. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que me dijo sobre Romina.

—Algo que contrasta con la foto que encontré. Toma, lee el mensaje —dijo Saulo. Mauricio lo examinó con detenimiento. Se preocupó de comprobar que la caligrafía era firme y estaba escrita por voluntad propia.

—Esto no significa nada. Pudo haberla escrito antes de que rompiera con Enrique.

—Pero tío, ¿a ti te parece que un vínculo tan fuerte se pueda romper a la velocidad de un pestaño? Esa foto se tomó exactamente una semana antes de que dieran por desaparecido a Enrique.

—La vida entera puede romperse a la velocidad de un pestaño, Saulo. De hecho, tengo la sensación de que los tiros van por ahí.

—Joder... ¿Estás diciendo que Enrique tuvo algo que ver con la muerte de Romina?

—No. Estoy pensando en su madre. Si la hubieras oído hablar de las novias que ha tenido Enrique, coincidirías conmigo al cien por cien. Aunque cabe la posibilidad de que ambos sean cómplices.

—Pero, ¿por qué iba Enrique a querer matar a Romina?

—Te devuelvo la pregunta: ¿por qué Enrique, un adulto funcional y al que se le presupone tener dos dedos de frente, escondería una foto con su novia en el somier de su cama? A mí solo se me

ocurren dos variables: o tenía una parafilia sexual bastante extraña, o bien no estaba dispuesto a que nadie encontrara la foto por temor a que pudieran incriminarle de algún modo. Puede que la guardara porque se sentía culpable de haberla matado.

—Sigo sin encontrar ningún motivo.

—Bueno, estamos hablando de Romina. Alguien con millones de seguidores y, me imagino, miles de proposiciones y tíos buenos pululando a su alrededor. Puede que se fijara en uno de ellos y tuviese alguna aventura. Sé que es conjeturar demasiado, pero a mí me parece que es lo más lógico. Pura navaja de Ockham.

Saulo se encendió un cigarrillo. No recordaba la última vez que tuvo ganas de fumar. Quiso dejarlo aprovechando su propósito de ir al gimnasio cada día y el mono por paladear ese humo azul que tanto le privaba se había mantenido respetuoso hasta ese momento.

—De todos modos —dijo una profunda calada que le supo más a culpa que a gloria—, no me han contratado para resolver ningún asesinato, picoleto. Ni mucho menos para incriminar a Enrique. Solo quieren que lo encuentre, y eso es exactamente lo que voy a hacer.

—¡No fastidies, Saulo, joder! Parece mentira que tú me digas eso. ¿Desde cuándo te ciñes simplemente a lo que te piden? Siempre has hecho lo que has querido sin importar las consecuencias.

—Estoy cansado. Lo único que quiero es terminar con esto y después ya veremos.

Mauricio reaccionó levantándose de la mesa sin dar crédito a sus palabras. Ciertamente, aquel tipo tirando a flaco que presidía la mesa estaba mucho del Saulo Cánovas al que estaba acostumbrado. Carecía de arrojo, de ímpetu, de sangre en las venas. Muy al contrario, el cansancio firmaba su rostro con ojeras y un ánimo ajado por golpes cuya procedencia desconocía, pues a Saulo no le gustaba hablar de sí mismo.

Decidió que había llegado el momento de tomar medidas.

—Mira, Saulo —dijo tras agarrar la silla donde estaba sentado y colocarse junto a él—. En este momento de mi vida no es que te tenga especial simpatía, eso lo sabemos los dos. Pero te he conocido en tiempos mejores y sé que te pasa algo importante. De modo que, por deferencia al primer Saulo que conocí en El Marjal, quiero decirte que me tienes preocupado. Esto no va de Enrique, ni de Romina. Ni tampoco lo que tengo Matilde, porque sé que también sabes eso. No me mires con esa cara, ¿crees que no te vi la otra noche? Llevabas un abrigo verde muy elegante y una caja de dulces. Pero, como comprenderás, estaba lo bastante ocupado como para hacerte caso.

—A mí Matilde me chupa un huevo.

El comentario le hizo cerrar los ojos, consciente de lo inoportuno que había sido. Pero a veces la inoportunidad rompe para bien con aquello que se tenga entre manos, y aquel fue uno de esos momentos. Ni Saulo ni Mauricio pudieron evitar reírse.

—Venga, Pisaverde, ¿qué te pasa? ¿Es por tu padre? Siento el numerito que te monté en el restaurante, no sabía nada.

—Da igual. Debería habértelo dicho. Pero no, no es por él. O sí, yo qué sé, Mauricio. Estoy hasta los cojones de todo, nada más. Estas fechas me matan. Todo el día poniendo la mejor cara, pensando la mejor ocurrencia, planificando la mejor estrategia para conseguir clientes en la empresa familiar. No tengo tiempo para encerrarme en mí, que es lo que de verdad me apetece estos días.

—Imagino que tu padrastro tendrá algo que ver.

Referirse a ese hombre era como invocar los siete demonios que Saulo albergaba en su interior. La expresión de sus ojos se tornó en odio, un odio tan profundo, tan visceral, tan intrínseco que el

propio Mauricio llegó a sentirse intimidado.

—Todo. Tiene todo que ver. Si no fuera por mí, habríamos quebrado hace mucho tiempo. Lo único que hace es sentarse en la silla de mi padre y confinar a mi madre en una niebla mental por culpa de las mierdas que la obliga tomar. Está sumida en una debilidad permanente y no puedo hacer nada para ayudarla sin que ese hijo de puta intervenga. Tiene el suficiente poder como para cortarme las alas. Lleva mucho tiempo queriendo hacerlo. Pero procuro no darle oportunidades.

—Imagino que no sabe nada de esta faceta tuya.

—Ni lo hará nunca. No por mí, desde luego.

—De eso estoy seguro. Y tú también puedes estarlo de que Matilde no sabe que colaboro contigo. La discreción está por encima de todo.

—Je...

—¿Pasa algo? —preguntó Mauricio esperando cualquier salida de tono.

—¿En qué punto está vuestra relación?

—En ninguno. Solo nos acostamos. ¿Por qué?

—Esa tía sabe latín y hebreo, amigo mío. No se le escapa ni media. De hecho, me parecería raro que no te haya preguntado por mí en algún momento.

Un breve silencio se hizo entre los dos. La mente de Mauricio se transformó en una puerta hacia el imperio de sensaciones que le despertaba aquella chica. Su voz, su tacto, su olor, el sabor de sus besos, de su piel, ráfagas de éxtasis propias del más sofisticado de los hechizos que solo una mujer sabe conjurar. «Saulo me hace sentir provinciano», recordó. La palabra que quiso decir fue «pequeño». Le hacía sentir pequeño, menos que él, menos que un hombre elegante, con carrera, estilo y dinero. El mismo que estaba a punto de quebrársele por culpa de lo que ocultaba tras aquella idílica vida.

A su memoria acudieron también las palabras que tuvo ella hacia el Pisaverde. Sin parecerle mal tipo, no veía la hora de librarse de él. ¿Por qué?, pensó. ¿Por qué prescindir de alguien que avanza con paso firme en la investigación que le había encargado?

—No me has dicho nada sobre lo que vi en el ordenador de Demóstenes —dijo al fin, presuroso por cambiar de tema. Saulo, lejos de ser idiota, halló en su silencio todas las respuestas del mundo.

—Ni falta que hace. Sabes tan bien como yo lo que eso significa.

El guardia civil miró el reloj. «¿Vas a ir?», preguntó Saulo tras hacer una breve pausa. Mauricio sabía muy bien a qué se estaba refiriendo. Poco le duró su asombro, pues, a pesar de no haberse pronunciado sobre sus planes, la feroz capacidad de observación que poseía su amigo lo colocaba siempre un paso por delante. Pero el guardia civil no se quedaba atrás en cuanto a dones se refiere, y supo que aquella pregunta tan breve y directa tenía varias lecturas. La más escondida, la que de verdad importaba, le movió a marcar el número de Matilde para suspender la cita alegando que le había sentado mal la cena de la noche anterior. Fingió necesitar reposo tras haberse pasado el día vomitando. Tras capear estoicamente el chaparrón de reproches, puso el teléfono en silencio y regresó a la conversación con Saulo.

—Sabía decisión, picoletito. Tenemos mucho de qué hablar. Ese gimnasio es un nido de ratas y empiezo a pensar que allí no se libra nadie.

No hay nada que se iguale al cielo de Madrid durante el atardecer. Su tono anaranjado, revestido de nubes que lo salpican a modo de brochazos, otorga a la capital un encanto que, combinado con su arquitectura, convierte la zona central en todo un capricho a la hora de perderse por sus calles para quien sepa pasear por ellas. Saulo conocía bien la diferencia entre pasear e ir a algún sitio, algo que no todo el mundo que vive en la capital consigue diferenciar.

La tarde se presentó apacible, más próxima al mes de abril que a enero. Desaprovechar la oportunidad de perderse por ahí a una hora tan interesante como las cinco y media —los niños han salido del colegio y los más privilegiados terminan su jornada laboral— era algo que a Saulo le resultaba inconcebible. Hacerlo, además de relajarle y divertirlo, era una manera de ordenar los pensamientos que pululaban desperdigados por su cabeza. Tanto las conversaciones de los grandes como las voces de los pequeños le ayudaban a generar una especie de ruido blanco en el que refugiarse mientras el paisanaje desfilaba dinámico y alegre ante la mesa de la cafetería donde se sentó a tomar un chocolate con churros.

Había mucho en lo que pensar. Gracias a su amigo Gerard Rof, a quien, por fin, logró convencer para firmar un acuerdo de financiación con la compañía Cánovas, el inaccesible mundo de Romina le recibió la noche anterior con clarines y timbales al presentarse como lo que era, un rico heredero de buena presencia y mejores contactos a quien, además, le unía una gran amistad con el joven empresario. Si Saulo fuese alguien de su tiempo, probablemente los ojos le habrían hecho chiribitas al tener delante a tanta estrella junta. *Youtubers, tiktokers, instagramers* y demás «ers», hablaban entre ellos, animados y vestidos de maneras tan indescritibles como el éxito que cosechaban entre el público joven. Pero sus padres se preocuparon de inculcarle una educación renacentista en la que, si bien jamás creció aislado de la sociedad y su evolución, aprendió que el arte de la prudencia es la base donde se fundamentan los pilares de las relaciones más importantes. «No lo olvides, Saulo», le dijo su padre en una de sus últimas lecciones: «el prudente escucha, calla, conoce y espera. Esas cualidades constituyen poder. Siempre ha sido así, y siempre lo será. Tú posees ese poder. Y, si sabes usarlo, estarás un paso por delante de quienes te rodean».

Música y copas se fueron sucediendo a lo largo de la noche sin que asomara el menor atisbo de descontrol o desfase. Todos los allí presentes sabían que aquella no era una fiesta al uso. Por fresca o gamberra que fuera la impronta de quienes allí se encontraban, los coletazos del asesinato de Romina seguían haciendo sombra a las ganas de divertirse. Su nombre, aun en contra de la voluntad de algunos —la vida sigue y hay cosas que deben dejarse atrás, dijeron—, resonaba en cada corrillo por mucho que fuera el empeño de aflojar la conversación. De eso se encargó Saulo en buena medida.

—Lo mejor que podemos hacer es recordarla viva —comentó a fin de agradecerles a todos—. En

eso vosotros tenéis ventaja, porque yo nunca la conocí personalmente.

—Pues os habríais caído de maravilla, créeme. Era una tía diez.

—Y muy brillante —apuntó una chica *youtuber* que difundía ciencia—. En menos de cuatro años consiguió más de un millón de *followers*.

—Pero ¿cómo pueden conseguirse tantos seguidores en tan poco tiempo? Me parece casi irreal.

—Pico y pala, querido —dijo Gerard, que se unió a la conversación, este sí, con dos copas de más—. Eso y tener visión de mercado, claro. Empezó a hacer vídeos durante el confinamiento. Ya sabes; recetas de cocina, parodias, alguna que otra reflexión... Y, entre que era muy mona y el desparpajo que gastaba, se metió a la audiencia en el bolsillo.

—No solo eso —apuntó la chica—. También preparaba un máster de gestión financiera. Nunca pensó en dedicarse a esto de forma permanente porque sabía muy bien lo rápido y jodido que es este mundillo.

—Cierto. Un día estás en la cresta de la ola y al siguiente no te llaman ni para hacerte *spam*.

Saulo pidió permiso para fumar e invitó a los demás. Por suerte, acababa de estrenar una cajetilla. «No le faltarían pretendientes», se le ocurrió decir, lo cual despertó las risas de quienes le rodeaban. «¡Pretendientes!», rieron todos, «¡qué cosa más antigua!».

—Estaba muy ilusionada con un chico un poco mayor que ella. Entrenador, creo.

—Sí, me parece que trabaja en un gimnasio muy top. Pero vamos, eso era un misterio.

—¿Y eso? —preguntó Saulo con marcada ingenuidad.

—Chico, no sé. Ella siempre fue muy abierta con nosotros en cuanto a sus relaciones, pero con este no soltaba prenda.

—Antes salía con un ingeniero de montes, pero le dejó por el entrenador. Es todo lo que se sabe. Al menos, yo.

—Tú y todas, cariño —replicó Gerard—. Mira que colgaba en Instagram su vida entera, pero con los novios era una tumba. A mí me lo describió como un pibonazo, pero ya sabéis que yo soy como santo Tomás: si no lo veo, no lo creo.

—Yo lo encontraba raro, qué queréis que os diga. Romina era una tía super alegre que no tenía problema en hablar de nada con nosotros, pero desde que empezó a salir con ese tío se convirtió en una caja fuerte. A veces me da por pensar que había algo turbio detrás.

—Pero si estaba muy contenta, mujer. Romina no era de las que se guardan las cosas.

—Ya, si no lo digo por eso.

—¿Entonces?

—Pues que es muy raro. Ese tío escondía algo, estoy segura. No es normal que no quiera aparecer en ningún sitio. Decía que..., ¿cómo era?

—Que no se sentía cómodo en nuestro ambiente.

—Ah, eso. Pues ni que esto fuese un nido de víboras. Además, ¡hay que ser idiota! Con la de audiencia que tenía Romina, le habrían llovido las ofertas de contratos o, al menos, su agenda de clientes habría subido como la espuma. Eso lo sabéis igual que yo. De hecho, me consta que se lo ofreció en más de una ocasión y en todas dijo que no.

—Igual era un chico humilde —sugirió Gerard.

—No me jodas, por favor. Lo que pasa es que te lo pintó como a un Apolo y le tienes idealizado.

Todos rieron menos Saulo. La chica tenía razón. ¿Cómo una persona dedicada al entrenamiento físico puede renunciar a toda una campaña gratuita de publicidad? Para ser alguien de en un mundo

donde la visualización es clave, su comportamiento resultaba del todo extraño. Sin embargo, Romina lo aceptaba. No solo eso, sino que su amor por él era lo bastante intenso e incondicional como para escribirle las palabras más sentidas que Saulo había leído nunca hacia otra persona.

Definitivamente, aún quedaba mucho que rascar. Y empezaba a quedarse sin uñas.

Regresó a la realidad apurando su chocolate mientras contemplaba maravillado cómo el Palacio Real iba cambiando poco a poco de color y el alumbrado de las farolas transformaba el entorno casi por completo. Había llegado la hora de volver a casa. El frío de la noche no tardaría en hacerse notar y llevaba allí sentado demasiado tiempo.

—Disculpe, señor —escuchó decir al camarero—. Tengo algo para usted.

—¿Para mí? Si le pagué la cuenta en cuanto usted me sirvió, como hago siempre.

—No se trata de eso.

El camarero deslizó una cuartilla doblada por la mitad. Parecía papel bueno, caro.

—Recibí instrucciones de entregárselo en mano.

—¿Instrucciones de quién?

—No lo sé, señor.

Saulo se incorporó. Empezaba a sentirse incómodo.

—¿Cómo que no lo sabe? Habrá visto a la persona que le pidió entregarme esto, digo yo.

—La encontré sobre la barra junto con un folio en el que ponía «Entregar al caballero de la mesa dos en mano». Estaba escrito a ordenador. Lamento no poder ayudarle.

—Está bien, gracias.

El camarero se retiró con la parsimonia de siempre, sin indicios de nervios ni signo de inquietud alguna. Saulo examinó la cuartilla, dudando si debía abrirla o no. Por su mente discurrieron múltiples posibilidades, probabilidades y opciones sin que ninguna le resultara aprovechable.

—Al diablo —dijo.

Desdobló el papel.

El estómago se le encogió a pesar de intuir quién lo firmaba.

Te veo.

Σ

—Disculpa, pero creo que hay un error en mi nómina.

Desde el mostrador, Lara fulminó a Mauricio con una mirada de superioridad que a él no le sorprendió en absoluto.

—Qué.

—No me habéis abonado el complemento salarial correspondiente a las diez horas extra que realicé el mes pasado.

—Eso eran sustituciones, no horas extra.

—Te equivocas. Es cierto que sustituí a un compañero, pero también que trabajé diez horas más. Puedes comprobarlo en el registro.

Lara suspiró hastiada tras agarrar el folio de mala gana. Leyó despacio el desglose de la nómina con un deje de soberbia que mostraba sin el menor pudor. Mauricio, aprovechando la coyuntura, se asomó con disimulo a la mesa donde reposaba el móvil de ella. Pese a que lo tenía en silencio, la vibración de cada mensaje que recibía era perfectamente notable.

—¿Tu novio? —preguntó Mauricio.

—¿Perdona?

—Te vibra mucho.

—Que vibre o que suene, no es de tu puñetera incumbencia.

Lara chistó antes de descolgar el teléfono de recepción para informar de que, en efecto, la nómina estaba incompleta. Fallo suyo, desde luego, pues era ella quien se encargaba personalmente de hacer llegar a cada uno el comprobante de los respectivos salarios. No reconoció el error, pero mostró voluntad para subsanarlo, cosa que a Mauricio le resultó más que suficiente. Habría olvidado el tema de no ser porque escuchó el nombre de Enrique al otro lado de la línea.

—¿Sabéis algo del entrenador al que estoy cubriendo?

—Pensé que Demóstenes te había dicho que ya no sustituyes a nadie.

—Lo hizo, pero no me acabo de acostumbrar. Escuché decir que había desaparecido o algo así.

—Eso es lo que dice la paranoica de Matilde. Yo estoy segura de que nos ha dejado con los pantalones caídos. Imagino que el gimnasio emprenderá acciones legales contra él, porque esto ya empieza a ser inadmisibile. Obviamente ya está despedido, pero el incumplimiento de contrato está ahí, y hay que pedirle responsabilidades.

Mauricio dobló la nómina con cuidado antes de meterla en el bolsillo.

—A mí me resulta llamativo. Por lo que he escuchado, Enrique era una persona muy bien valorada por los clientes. No hay nadie que me haya hablado mal de él. Todo lo contrario. Es más, hay quien le echa de menos.

—Bah.

—¿Bah? ¿Qué quieres decir con «bah»?

—Estoy hasta la pera de escuchar las bondades de san Enrique. Que si es brillante, que si es simpático, que si despierta tanto cariño que dan ganas de llevárselo a casa —respondió en tono burlón—. Tantas virtudes me empachan. Nadie es tan bueno. ¡Nadie! Es más, cuanto mejor me lo pintan, más creo que tiene un lado oscuro y que por eso no ha vuelto por aquí. Piensa lo que quieras, pero me tiene tan harta que casi prefiero que las cosas sigan como están. Yo era de las pocas que le veía como era en realidad; un maldito encantador de serpientes. Muy quedón, muy zalamero, sí, pero actuaba por puro interés. Todos los tipos de su pelaje están cortados por el mismo patrón. Además, era más hermético que una ostra cerrada. La gente así es peligrosa.

—Yo no sé nada de ti.

—Una cosa es que no quieras contar tu vida y otra muy distinta es que evites hablar de qué tal ha ido el verano cambiando de conversación. Te digo el verano como puede ser el fin de semana o si tienes hermanos. Era como un desvío de llamadas sistemático. Pero daba igual. El carisma de ese tío hacía que se lo perdonasen todo. Yo creo que por eso le gustaba tanto a la gente.

—Es lógico. Cuanto más enigmático es alguien, más interés despierta.

—Pues que lo despierte en otra parte. Cada vez que se abre esa puerta, tengo la impresión de que se va a presentar y el estómago se me da la vuelta.

Mauricio sonrió llevándose la mano al bolsillo y se despidió de ella hasta el día siguiente.

—Da la sensación de que, en el fondo, quieres que vuelva —le dijo antes de salir.

—Claro. Adoro estar en un estrés permanente. Y ahora déjame, que estoy trabajando.

El frío de Madrid era un puñetazo seco que le pilló desprevenido. No tenía ninguna prisa en llegar a casa y Lara continuaba con la mente sumergida en el ordenador sin nadie pululando por recepción. Una oportunidad perfecta para probar su paciencia un poco más.

—Lara, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Joder, ¿pero tú no tienes vida, cielo? —respondió quitándose bruscamente las gafas—. A ver, qué quieres.

—Es solo una curiosidad. Antes has dicho que Matilde es una paranoica.

—Y más cosas que me callo.

—Lo que sea, pero me llama la atención que solo ella crea que lo de Enrique es un caso de desaparición.

Aquella fue la primera vez que Mauricio vio sonreír a la responsable de recursos humanos del Cosmópolis. Una sonrisa contenida, casi interior y del todo malévola que parecía provocarle verdadero gozo.

—Ah —dijo con impostada inocencia—, ¿es que aún no lo sabes?

La calle Hortaleza de Madrid bien podría considerarse la entrada a un mundo aparte. Un largo segmento que une Alonso Martínez con Gran Vía y, de forma perpendicular, a Chueca con Malasaña. Matilde siempre lo consideró de ese modo cada vez que pasaba por allí. A una hora como aquella, cuando la noche comienza a nacer, sortear a la gente que va y viene forma parte del encanto. Se detuvo en la iglesia de san Antón, lugar de acogida por excelencia para quienes no tienen nada, y allí permaneció hasta que la relativa paz que allí se respiraba debido al trasiego consiguió aportarle algo de serenidad y aquietar en cierto modo la tormenta que se había desatado en su interior.

Saulo decidió dormir en la oficina aquella noche. Tenía demasiado en qué pensar, demasiado que contrastar. Necesitaba la voz tranquila de Mauricio para poner en orden tantos pensamientos y conjeturas. Maruja, su tata, aprovechó la coyuntura para quedarse un rato con él antes de coger el autobús hacia el barrio donde vivía. Preparó un buen plato de cintas con salsa de nata, tomate y albahaca, como aquellas que Saulo devoraba cuando era niño y cenar carbohidratos no suponía cometer un pecado mortal. Dispuso también el sofá cama con sus sábanas bien arremetidas y perfumadas con colonia Álvarez Gómez; según él, la colonia más limpia. Semejante despliegue hizo que volviera a ser niño y olvidar por unos instantes la sensación de vulnerabilidad que le había despertado el mensaje de Sigma.

—Madre mía, Maruja... ¿Es mi cumpleaños y no me he enterado?

—Hijo, me sobraba tiempo y he dicho, pues voy a hacerle una cena como Dios manda a mi Saulito. Si vas a pasarte la noche trabajando, al menos hazlo estando cómodo, digo yo. Tenéis ración de sobra para los dos. Porque Mauricio también viene, supongo.

—Claro, mujer. Vive aquí. ¿Dónde va a ir si no?

Saulo sabía muy bien cuándo Maruja se callaba las cosas, y aquella era una de esas veces.

—A ver, ¿qué pasa?

—Ay, Saulo... Dios me libre de ser una santurrona puritana, pero ayer le cambié las sábanas y olían a mujer.

—¿En serio? —preguntó fingiendo sorpresa. Maruja asintió fervorosa.

—Y encontré pelos largos en el desagüe. Un poco guarra, la chiquilla.

—Tendré que estar atento, entonces. No vaya a ser que me convierta la casa en un lupanar.

—Eso he pensado yo también. Por si acaso, he escondido tus relojes en el tambor de la lavadora. Como no la usa...

—Eso es porque le gusta lavarse la ropa a mano. Costumbres de su pueblo.

—Ya veo. Oye, hijo, sé que me arriesgo a ahondar en la herida, pero..., ¿qué tal está la señora? ¿Se encuentra mejor?

Saulo miró a su tata con ternura. Después de tantos años, después de que Oberón Cánovas, su tío

y padrastro, la echara como a un perro de allí aun habiéndose pasado media vida al servicio de la familia, todavía conservaba el cariño devocional que le tenía a su madre. Las palabras de Maruja no ahondaban en la herida. Antes bien, eran el único bálsamo capaz de calmarla.

—Como siempre.

—Entiendo.

—Yo no, Maruja. Yo no. Cada vez que subo a su cuarto tengo la sensación de sumergirme en uno de los cuentos que me contaba mi padre. Subo las escaleras como si lo hiciera a una torre en la que solo hay vistas del cielo. Está completamente aislada y sin fuerzas. Oberón ha anulado por completo su voluntad.

—Parece mentira que un nombre tan bonito lo tenga alguien tan malo.

—Está muy crecido. Y no me gusta lo que veo. Ha restringido el acceso a las cuentas, solo él puede ver cómo va el negocio familiar. Tengo un mal presentimiento con eso.

—Bueno, ahora lo que tienes que hacer es centrarte en el caso del entrenador ese. Y darte un buen homenaje con la cena que te ha preparado la tata Maruja.

Saulo se lanzó a darle un beso de abuela, pues así era como él la sentía. En ese momento, sonó el timbre.

—Debe de ser Mauricio —dijo ella al caminar hacia la puerta—. A veces se le olvidan las llaves.

No era Mauricio. Era Matilde.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas sean. ¿A quién busca?

—Maruja, hazla pasar —respondió Saulo desde el salón—. Es mi clienta.

Matilde avanzó tímida hacia el salón donde Saulo tenía dispuesta la mesa de trabajo y, tras aceptar su invitación, se sentó frente a él después de quitarse el abrigo y dárselo a Maruja. Alejada de ambos, la tata le hizo señas de que era ella quien había estado con Mauricio a juzgar por el olor de su ropa. Saulo tuvo que contener la sonrisa.

—No te esperaba. ¿Va todo bien?

—Pues sí... y no. ¿Tienes tiempo para hablar?

Maruja les sirvió dos vasos de agua antes de marcharse. Al cruzar la puerta volvió a hacerle una señal de alerta a Saulo, quien respondió con un guiño.

—Tengo toda la noche.

—No creo que haga falta. Lo que tengo que contarte es rápido. Aunque no te va a gustar.

Se arrepintió de haberle ofrecido un sitio en la mesa a Matilde tras recibir un mensaje de Mauricio disculpándose porque aquella noche no cenaría en casa. Había recorrido Cenicientos de cabo a rabo en busca de información. Preguntó a vecinos grandes y pequeños, a jóvenes y a viejos, a curas y seglares. Nadie conocía el nombre de Enrique Laffan ni el de Adelfa. Todo lo más que halló fue a alguien que dijo sonarle el nombre de la mujer. «Pero no de aquí», dijo. Mauricio no pudo sacarle más.

La recepcionista, famélica de conversación, no dejaba de hacer comentarios tan largos como absurdos sobre el gimnasio. Escuchar el último encontronazo con Lara por no haber rellenado la ficha de un cliente despertó en el investigador un cansancio que le hizo mirar el sofá cama con ojos golosos.

El interminable relato de Matilde le sirvió como ruido blanco para visualizar de nuevo la nota que había recibido de Sigma. «Te veo». Aquellas palabras se aparecieron en su imaginación sobre la letra griega que adquirió desde ese momento un aire de siniestra elegancia. Quienquiera que se escondiese detrás, sabía de él y de sus esfuerzos por encontrar a Enrique. Pero, ¿por qué se había dirigido directamente a Saulo? ¿Tan cerca estaba, acaso, de resolver la desaparición del entrenador?

«Quizá me conozca», se dijo. «Quizá no tenga que ver con Enrique ni con Romina».

«Pero, ¿y si?... No, eso no tiene sentido.»

—Oye, ¿me estás escuchando?

Saulo sacudió la cabeza para despejarse y se llevó algo de pasta a la boca.

—Para estar hablando a la pared, prefiero callarme y volver a mi casa.

—Hazlo. Total, no me has contado el verdadero motivo por el que estás aquí.

—¿Cómo que no?

—Los problemas que tengas en el curro a mí me dan igual. Yo te debo un reporte cada cierto tiempo para que estés al corriente de lo que la desaparición de Enrique va dando de sí. Lo demás es irrelevante.

—¿Sabes que, además de un cretino, puedes llegar a ser muy desagradable?

—Y puedo llegar a serlo aún más, pero estoy cansado. ¿Vas a contarme a qué has venido o prefieres que sigamos perdiendo el tiempo? Porque es tarde.

Matilde se vio obligada a contener la ira que crecía en ella por momentos. Por mucho que hubiera terminado detestando su arrogancia, no le compensaba perder a la única persona capaz de ayudarla. A nadie más podía contar lo que había venido a contarle.

Tomó asiento, cerró los ojos y, tras respirar hondo, comenzó el verdadero relato.

—No sé si sabes que Mauricio y yo...

—Desde antes de que vosotros lo supierais.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿En serio?

—A Mauricio no le han brillado los ojos así en su vida. Y puedo asegurarte que no es por mí. Tú tienes ese brillo también, te lo he visto más de una mañana en el gimnasio. Eso solo ocurre después de haber pasado una noche con luces de colores. Además, a veces la oficina huele a ti. Conste que me alegro por los dos. El chaval necesitaba quitarse las telarañas y parece ilusionado.

—Ya...

—Por eso has venido, ¿verdad? Porque querías hablar con él.

Matilde agachó la cabeza. No hizo falta verbalizar la respuesta.

—Siento la decepción, entonces. Confío en que no pretendas también acostarte conmigo, porque no eres mi tipo.

—Ni tú el mío. No vales ni para sazonar un caldo.

Aquello le hizo reír a Saulo. Ella también sonrió.

—Necesito hablar con alguien, y casi prefiero que seas tú.

Las palabras de Matilde le obligaron a interrumpir la cena. Ahora quien le miraba de forma escrutadora era el propio Saulo, temeroso de que la razón por la que se había presentado en su casa no fuese otra que la de dejar a Mauricio.

—Os he mentido a los dos. Al menos, no os lo he contado todo.

Encendió otro cigarrillo y le dio una profunda calada.

—Enrique y yo estábamos liados.

Con los ojos como platos, Saulo se levantó de la mesa y comenzó a pasear por el salón.

—Joder, Matilde. ¡Joder! ¿Cuándo pensabas contármelo? ¿Sabes lo importante que puede ser ese dato para la investigación?

—Ya lo sé. Por eso te lo estoy diciendo. Siempre he estado enamorada de él. Siempre.

Saulo respiró hondo con los ojos cerrados. Pensaba en su amigo.

—¿Lo sabe Mauricio?

—Esa asquerosa de Lara se lo ha contado. La muy hija de puta esperó a mi hora de llegada para que, «casualmente» —entrecomilló en el aire—, Mauricio y yo nos cruzáramos. El pobre salió casi corriendo del gimnasio. Y probablemente me expedienten, porque le di un bofetón a Lara con la mano abierta.

—Dios, pobre chaval...

—No se merece esto, lo sé.

—Pues no, no se lo merece. Le está siendo muy difícil adaptarse a Madrid, y para una vez que le gusta alguien...

—Ya me estoy castigando lo suficiente como para que me lo recuerdes.

—Lo haré las veces que haga falta, tía. Puede que le meta mucha caña y que no me haya portado especialmente bien con él últimamente, pero me siento responsable de lo que le pase. Es una buena persona, y puedes estar segura de que le has hecho daño.

Matilde sonrió herida.

—Creo que así no vamos a llegar a ningún sitio. Será mejor que me vaya.

—Por eso me contrataste, ¿verdad? Lo que te movió a contar conmigo fue algo más que un sentimiento de amistad.

—Sí —respondió sepultada por la vergüenza. Saulo se puso frente a ella, apoyando el cuerpo

sobre el respaldo de la silla.

—Ahora es cuando me cuentas lo que hasta ahora no te has atrevido a decirme.

Le pidió un vaso de agua. Saulo se lo llevó junto con un paquete de clínex. Ella se sonó con ganas antes de enjugarse las lágrimas. Su rostro era el lienzo de una pintura corrida.

—La noche antes de que desapareciera, habíamos pasado la noche juntos en su casa. Él se lo tomaba como algo pasajero. Un vación, así es como lo llamaba. Bebíamos y siembre acabábamos en la cama. A la mañana siguiente cada uno entraba por su cuenta al gimnasio. En ese sentido, ninguno de los dos queríamos complicaciones.

—Entonces, engañaba a Romina contigo.

—Lo hacía, sí. Puedo entenderlo, no creas. Una tía con semejante poder de convocatoria no es alguien a quien se quiera renunciar a la primera de cambio, y menos aún por una recepcionista que apenas puede llegar a fin de mes.

La foto de Romina y Enrique bajo la cama regresó a la memoria de Saulo con tal intensidad que su recuerdo era casi palpable. He ahí la razón de su escondite: no quería que Matilde la viera.

—Es muy duro que alguien de quien estás enamorada se vaya a vivir con otra por conveniencia. Sobre todo cuando él también lo está de mí.

—Y por el camino te tiras a mi amigo.

—¡Eso fue accidental!

—¡Follar no es algo accidental, joder! ¡No lo es! Hacen falta muchos pasos previos en los que, si quieres parar, paras.

—Pues perdona por no ser una puta estoica. La única verdad es que Mauricio me ha terminado gustando más de lo que creía. Y ahora...

—Ahora no sabes qué hacer. Por eso necesitabas aliviar tu conciencia machacando al otro.

—Eso que dices es injusto.

—Me da igual. Es la verdad. Solo quiero saber si aquella noche Enrique dijo algo que pudiera esclarecer de alguna manera el motivo de su desaparición.

—Lo único que dijo es que quería poner fin a lo que estaba viviendo. Que la situación le estaba jodiendo la vida y la cabeza.

—Comprensible.

Matilde aplastó el cigarrillo contra el plato que Saulo había dejado a medio terminar. Se puso el abrigo y pidió un poco más de agua antes de marcharse.

—No quiero hacerle daño a Mauricio.

Él negó con la cabeza.

—Ya se lo has hecho, y me temo que mucho más del que esperabas. En cualquier caso, no es asunto mío. Lo que tengas que hablar con él, háblalo y atente a las consecuencias. Pero ten clara una cosa, Matilde: si no estuviese tan metido en el caso, te habría mandado al carajo hace mucho tiempo.

Cruzó la puerta con una sonrisa triste.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

El cubil de Noah le recordaba al sanatorio de muñecos situado en la calle Preciados. Saulo se veía a sí mismo como un enorme autómatas articulado al que le hacían falta varios ajustes. Al fin y al cabo, eso es lo que somos en mayor medida; máquinas con consciencia que se laceran, se rompen y necesitan de la ayuda de los demás para recomponerse.

La de aquella vez, sin embargo, no fue una visita al uso. De hecho, era la primera vez que el propio Noah le llamaba para hacerle un hueco y así poder tratarle una contractura casi inexistente. Saulo acudió recordando que aún le quedaban dos sesiones gratuitas con las que así poder completar el extraño paripé.

—Dos horas son muchas horas para estar aquí, amigo. Espero que me trates con cuidadito — bromeó mientras se quitaba la ropa.

—Tenemos que hablar. He recibido algo del teléfono de Enrique.

La frase actuó como un resorte en el cuerpo de Saulo que le hizo saltar de la camilla. Su contractura, aun siendo inventada, se había curado del todo. Mientras Noah buscaba el mensaje, aprovechó para sacar su móvil y hacerle una fotografía.

Tdo m bien. Espro qe tu tambín lo éstes.

—Estoy muy preocupado, Saulo. Puedo jurarte que Kike no escribiría un mensaje así ni borracho.

—¿Crees que su móvil puede tenerlo otra persona?

—Estoy seguro. He pensado en llamar directamente, pero tengo miedo de lo que pueda encontrar al otro lado. Quizá debería haberlo hecho, lo siento.

—No te culpes en absoluto, yo habría reaccionado igual. Además, entiendo tu preocupación. A mí también me da muy mala espina.

—Me recuerda tanto a aquella vez...

Saulo frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Es que ha pasado esto antes con Enrique?

Noah se sentó en la banqueta. El gesto de llevarse constantemente las manos a la cabeza daba a entender que su preocupación era real y muy elevada.

—Kike no es el único trabajador del Cosmópolis que desaparece sin dejar rastro. Hubo otro más.

La tensión del momento hizo que Saulo olvidase lo frío que estaba el suelo. Solo se dio cuenta de que aún estaba en calzoncillos cuando se miró al espejo.

—Empiezo a pensar que en este gimnasio se esconde algo realmente malo. No sé si quiero seguir aquí, lo digo en serio.

Ignorando su comentario, Noah le acercó la ropa y volvió a sentarse.

—He estado pensando mucho estos últimos días, y hay demasiadas cosas que no me encajan por

más que lo intente. Pero, si nos situamos antes de que todo sucediese, hay un hilo del que podríamos tirar.

—Y ese hilo es el otro entrenador desaparecido.

—Se llamaba Horacio. En realidad, ya no trabajaba aquí cuando desapareció, pero hubo muchos problemas con él. Debía de tener más o menos mi edad, treinta y pocos. Era un tipo que llamaba a la cautela por su agresividad. Incluso de buenas, sabías que era mejor mantenerse fuera de su alcance. Buscaba el conflicto aun sin quererlo.

—¿Eso cuando fue?

—¿Te refieres a su despido? Me parece que a mediados del año pasado.

—Por lo que das a entender, Enrique no le caía especialmente bien.

—Era mutuo. Kike jamás ha sido conflictivo, pero lo cierto es que ese tío era capaz de sacar lo peor de él. La cosa es que, al poco de que Demóstenes lo despidiera, nos enteramos de su desaparición. Incluso vino la policía a hacernos preguntas. Fue bastante desagradable.

La falta de espacio ahogaba a Saulo. Tenía la necesidad de caminar para digerir la información que Noah le iba dispensando a cuentagotas, algo que, aunque lo agradecía, despertaba cierta rabia en su interior al ver que, quién sabe por qué razón, los datos más relevantes son siempre los que más tarde llegan.

—¿Y qué tiene que ver lo que me cuentas con Enrique y su mensaje?

—Kike y Horacio se llevaban a matar. De hecho, le despidieron porque intentó agredirle con una mancuerna de veinte kilos. Fue tal el jaleo que incluso lo escuchamos desde aquí. Hicieron falta cuatro entrenadores para poder separarlos. Horacio estaba fuera de sí. Yo creo que iba encocado, pero es una impresión mía. Por supuesto, comenzó a amenazarle con todo lo que se le ocurrió, desde que iba a quemar su casa hasta que le daría donde más pudiera dolerle.

—Entonces, Horacio pudo matar a Romina.

—No. Eso es del todo imposible.

—¿Imposible, dices? Su posición lo convierte en un sospechoso de manual.

—Aunque te parezca mentira, lo de Horacio era pura pose. Mira, una de las ventajas de ser fisio es que pasa por tus manos mucha gente, incluida la plantilla del Cosmópolis. Eso me coloca en una posición privilegiada a la hora de relacionarme con todos. Creo ser el único con el que ese chico no se llevaba mal, por eso sé que no lo hizo.

—Si tú lo dices —respondió Saulo encogiéndose de hombros—. De todos modos, sigo sin entender del todo tu preocupación.

El suspiro de Noah chivaba la necesidad que, pese a su reticencia, sentía de contar aquello que le quemaba por dentro.

—Ese chico también me escribió cuando nadie sabía dónde estaba. El mensaje era muy parecido al que recibí de Kike. Que estaba bien, que solo necesitaba pensar. No le di mayor importancia. Pero...

—¿Pero qué? ¡Por Dios, suéltalo de una vez!

Noah cerró los ojos.

—Horacio apareció en una cuneta poco después. Estaba muerto.

Extraños los sentimientos que provoca el corazón. Uno puede amar, querer —una delgada línea separa a ambos—, odiar, incluso puede hacerlo todo a la vez. El aprecio de Mauricio hacia Saulo era innegable, como también la enorme irritación, tan grande que a veces le entraban ganas de mandarlo todo al diablo sin contemplaciones ni miradas hacia atrás. La balanza se inclinaba más hacia lo segundo, teniendo en cuenta lo sucedido en los últimos días.

Todo eso dejó de importar cuando leyó la nota de Sigma. Sumido en un profundo silencio, la mente del guardia civil funcionaba a velocidad de crucero sin levantar la vista del papel. Tan solo las manos, que movía cada poco para que los dedos no se le agarrotaran, daban una muestra de que aún permanecía en el mundo de los vivos. «Te veo», murmuraba para después contemplar la elegante letra griega que figuraba como firma. Tan breve y contundente mensaje lo retrotrajo al momento en que encontró a Saulo tirado en el suelo con la ropa hecha jirones y el rostro cubierto de sangre. Quien le dio semejante paliza, un paisano de su pueblo, no se privó de nada a la hora de convertirlo en una simple masa de carne. Rememorar aquello le hizo temer por la vida de aquel pijo cretino al que, a pesar de todo, cuidaba como la única familia que le quedaba.

Mauricio rabió por dentro al comprender que eso es precisamente lo que era Saulo: su familia. Al menos, en Madrid.

—¿Alguna idea de quién puede ser?

—Fantomas.

—¿Cómo dices? —preguntó sin comprender. Era la primera vez que escuchaba ese nombre.

—Un personaje literario. Un villano del que nada se sabe y a quien, sin embargo, todo el mundo teme. ¡Yo qué sé, Mauricio! Lo único que tengo claro es que me conoce y que quiere asustarme. El resto son solo conjeturas cada vez más difusas. Ni siquiera tengo claro que estemos buscando bien. De hecho, creo que llevamos errando el tiro desde el principio.

—Yo no lo veo así. Tenemos mucha información sobre la mesa. Solo hace falta sentarnos y ponerla en orden. La conversación que tuviste esta mañana con Noah puede suponer giro muy interesante.

Saulo observó la nota una vez más, poniendo ahora especial atención sus elementos. El papel contenía trazas y su gramaje daba a entender que era de calidad. Combinado con la elegancia implícita que suscitaba aquella letra perfectamente centrada y de mayor tamaño que el texto, no resultaba muy difícil comprender que tan simple mensaje escondía toda una declaración de intenciones.

—Creo que estamos subestimando a Sigma. Su nombre ha estado presente desde el principio y ni siquiera nos hemos detenido a preguntarnos sobre él. Algo me dice que no es un cualquiera.

—Estoy de acuerdo. Deberíamos tenerlo en cuenta a partir de ahora.

—El problema es que, más allá de ese panfleto, no tenemos nada para comenzar una investigación sobre él. Ahora mismo Sigma es aire.

—Eso no es del todo cierto. Sabemos que Romina le conocía. Recuerda el mensaje que encontramos entre las cosas de Enrique. Tú mismo averiguaste que fue ella quien firmó la nota como Alfa.

Se levantó a por una cerveza para él y un vaso de agua para Mauricio, que aprovechó para acercarse a la mesa de trabajo y revolver entre los cajones hasta encontrar la rebosante carpeta del caso. Las gomas habían cedido del uso y comenzaba a romperse debido a la cantidad de documentos que contenía.

—No hay tiempo de revisarlo todo otra vez, Mauricio.

—Solo necesitamos una cosa. Llevo tiempo pensando en ello y me parece que ha llegado el momento de compartirlo.

Extrajo el primer folio del expediente y lo puso frente a ellos.

—La carta de Romina a Sigma. Aquí está todo, Pisaverde. Te lo dije desde el primer día y sigo pensando lo mismo.

—Hemos hecho mil combinaciones con el criptograma y la única coherente es la de «Gym. Asesin». Seguir con eso es una pérdida de tiempo.

—Es que no quiero mirar el criptograma. Solo vamos a leer despacio la nota. El encabezado, para ser más exactos.

—«Hola, Sigma». Lo escribe con la letra griega. ¿Y qué?

—Léela despacio. Hazme caso.

Saulo, poco acostumbrado a que los demás le hicieran ver la luz, cerró los ojos con fuerza sin poder evitar que la boca se le abriera ante la obviedad tan flagrante y casi absurda que acababa de apreciar Mauricio.

—Lo entiendes ahora, ¿verdad?

—Pero esto no tiene ninguna lógica...

—¡Exacto! ¡La nota no se sostiene! Una carta poniendo a Sigma de vuelta y media en la que amenaza con descubrir su identidad y que, al mismo tiempo, parece avisarle mediante el criptograma de que alguien del gimnasio ha cometido un asesinato.

—Joder..., soy un fraude como investigador.

—Deja las mortificaciones para luego. Lo importante es recapitular empezando por el hecho de que Sigma y Romina se conocían.

—Y que el gimnasio significa mucho más de lo que pensábamos. Pero sigo sin verle el sentido, Mauricio. Si yo quiero amenazar a alguien, lo hago con todas las de la ley. No me dedico a mandarle mensajitos entre líneas.

—Estoy de acuerdo. Pero, ¿y si la nota no iba dirigida *solo* a Sigma? ¿Y si estaba escrita para alguien más?

Saulo se tomó unos segundos para responder. Había demasiada información en su cabeza, demasiados hilos en madeja cada vez más difíciles de identificar.

—Una carta escrita a ordenador...

—¡Un *e-mail*, Saulo! ¡Un puto *e-mail*! ¿Y si Romina lo escribió para enviarlo a un número masivo de gente? ¿Y si el criptograma no era para Sigma, sino para el resto de destinatarios?

Saulo miró la nota durante unos segundos. Conocía el mensaje de memoria, sabía exactamente

donde se encontraban cada una de las letras que componían el criptograma. Pero la obviedad del descubrimiento de Mauricio, la evidencia de que aquel panfleto incendiario tenía el claro propósito de difundirse a cientos de usuarios estaba tan a la vista que era inapreciable de puro absurdo.

—Cada vez tengo más claro que el mensaje era una advertencia para Sigma y, al mismo tiempo, un mensaje avisando de que hay un asesino en el gimnasio.

Ahora fue él quien bebió un trago de agua, no sin antes hacer un amago de brindis con Saulo.

—Espera, picoleto —dijo pensativo y con la mirada perdida—. Espera, que aquí falta algo.

—¿Qué va a faltar? Está más que claro.

—No, no lo está. Leamos de nuevo el criptograma.

—«Gym. Asesin». Tú mismo lo has dicho, hemos contemplado todas las variables hasta hartarnos. En cualquier caso, alguien que ha matado se esconde en el Cosmópolis.

El investigador negó con la cabeza.

—Todo este tiempo hemos estado mirando hacia una única dirección; la de que hay un asesino o asesina en el gimnasio. Pero, ¿y si fuera al revés? ¿Y si lo que quería decir Romina era justo lo contrario?

Mauricio le miró con expresión de obviedad frustrada.

—Nos hemos saltado una variable —dijo.

—Eso me temo. Quizá no haya un asesino en el gimnasio. Quizá lo que haya, o más bien hubo, fue una víctima. Nos hemos saltado la variable de «asesinato».

Las noches de los lunes eran de su madre y para su madre. Poco importaba lo que tuviera lugar en los círculos plagados de socialité que Saulo frecuentaba con olfato de lebel para codearse con lo mejor de cada casa. No había reuniones vespertinas, ni copas, ni cenas. Las noches de los lunes no había más mundo que el ala oeste de aquella mansión, antes hogar y ahora jaula, donde ella vegetaba mientras veía pasar los días con la consciencia velada del tiempo.

Dos butacas y un enorme televisor de plasma que él mismo se encargó de instalar era cuanto necesitaban para hacer de la vida un tránsito mucho más agradable. Tampoco faltaba espacio para la música y la lectura. Incluso, aunque silencioso en el ángulo oscuro de aquel enorme salón, veíase un caballete con su respectivo lienzo y materiales de pintura aún por estrenar. Pero nada podía hacerle sombra al cine. Siempre que la película comenzaba, tal vez por la emoción que supone sumergirse en una realidad inventada para olvidar la que se vive, ella le tomaba de la mano para dar juntos el salto. Era un apretón débil, casi un intento, mas Saulo lo recibía como el más fuerte de los abrazos. Aquella noche tocaba ver *El Premio*. Eligió esa película por lo mucho que, sabía, le gustaba Paul Newman. No fueron pocas las ocasiones en que le comentó lo mucho que le recordaba a su padre, aunque el brillo de nostalgia que irradiaban sus ojos al decirlo preludiara un incipiente amago de llanto que, por fortuna, era cada vez más breve.

—Tu padre siempre quiso ser escritor —dijo al poco de comenzar la película. En ella, el personaje de Paul Newman es un novelista que acude a Estocolmo para recibir el Premio Nobel de Literatura y descubre durante su estancia que los bolcheviques planean secuestrar a otro galardonado. Saulo la miró con ternura. Nunca había oído que su padre hubiese mostrado interés por inventar novelas, aunque, teniendo en cuenta el clima que creaba al contar cuentos o historias algo más largas (sin mencionar las experiencias vitales que narraba de un modo casi épico), no le sorprendió en absoluto.

—Lo habría hecho bien —respondió convencido.

—¿Y tú?

—¿Yo qué, mamá?

—¿No tienes alguna inquietud en la vida?

—¿Te refieres a escribir? Nunca me ha dado por eso, la verdad. Prefiero leer.

Su madre expresó una sonrisa que le hizo sentir el mismo cobijo de cuando era un niño y se refugiaba en su regazo cuando algo no había salido bien. Ahora, con la mano entrelazada a la suya, Saulo comprendió de pronto que aquellos tiempos no volverían jamás. Los roles se habían invertido, por mucho que ella siguiese siendo madre y él su hijo. Por mucho que aún continuara necesitando que sus dulces palabras, aunque no exentas de firmeza en ocasiones, le calentaran el corazón.

Acababa de comprenderlo. Saulo se había convertido en adulto.

—Pensaba más en tocar el piano. Siempre te ha gustado mucho. Cuando tocas, te conviertes en parte de la música. Cierras los ojos y da la sensación de que acaricias las teclas. Al menos, así es como lo hacías antes.

—Casi no toco el piano desde lo de papá. Y con Oberón en casa...

—Bueno. No te preocupes, hijo. Lo importante es que tú estés bien.

Le había dado sin pretenderlo una ocasión inmejorable para formular la pregunta que tanto llevaba queriendo hacerle y que, a causa de un temor sordo al que no era capaz de poner forma, se veía obligado a posponer.

—¿Y qué pasa contigo, mamá? ¿Tú estás bien?

Sonrió de nuevo.

—Ahora sí —dijo.

—No deberías dejar que Oberón te trate de esta manera.

—Tiene su genio, eso es verdad. Pero lo importante es que nos quiere, Saulo. Nos quiere.

La inutilidad de conducir la conversación por ahí era de una evidencia aplastante. Decidió, pues, guardar silencio y centrarse en la película.

—Saulo, hijo, deberías salir más.

—Pero si no paro en casa, mamá.

—Me refiero a divertirme. A hacer algo más que no sea hablar de negocios, por mucho que lo hagas con un palo de golf en la mano. Por eso te decía lo de la música. O haz alguna cosa que no tenga que ver con la familia.

—Estoy cansado de conocer gente.

—No hablo de conocer gente, sino de hacer amigos. Es algo muy distinto, y ya no eres ningún niño como para que te explique la diferencia. Te mueves en el mundo de tu padre, y sé que aquello funciona a base de intereses creados. Hay que tener amigos y cuidarlos. Quererlos. Como aquel chico de Santander. ¿Cómo se llamaba?

Y de pronto apareció la culpa, repartida en cada letra que conformaba el nombre de Mauricio. No se había portado bien con el guardia civil, y el hecho de que no supiera ser de otra manera por miedo a mostrarse vulnerable era una excusa tan burda que le hizo sentir aún peor. Le preguntó a su madre si era mala persona solo para escuchar palabras de aliento, pero la duda que le impulsó a hacerlo era tan cierta como que la película llevaba media hora de metraje y Andrew Craig, el personaje de Paul Newman, estaba flirteando con una señorita vestida de rojo. Saulo no recibió respuesta alguna. Por muy débil que su madre se encontrara, por muchas que fueran las pastillas que atemperasen sus ánimos a niveles mínimos, seguía sabiendo muy bien cuándo las preguntas merecen respuesta.

—Me gustaría leer algo de lo que escribió papá, si conservas algo.

—Luego lo busco.

Saulo captó el mensaje. Había llegado el momento de guardar el silencio que merece una buena sesión de cine.

Aquella fue la mañana más fría del año con diferencia. Ni Saulo ni Mauricio, aunque este más acostumbrado al invierno, acudieron al punto de encuentro con la ropa adecuada. El primero, fiel a su irrenunciable sentido de la elegancia, apareció con su estiloso loden verde y el cuello envuelto en una bufanda color tierra. Mauricio llevaba una cazadora *bomber* que había comprado para salir del paso en El Rastro.

Fue Noah quien les facilitó todo cuanto necesitaban saber sobre Horacio, desde su domicilio hasta el negocio familiar que, tras la muerte del padre, ahora pertenecía al hermano mayor. Un baluarte de tipos tan extraños como poco recomendables cuya fama terminó convirtiéndose en marca de la casa.

—¿Entramos ya? —preguntó Mauricio, intentando cubrirse el cuello con lo poco que daba de sí la chaqueta.

—Será lo mejor. No sé tú, pero yo quiero acabar con esto cuanto antes. Además, no nos vendría mal entonarnos un poco. Tengo un frío del carajo.

—Eres un *floreillas*, Pisaverde —bromeó Mauricio.

«Bar El Cafelito», rezaba el letrero a mal colgar que entronizaba la entrada al negocio, un tugurio destartalado cuyas instalaciones revelaban que jamás había conocido reforma alguna. El olor a frito y grasa era tan penetrante que podían sentir cómo se les incrustaba en la piel. De fondo, la máquina tragaperras hacía las veces de banda sonora, acompañada del resonar de las tazas amontonadas que un camarero colocaba con brío sobre la barra. «¿Qué va a ser?», preguntó con desgana y sin mirarlos. Saulo pidió un café solo. Mauricio, carajillo con orujo.

—¡Eso es empezar bien la mañana! —escucharon decir al hombre que acababa de salir del aseo.

—Diga usted que sí. Nada como un buen pelotazo para entonarse.

—Es que con estos fríos no apetece nada más —apuntó Saulo, queriendo unirse a la conversación.

El tipo hacía tiempo que pasó de los treinta y muchos. No era especialmente musculoso, pero tenía una constitución fuerte que se preocupaba por mostrar con la camisa a medio abrir y las mangas remangadas. Cruzó la puerta abatible que separaba la barra del resto del local y mandó al otro tipo a cocinas. En cada brazo llevaba tatuada media cabeza de un tiburón blanco. Sus ojos, dos teas encendidas quién sabe si debido al polvillo que tenía bajo la nariz, no dejaban de escrutar el abrigo de Saulo con actitud depredadora.

—Llevas un caramelito muy rico puesto tú. ¿Cuánto te ha costado?

—Mucho trabajo y esfuerzo —respondió con falsa cordialidad.

Mauricio observaba atento la situación para intervenir en cuanto uno de los dos se lanzara al cuello del otro, algo que, intuía, no iba a tardar demasiado en suceder. Por suerte, una voz

proveniente de las cocinas reclamó la presencia de aquel hombre con fuerza. Le llamó Roberto Luis, lo cual hizo que su mirada y la de Saulo confluyeran triunfantes por haber encontrado al hermano de Horacio.

—Tío, te estás metiendo en la boca del lobo. Parece mentira que no sepas tratar con este tipo de gente.

—Intenta intimidarme y no se lo voy a permitir.

—Busca provocarte, que es muy distinto. Y tú estás cayendo en su trampa como el idiota que no eres. Si queremos encontrar información sobre Horacio, dudo mucho que esta sea la mejor manera de hacerlo.

—Sé lo que hago.

—Pues no lo parece. Y no pienso pegarme por ti.

Roberto Luis reapareció al poco de que ambos terminaran lo que habían pedido. Les preguntó si se habían quedado con ganas de más, a lo que Saulo respondió afirmativamente.

—Pídenos un par de dobles y una tablita de quesos.

El camarero se rio con ganas.

—¿Tú dónde cojones te crees que estás, *tinkiwinki*? ¿En el puto hotel Ritz?

—En el bar del hermano de Horacio, el cual, si no me equivoco es usted. He escuchado maravillas de este sitio.

La respuesta de Saulo avivó aún más la mirada furtiva del camarero, que hacía por esnifar la coca que le quedaba en los belfos al tiempo que golpeaba a manotazo limpio el mostrador.

—Mira, chaval... ¡Mira, chaval! Que tengo la mañana muy tranquilita como para que un pijo como tú me la reviente. Dime lo que coño sea que quieres o te corro a hostias de mi bar.

—Soy periodista del diario ABC —dijo poniendo sobre la mesa una acreditación tan lograda que incluso Mauricio llegó a creerle por un momento—. Busco información sobre la muerte de su hermano Horacio y de Romina Toyos.

—¿Y qué tiene que ver esa fulana con mi hermano?

—Murió asesinada. Y no creo que lo de Horacio fuera un accidente, como dicen por ahí.

Los ojos de Roberto Luis se atemperaron al procesar la observación de Saulo, desprovista de toda sospecha que pudiera demonizar aún más el nombre de su hermano. Aquello supuso un avance, si bien aún no había llegado el momento de cantar victoria. A fin de cuentas, estaba hablando con un encocado.

El camarero sacó un vaso y lo llenó de wiski hasta la mitad.

—Era una hija de puta, eso es lo que era. Destrozó a mi hermano sin ninguna piedad.

—¿A qué se refiere? —preguntó Mauricio frunciendo el ceño. La mirada de Roberto Luis, antes fija en Saulo, se desplazó hacia él con intención de destrozarle.

—Es mi compañero —intervino Saulo al poner sobre la barra otra acreditación similar, esta con el nombre de Mauricio—. Un becario.

—Horacio y Romina estaban liados. A mí nunca me gustó, no pegaban ni con cola. Antes salía con un ingeniero, o algo así, y le dejó por él. Parece que le ponían los tíos que van de canallitas, y de eso mi *broder* iba sobrado. Supongo que Horacio vio en ella la posibilidad de salir del mundo donde se movía. Estaba buena, eso sí. Y empezaba a ganar pasta. Eso fue lo que a mí me dio el aviso. Mira que se lo dije, ¿eh? «Horacio, cuidado con esas tías, que son todas iguales, que te va a dejar colgado en cuanto se encapriche de otro». Os podréis imaginar lo que me decía; «que no, *bro*, que la Romina es

legal, ya verás, cuando yo también sea *influencer* vas a cerrar el bar y podrás dedicarte a lo que te dé la puta gana». Al final se dio la hostia, claro. La pava se fijó en otro del *gym* en el que curraba. No quiso darle ninguna explicación, simplemente que le dejaba, que se había dado cuenta de que no le quería y que estaba buscando algo distinto. Cuando Horacio se enteró de que era él... Enrique, creo que se llama. Se puso hecho una puta fiera. No era fácil de llevar mi hermano, ¿eh?, eso nos viene de familia. Yo me lo olía. Me contaba que ese pavo no hablaba nada de su vida. ¡Pero nada es nada, no os creáis! Pensé; «macho, aquí pasa algo». Y mira, no me equivoqué. Claro, Horacio fue a por él. Creo que tuvieron una pelea del copón en el curro y casi llegan a hostiarse. Despidieron a mi hermano porque tenía fama de conflictivo y no acababa de dar el perfil en el Cosmópolis de los cojones. Sé que le amenazó, que le dijo que le iba a dar donde más duele. ¡Pero no hizo nada! Nosotros somos unos putos *canis*, no hace falta que nadie me ilustre con eso, pero nunca le hemos tocado un pelo a nadie. Ya conocemos la trena lo bastante como para que no queramos volver a pisarla.

»Le perdimos la pista el mismo día en que le echaron del trabajo. Pasaron semanas entre aquello y la noche en que apareció muerto. Nos dijeron que se estrelló contra un árbol y el coche quedó siniestro total. En la autopsia dijeron que tenía una tasa de alcohol disparatada en sangre. ¡Por eso sé que es un montaje! Mi hermano jamás tomaba una jodida copa si iba a conducir. Eso puedo jurarlo ante quien sea.

—¿Y por qué alguien se iba a tomar tantas molestias en que pareciera un accidente?

—O un suicidio —apuntó Mauricio, ganándose la aprobación de Roberto Luis por su comentario. El camarero se encogió de hombros.

—De eso nada, chaval. A mi hermano se lo han quitado de en medio, eso lo saben hasta las ratas. Lo que pasa es que, como Horacio tenía antecedentes, el juez se dio prisa en determinar que había sido un accidente y pista. ¡Putra justicia la de este país! —se quejó con otro fuerte manotazo en la barra.

—Entonces, según usted, la relación que tuvo con Romina no tiene que ver con lo que le pasó a su hermano. Al margen del daño que le hizo, claro.

—Esa tía era tan famosa que su ruptura con Horacio fue viral. ¡Pero si hasta la prensa del corazón ha venido aquí un par de veces y todo! Una por la ruptura y otra por su muerte. Empezaron a aparecer noticias de que no pudo soportar el dolor de que le dejara y que por eso tuvo el accidente. Voy a decir algo horrible, pero me alegro de que muriera antes que ella. Si hubiera sido al revés, le habrían señalado como principal sospechoso de asesinato. Se lo dije a uno de los policías que vino hace poco por aquí para tomarme declaración.

—¿Tomarle declaración? —preguntó Saulo limpiándose la boca con una servilleta. Roberto Luis chistó al asentir con gesto contrito.

—Vinieron al día siguiente de que mataran a Romina. Resulta que uno de sus vecinos me vio salir de su edificio con una bolsa a la espalda esa misma noche. ¡También es mala suerte, cojones!

—Hombre, muy normal no parece —comentó Mauricio.

—¿Y qué hacía usted allí si la relación entre ella y Horacio se había terminado?

—Fui a recoger las cosas que tenía en su casa. Nunca llegaron a vivir juntos, pero salieron durante mucho tiempo y ya se sabe..., entre follada y follada, se deja la casa arreglada.

—Por supuesto —dijo Saulo, intentando encajar la insuperable vulgaridad de Roberto Luis.

—¿Entonces habló con ella?

—¡Je! Cómo sabe aquí el becario. ¡Claro que hablé con ella! Y mira, me alegro de haberlo hecho.

—Roberto Luis, esto es importante. Si habló con Romina poco antes de que la mataran, su testimonio adquiere una gran relevancia. ¿Notó algo extraño en ella? Algo que hiciera presagiar algo malo.

—Pfff..., no te sé decir... Estaba inquieta. Inquieta e incómoda, diría. Al principio pensé que era por mí y por la situación. Que se presente el hermano de tu ex recién muerto para recoger las cosas que dejó en la casa mientras le engañabas con otro no debe de ser agradable. Ahí lo disfruté, tengo que decirlo. Pensaba, «¡jódete, puerca!». Porque eso es lo que era, ¡delante de Dios!

—Nos ha quedado claro. Pero ¿hubo algo más?

Bajó la vista. Por el movimiento de sus ojos, Saulo observó que estaba intentando recordar.

—Me despachó con prisa. Dijo que estaba esperando a alguien. Yo no quise ahondar en el tema, pero lo primero que pensé fue que iba a ir el *pimpinelo* de su nuevo novio. Luego me di cuenta de que no, porque fue ella misma la que empezó a hablarme de Horacio.

—¿De Horacio, dice? —preguntó Saulo con interés.

—De su muerte, más bien. Reconozco que eso me sorprendió, porque ella tampoco pensaba que se debiera a un accidente. Es más, estaba convencida de que fue provocado. Que le mataron. Pero lo más fuerte de todo es que decía saber quién lo hizo.

Saulo recibió un discreto golpe de rodilla por parte de Mauricio, que, nervioso, había destrozado en bolitas una servilleta de papel.

—¿Y bien? —preguntaron casi al tiempo.

—Nada. Estuvo pendiente de la ventana durante toda la conversación y de repente me dijo que tenía que marcharme. Incluso me hizo salir por la puerta de servicio.

—Entonces no pudo ver a quién esperaba.

—No. Salí por detrás, acabo de decírtelo. Aunque...

—Haga un esfuerzo, por favor. Es importante.

—Joder, es que no quiero pillarme los dedos! Ni siquiera se lo he contado a la poli por eso mismo. Me dio la sensación de ver entrar al edificio a una chica que llevaba una sudadera del Cosmópolis.

—Se fijaría en el pelo.

—No pude, llevaba subida la capucha.

—¿Y cómo está tan seguro de que era una mujer?

—Je, je..., porque ese culito no lo tiene un maromo ni siendo bujarra.

Los cascabeles de la puerta comenzaron a sonar anunciando la entrada de los parroquianos habituales. «La hora del vermut», escuchó decir desde atrás. Tenía razón. Había pasado más tiempo del que pensaba desde que comenzó a hablar con el dueño de El cafelito. Pidió la cuenta y pagó las consumiciones pese a la insistencia del dueño por invitarles.

—Oye, tú, ¿esto cuándo sale? Cuando se publique lo recortaré para pegarlo en las paredes del barrio.

—Calculo que pronto, Roberto Luis. Depende del director.

Se despidieron, sorprendido cada uno por cómo se habían dado las circunstancias. Tal era el entusiasmo de Saulo sobre la información recopilada que se olvidó por completo del sablazo que iban a meterle en la tintorería por quitarle el olor a frito del loden.

—Ha sido una suerte que le pilláramos puesto.

Mauricio le lanzó una de sus miradas inquisitoriales.

—Te gusta demasiado jugar con fuego y un día te vas a quemar. Sabes muy bien que la coca es pura gasolina para los que son de natural agresivos.

—Lo es, pero también suelta mucho la boca. Tratándose de alguien tan desconfiado, podríamos decir que se nos ha aparecido la virgen, Mauricio. ¡La virgen!

El guardia civil le dio por imposible, mas Saulo atisbó un amago de sonrisa en su rostro.

—Por cierto, aún no te he dado las gracias.

—¿Las gracias? ¿A mí? Sí que eres delicado bebiendo, picoletto. El carajillo se te ha subido a la cabeza.

Mauricio sacó del bolsillo de la chaqueta un viejo libro elegantemente encuadernado.

—*Consuelo de la filosofía*, de Boecio. Apareció de forma misteriosa en mi mesita de noche.

—Ah, eso —dijo Saulo restándole importancia—. Pensé que podría ayudarte. No hemos hablado mucho últimamente, pero... Digamos que estoy al tanto de todo.

—Gracias, Saulo.

—De nada, Mauricio —respondió con idéntica solemnidad mientras su espíritu se aliviaba al sentir que ambos volvían a acercarse.

El guardia civil se detuvo en seco.

—Espera.

—¿Qué pasa, picoletto? ¿Te has dejado algo?

—Volvamos dentro. Nos hemos olvidado de una pregunta importante.

Roberto Luis los metió en el almacén, entusiasmado por poder seguir ayudando.

—Solo una cosa más. Teniendo en cuenta que Romina llevó la relación con Enrique en secreto y que él nunca hablaba de su vida privada, ¿cómo pudo enterarse Horacio de que salían juntos?

El dueño de El Cafelito suspiró.

—Llevo mucho tiempo dándole vueltas a eso. Pero creo que el otro día encontré la respuesta. Esperad aquí.

Se levantó de la banqueta y cruzó la cortina de tiras que servía como puerta.

—Por fin van cuadrando las cosas. Horacio es la víctima del Cosmópolis —dijo Mauricio.

—Odio decirlo, pero esto se pone cada vez más interesante.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo contigo.

Roberto Luis atravesó de nuevo la cortina.

—Aquí está. Sé que no dice mucho, pero...

Entregó a Saulo una fotografía. En ella, aunque de lejos, podía verse a Enrique y Romina paseando en actitud cariñosa.

—Estaba en un sobre cerrado que encontré entre las cosas de Horacio. Nunca le di ninguna importancia hasta que comencé a pensar en cómo se empezó a liar todo tan rápido. Entonces lo abrí y, bueno, sobran las palabras.

Saulo examinó el sobre. Estaba en blanco.

—¿Alguna idea de quién se lo pudo entregar?

—Ni puta. Pero quizá pueda decirte algo lo que hay en el remite.

Le dio la vuelta.

Sus manos comenzaron a temblar.

—Mauricio, mira...

El investigador tomó el sobre entre sus manos.
Allí estaba otra vez.
El mismo tipo de papel. La misma tipografía.
La misma marca.

Σ

Así fue como Saulo conoció el miedo.

El plato de cocido que Saulo pidió en Lhardy, uno de los restaurantes más prestigiosos de Madrid, seguía sin tocar pasada media hora desde que se lo sirvieron. Mauricio, considerado por naturaleza, comía con cierta incomodidad ante el grado de preocupación que mostraba el investigador. Precedía cada cucharada con un gesto de permiso que Saulo no pasó por alto, algo que, lejos de resultarle incómodo, le divertía.

—Deja de mirarme y come, que se te va a quedar frío.

—Es que aún no has tocado la sopa y a mí ya me van a traer el resto.

—Pues disfruta, que para eso estamos aquí. No encontrarás un cocido mejor en todo Madrid. Te lo digo yo, que he probado unos cuantos.

Mauricio se limpió con la servilleta tras beber un poco de agua.

—¿Has dormido?

—Poco y mal, picoletito —respondió suspirando—. Poco y mal.

—Se nota. Tampoco yo he podido descansar en condiciones. Lo de ayer fue mucha información.

—No paro de darle vueltas. Es como si Sigma fuera capaz de ver los trescientos sesenta grados del entorno.

—Está claro que era un enemigo potencial de Romina. Y que, si tuvo algo que ver con Horacio, lo más probable es que también lo tenga con Enrique.

—Romina o Alfa —precisó Saulo—. No olvidemos ese detallito. Recuerda que firmó el *e-mail* con la letra griega.

—Quizá la relación entre ambos era mucho más estrecha de lo que pensábamos.

—Quizá... Joder, nunca imaginé que una investigación pudiera complicarse tanto.

La conversación se interrumpió en cuanto Mauricio tuvo delante el segundo plato, repleto de garbanzos y coronado con un hueso de tuétano. Frente a él, una bandeja con chorizo, morcilla, longaniza trufada y tocino ibérico provocó que su gesto de asombro terminara por arrancarle una sonrisa a Saulo.

—No exageres, picoletito. En El Marjal tampoco es que os privéis de llenar el buche.

—Pero esto es... ¿seguro que no tienes hambre?

—Ahora comeré, no te preocupes. Lo que pasa es que me olvido de hacerlo cuando hablo mucho.

Por mucho que se viera obligado a hacerlo, Saulo odiaba los paseos después de comer. Su ideal era dormir una pequeña siesta que le devolviera al mundo cuando el reloj pasaba las cinco de la tarde, especialmente si había salido la noche anterior o, como entonces, los pensamientos no le dejaban conciliar el sueño. Pero fue Mauricio quien se prestó a comer con él antes de hacer el turno de tarde que le debía a un compañero por haberle cubierto la mañana anterior, lo cual hizo que sacrificara de buen grado aquel pequeño momento de descanso.

- Oye, Mauricio. Hay algo que quiero preguntarte, pero no me atrevo.
- Joder, Pisaverde, que no muerdo. De todos modos, creo saber por dónde vas.
- Matilde vino a verme hace unos días y me contó... bueno, eso.
- ¿Qué te contó?
- Que tuvisteis un momento incómodo en el gimnasio.

Mauricio se cruzó de brazos, señal de que el tema le hacía sentir vulnerable.

- Solo quiero saber cómo estás. Lo que haya pasado entre vosotros no es asunto mío.
- He vivido cosas peores.

Sabía muy bien a qué se estaba refiriendo. Saulo era perfecto conocedor de su historia, y, aunque jamás hablaron abiertamente de aquella tragedia, no le resultaba demasiado difícil empatizar con el dolor que supone perder de pronto a alguien importante.

—Me ha traicionado, Saulo. En realidad, me ha engañado. O las dos cosas, no lo sé. Tengo mucho ruido dentro ahora mismo. A veces creo que haber venido a Madrid ha sido un error.

—Comprendo.

—Ni siquiera se ha dignado a llamarme. No entiendo a las mujeres, Saulo. ¡No las entiendo! A veces me demanda atención cuando estoy pendiente de ella. Y, cuando hago por corregir su reproche, me dice que la agobia y que necesita espacio. ¿Tú le encuentras sentido? Me dejo la piel para que esto funcione, me gasto un dinero que no tengo en ir a sitios, en tener detalles con ella. ¿Y todo para qué? ¡Para nada! Joder, si al menos me hubiera puesto los cuernos, podría sentirme indignado. Pero resulta que ni siquiera me ha sido infiel porque cuando empezó a follar conmigo ya estaba enamorada de otro. ¡Dios, es humillante!

Su exclamación precedió a un puñetazo frontal que arrancó una papelera del poste al que estaba sujeta. Llamar a la calma habría sido un error que, por suerte, Saulo se cuidó de no cometer al darse cuenta de que, preso de la rabia, el guardia civil hacía ímprobos esfuerzos por contener el llanto. En su lugar, le ayudó a recoger la papelera y colocarla bajo el poste de donde la había arrancado.

—Espero no hacerte enfadar nunca —comentó cuando se hubo tranquilizado un poco.

Cuando el cansancio supera al sueño, es preferible esperar a que el segundo aparezca. Por eso Saulo decidió meterse en el cine hasta la hora en que Mauricio terminase el turno, acompañarlo a casa y después volver en taxi a la suya, pues el guardia civil no estaba en condiciones de ponerse al volante. No era ningún crío —le había demostrado ser más maduro que él en no pocas ocasiones—, pero un corazón roto en terreno desconocido es una combinación cuando menos peligrosa. Por mucho que negase admitirlo, a él le habría gustado contar con un hombro en el que apoyarse si se viera en una situación semejante, y era consciente de que no se había portado bien con Mauricio en determinados momentos.

Terminada la película, cruzó la puerta del Cosmópolis para refugiarse de la lluvia que había comenzado a caer. Faltaba poco para cerrar, apenas quedaban un par de clientes por marcharse y la recepción estaba vacía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Mauricio al verle— Pensé que te habías ido a casa.

—Quería aprovechar para ponerme al día con Matilde, pero veo que no está.

—Ni estará hasta el lunes. Se ha pedido dos días de asuntos propios, ¿te lo puedes creer? Ahora ni siquiera es capaz de dar la cara en el trabajo. Sabe que hoy y mañana me toca cerrar a mí. Pero en el fondo me alegro, porque eso quiere decir que aún le queda algo de vergüenza.

—Tío, ¿no crees que te estás pasando un poco?

—No —respondió con voz profunda y una mirada de luz roja.

—Solo digo que esta situación no es buena para nadie. Al fin y al cabo, los dos trabajáis aquí.

Mauricio sabía muy bien que las palabras de Saulo escondían intenciones muy diferentes a las que simulaba aparentar. La distancia que ahora mediaba entre Matilde y el guardia civil podía suponer un enlentecimiento aún mayor del que iba el curso de la investigación. No andaba desencaminado, por supuesto. Saulo comenzaba a agobiarse al sentir que nada iba al ritmo que le gustaría que fuesen las cosas aun sabiendo que ningún caso se resuelve de la noche a la mañana. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que tenía? Una foto escondida bajo la cama de Enrique firmada con promesas de amor eterno, un asesinato con múltiples cabos sueltos y la desaparición de un entrenador que no soltaba prenda de su vida.

—Por favor —dijo Saulo, comprendiendo que Mauricio le había calado a juzgar por su postura; manos en los bolsillos y cabeza ladeada con gesto descreído—. Tenemos que terminar con esto de una vez.

—Dilo.

El investigador se sorprendió por la reacción de Mauricio.

—Quiero que lo digas. Quiero que reconozcas que no puedes con esto tú solo y que necesitas mi ayuda.

—Venga, macho, no me pongas nervioso.

Mauricio se encogió de hombros y se dio la vuelta, satisfecho de que, por fin, era él quien tenía atado en corto a Saulo.

—Está bien —resopló—. No puedo hacer esto solo, Mauricio. Me viene grande, lo reconozco. Necesito que me ayudes con el caso y con Matilde, aunque sé que es un trago para ti. ¿Contento?

Avanzó al vestuario sin voltearse. No quería que Saulo viese su sonrisa triunfal.

—¿Dónde vas ahora?

—A la ducha. Te veo en un rato.

Saulo esperó al guardia civil sentado en el sofá de la entrada. A esas horas, cuando aquello no era más que un enorme espacio vacío y oscuro, la sensación de tranquilidad que sugería aquel espacio resultaba en cierto modo apabullante. Se sintió tentado de ir a la sala de máquinas y hacer sus ejercicios sin prisa, tranquilo y con la cabeza centrada en cada movimiento, y habría cedido a sus impulsos si Mauricio no hubiese cruzado la puerta del vestuario, vestido con un chándal y con el móvil en la mano.

—Llevo tres intentos para hablar con ella y no me contesta.

—Eso es normal, picoletto. La situación es la que es.

—No lo entiendes. Cuando Matilde no quiere hablar, corta la llamada. No da opciones.

Saulo le dio la razón. La recepcionista dejaba muy claro cuándo quería hablar y cuándo no. En ambos casos, la respuesta era inmediata.

—Voy a intentarlo yo.

Sonaron trece tonos antes de que saltara el contestador. Volvió a intentarlo minutos más tarde.

El mismo resultado.

—No es propio de ella, Saulo. ¿Y si le ha pasado algo?

—Llámalas desde el teléfono de recepción. A lo mejor nos contesta desde ahí.

Mauricio se acercó al mostrador y volvió a marcar el número. Trece tonos de nuevo.

Sin embargo, aquel intento dio un fruto inesperado

—¿Has oído eso? —preguntó Saulo.

—¿Oír qué? Estoy al teléfono.

—Escucha —dijo tras marcar el número de Matilde— ¿Lo oyes?

Mauricio aguzó el oído.

—¡El zumbido, coño! ¿No lo escuchas? Es muy tenue, pero se puede distinguir perfectamente.

Saulo colgó para volver a llamar pasados unos segundos dejando el teléfono sobre la mesa. Cada tono se correspondía con el sonido que se escuchaba a lo lejos.

—Viene del despacho de recursos humanos.

Rebuscaron en la estantería, removieron el armario, incluso vaciaron la papelería. El sonido continuaba, discreto pero evidente.

—La mesa. ¡Está en la mesa!

Nada hallaron a primera vista. La superficie estaba vacía y los cajones otro tanto.

—Espera —dijo Mauricio—. Matilde me dijo que Lara guarda un cuaderno que no enseña a nadie. Tiene que estar aquí.

—Acabamos de mirar y no hay nada.

Con cuidado, Mauricio abrió de nuevo el cajón y, ayudándose de un clip, descubrió que tenía doble fondo.

—Ahora soy yo el que te da lecciones, ¿eh? Supera esto, señorito de la capital —dijo agitando el cuaderno delante de él.

No hizo falta buscar demasiado. Aquello era un batiburrillo de frases que aludían tanto a la motivación como a *El arte de la guerra*, de Sun-Tzu. Encontraron también apuntes y observaciones de trabajadores y clientes, incluidos Enrique y Horacio. El nombre de Matilde venía normalmente acompañado de la palabra «zorra».

—Qué pava tan siniestra —pensó Saulo en alto.

—Tío, mira lo que dice aquí. Tiene la fecha de hoy.

Leyeron.

No me siento cómoda con esto. Demóstenes está llegando demasiado lejos. ¡Encima es un desagradecido! ¿Qué haría sin mí, pobre imbécil? ¿Quién falsearía el libro de contabilidad para que te lo lleves crudo? Si no fuera por lo bueno que está, le mandaría a la mierda. Vaya flor que tiene en el culo, el muy cabrón. Que Enrique desaparezca precisamente cuando le ha pedido una parte al descubrir el chanchullo... Pero mejor no preguntar.

Lo peor es esa guarra de Matilde. ¡Dios, qué bien me ha sentado reventarle su preciosa historia de amor con el guardia civil! Mal no le va a venir al chaval, el pobre está más verde que su uniforme.

Pero eso es solo el principio. Ya no lo soporto más. Ya no la aguanto.

El bofetón que me ha dado delante

Ya me da igual todo. Hoy va a saber quién soy yo.

Hoy voy a cazar a una zorra.

Zorra. Matilde. Zorratilde. Matilzorra. Zorramatilde, Matildezorra.

¡ZORRA!

Llegó cansada. Buscó las llaves en el bolso, abrió el portal, subió dos pisos por las escaleras y se metió en casa decidida a darse una ducha y olvidarse del mundo viendo una película mientras se zampaba la tortilla que había sobrado de la cena anterior. Su gata —la pereza por buscarle un nombre hizo que se llamase como el sustantivo que define su especie— esperaba la cena como de costumbre, subida en la encimera de la cocina y maullando de un modo que a Matilde le resultaba demasiado ñoño. Solo el sonido del viejo reloj pegado a un azulejo le daba algo de dinamismo a aquella cocina sin vida, testigo del paso del tiempo que no vuelve.

Mientras Gata comía, Matilde se dio una ducha que duró más de lo habitual. Necesitaba poner en orden todo cuanto bullía en su mente y desechar aquello que, sabía, era un lastre para su objetivo. Llevaba demasiado tiempo pensando en el mismo hombre, esperando como una Penélope abandonada a una espera sin recompensa mientras el paso del tiempo le ajaba las carnes sin contemplación alguna. ¿Cómo estaría, en caso de que aún viviera? ¿Dónde se encontraría? ¿Lo tratarían bien? Preguntas infructuosas y con un único carril cuya desembocadura solo llevaba al insondable y negro abismo de la desesperación.

Ahora, seca y con ropa cómoda, su cuerpo comenzaba a asentarse relajado y agradecido por aquel momento de paz. Había cambiado de planes para la cena. Lo mejor, pensó mientras se secaba el pelo, era hacerse una ensalada que llevase de todo, después un vaso de leche y, tras unos minutos de televisión, irse a la cama confiando en que el día siguiente contara como uno menos para ver de nuevo a... ¿Enrique? ¿Mauricio? Visualizó a ambos en los pimientos que tenía sobre la mesa para prepararse una ensalada. ¿Con quién quería encontrarse de nuevo? ¿Acaso con los dos? ¿O quizá lo mejor era renunciar a ambos?

El bucle de sus pensamientos se rompió de pronto mientras. Los cubiertos que guardaba en el cajón habían desaparecido.

Intentó relajarse controlando la respiración. Inhalar, contener, exhalar. Despacio, notando cómo se le hinchaban los pulmones mientras mantenía la espalda pegada a la pared. Ojalá tener algo para localizar su móvil y así poner sobre aviso a la policía. El tictac del reloj, antes insulso acompañante, se había convertido en un molesto ruido que sintió ganas de acallar para siempre de un zapatillazo. Lo mejor era escapar cuanto antes de aquella casa convertida en ratonera, pero para eso debía cruzar el pasillo y sacar de nuevo las llaves del bolso que se encontraba en el dormitorio. Se apresuró a encender todas las luces que pudo encontrar, confiando en que aquello pudiera disuadir al posible intruso.

Lo habría conseguido si las lámparas aún conservaran sus bombillas.

—¡Voy a gritar! —exclamó con voz temblorosa— ¡En este edificio se escucha todo y no tardarán en llamar a la policía!

No supo qué habría sido mejor, si el silencio que continuaba prevaleciendo o que alguien respondiera a su advertencia. Teniendo en cuenta la situación, lo ideal era retroceder hacia la entrada pese a no llevar encima las llaves. Al menos, tenía a mano los marcos de varias fotos para usarlos como arma arrojadiza en caso de necesidad.

Sintió frío. Venía del salón.

Dio gracias por vivir en un piso donde el reflejo de las farolas dispersaba la oscuridad de aquel cuarto lo bastante como para atisbar un relieve antinatural tras la cortina.

Se acercó subida al sofá para evitar el crujido del suelo.

Lanzó el marco y acertó al blanco, mas tan solo cayó el maniquí que usaba para aprender modelaje.

Fue entonces cuando alguien se abalanzó sobre ella a su izquierda. Perdió el equilibrio y cayó sobre una mesa de cristal que se hizo añicos. Le tapó la boca con fuerza al tiempo que le propinaba un fuerte puñetazo en el estómago que, por suerte, Matilde logró desviar al costado. El mordisco que le propinó en la mano hizo que consiguiera liberarse y responder con un contundente contraataque que le permitió crear distancia y así calcular sus próximos movimientos.

El sujeto tenía silueta de mujer. Y conocía muy bien a la dueña de aquel grito.

—Solo a una mente retorcida como la tuya se le ocurriría intentar atacarme en mi casa. ¡Esto ya es demasiado, Lara! ¡Has cruzado la línea!

Descubierta, su oponente comprendió que ya no había lugar para seguir cubriéndose el rostro con un pasamontañas.

—Voy a llamar a la policía.

—¿Estás segura? —preguntó con imbatible aplomo— ¿Seguro que quieres exponerte a que te descubran?

—Pero ¿qué estás diciendo, puta loca? ¡Yo no tengo nada que esconder y tú has intentado matarme!

—¡Ojalá! ¡Ojalá esa fuera la razón por la que estoy en tu asquerosa porquera! Pero ya me da igual todo. Vas a contarme ahora mismo lo que quiero saber o te juro por Dios que de esta no sales viva. Así que dime, ¿dónde coño está Enrique?

—O sea que es por eso. Estás encoñada con Enrique y has perdido la razón. Siempre supe que ibas detrás de él. Detrás de esa cara de malfollada que tienes, se esconde toda una sentimental que es capaz de morder a todos con tal de tapar sus frustraciones.

Lara negó con la cabeza. Su risa era tan extraña como ella.

—Por mí como si le da un jodido aneurisma y se queda en el sitio, siempre que confiese.

—¿Confesar? ¿Qué coño tiene que confesar? ¡Enrique ha desaparecido, tía!

—¡Romina! ¡Quiero que confiese el asesinato de Romina! ¡Sé que fue él!

—Dios, esto es lo que me faltaba por oír. Anda, lárgate de mi casa y haré como que no ha pasado nada.

—De aquí no sale nadie hasta que no me des lo que he venido a buscar. Estás escondiendo a Enrique porque sabes que fue él. Habría apostado por Horacio, pero ese orangután se mató en un accidente poco antes de que alguien asesinara a mi mejor amiga.

—Siempre fuiste una posesiva de mierda —dijo Matilde con una risa nerviosa—. Incluso cuando salíamos las tres juntas, hacías lo posible para dejarme de lado y estar con ella. ¿No será que era Romina a quien querías de verdad?

La rapidez de Lara hizo que le resultara imposible esquivar el bofetón que la tiró contra el sofá.

—Ella era la mejor. Era pura alegría. Y le habría ido mucho mejor en la vida si no le hubieran gustado los *mataos* como Horacio y Enrique. Cuando me enteré de que estaban juntos, lo entendí todo. Ninguno de los dos era trigo limpio, supongo que en eso estaremos de acuerdo. Por eso creo que Romina descubrió algo importante sobre Enrique y este se la quitó de en medio. La última vez que hablé con ella fue en su casa, la misma noche que fue asesinada. Me dijo: «no sé qué va a pasar, pero, sea lo que sea, estate atenta a las señales». Todavía sigo preguntándome qué me quiso decir con eso, pero estoy segura de que se sentía en peligro. Así que dime —sacó del cinto uno de los cuchillos que había robado de la cocina—, ¿dónde escondes a Enrique?

—¿Quién me dice que no eres tú la que mató a Romina?

—¡Qué dices!

—Nadie sabía que ella y Enrique estaban juntos salvo yo.

—¡Porque tú te lo seguías follando!

—Y volvemos a lo mismo. ¿No será eso lo que te molesta?

Lara volvió al ataque, pero esta vez fue Matilde quien tomó las riendas de la situación.

—¡Contéstame! ¿Cómo sabías que estaban juntos?

—¡Eso no importa!

Afuera se escucharon las voces de Mauricio y Saulo mientras aporreaban la puerta con fuerza. «¡Llamad a la policía!», gritó Matilde, momento en que Lara aprovechó para darle un rodillazo en el estómago y zafarse así del agarre que la mantenía inmovilizada. Una lluvia de bofetadas, arañazos y tirones de pelo se mezcló entre ráfagas de puñetazos y patadas dignas de luchadoras sin nada que perder. Lara consiguió agarrar de nuevo a su oponente, esta vez con mucha más fuerza que antes.

—Tú sabes mucho más de lo que quieres hacer creer, Matilde. Llevo observándote desde el primer día. Romina también terminó pensando que no eres trigo limpio.

—Por eso se llevó a Enrique, ¿verdad?

—Ellos se querían. Tú solo estabas enconejada con él porque está bueno.

—Y tú nunca sabrás lo que se siente al tener a un hombre como ese entre los brazos y las piernas.

—¡Te voy a matar!

Los gritos de Mauricio y Saulo aumentaban al calor de la pelea. Timbrazos, golpes a puñetazo y patada limpia, manotazos. Nada de eso sirvió para disuadirlas.

Lara sacó otro cuchillo con intención de clavárselo en el cuello.

El rápido movimiento reflejo de Matilde hizo que solo le rozara la mejilla derecha.

No supo cómo ocurrió lo que vino después.

Un arrebato. Un grito. Un empujón contra la ventana.

Un grito en el vacío.

El de Lara.

Desde aquella altura, su cuerpo parecía haberse convertido en un punto de carmín.

Noche y día confluyeron en un espacio atemporal e informe teñido de azul y cantos de sirenas.

Acompañada de Mauricio, Matilde acudió a urgencias para hacerse un reconocimiento pese a no tener más heridas que el corte en la mejilla, algo que, según palabras del médico, era superficial y ni siquiera le dejaría cicatriz. Su estado de nervios, sin embargo, hizo preferible que pasara las siguientes veinticuatro horas en observación.

—No sé qué hacer, Saulo —le dijo buscando el consejo de alguien que, sabía, contaba con más vida vivida que él. La duda de si quedarse en la sala de espera o marcharse a casa oscilaba en su cabeza como el péndulo de un reloj antiguo. Matilde no tenía familiares en Madrid y su desconocimiento sobre las amistades con las que contaba era total.

—¿Qué quieres que te diga, picoletto? —respondió con el tono más cariñoso que había tenido con Mauricio hasta entonces— Eres tú el que debe valorar las circunstancias y decidir. Sé lo que yo haría, pero yo soy Saulo Cánovas. Mauricio Silvestre está hecho de otra pasta.

Cerró los ojos sintiéndose en una encrucijada. Le habían educado para servir al ciudadano, pero nunca imaginó que hacerlo supondría luchar contra una parte de él mismo que le exhortaba a marcharse sin mirar atrás y cerrando al salir. Su orgullo herido continuaba sangrando, y tenerla enfrente no hacía más que aumentar la hemorragia.

—Mañana te llamo y te cuento —resolvió con un nudo en el estómago.

—Eso espero.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Me pasaré por el gimnasio. Lo de Lara no se lo esperaba nadie y habrá revuelo. Quiero ver si puedo sacar algo en claro.

—Entonces nos veremos allí. Tengo turno de mañana. Por lo demás...

Si algo sabía hacer Saulo, era leer en ojos ajenos. Mauricio estaba deseando explotar, se abría paso entre zarzas y espinos que protegían del exterior las emociones que le habían enseñado a reprimir con el mantra de que los hombres no lloran grabado a fuego. Sintió alivio al recordarlo. De lo contrario, sus emociones le habrían desarmado por completo, y aquella noche necesitaba estar fuerte.

—Algún día nos sentaremos a hablar con calma —dijo al fin—. Hoy solo puedo decirte que me siento orgulloso de ti. Aunque a veces me haya portado como un cabrón contigo.

—¡Lo que me faltaba! ¡Que el Pisaverde se me ponga lila!

Nunca antes se habían abrazado. Duró poco, un fugaz choque con palmaditas en la espalda que sugerían prisa por terminar. Después, como si corrieran a refugiarse del frío, retomaron la conversación.

—¿Entonces nos tomamos un café mañana?

—No sé si me dará tiempo, picoletto. Aparte de lo del *gym*, hay algo que quiero comprobar.

El guardia civil asintió. Sabía que aquella noche marcaba un punto de inflexión en toda aquella historia.

—En cualquier caso —dijo—, tenemos que sentarnos y pensar con tranquilidad. Esto es mucho más gordo de lo que había pensado.

—Coincido. Además..., no hace falta que te diga nada, ¿verdad?

Mauricio negó con la cabeza.

—Lo sé. Matilde no nos lo ha contado todo.

—Buenos días, señora.

—¿Qué quiere?

—Soy el técnico de la caldera y vengo a hacer la revisión anual. ¿No la avisaron ayer por teléfono?

—Pues...

—Usted es Adelfa, ¿no es así? Me consta que habló con mi compañera a las..., deje que mire..., a las once menos cuarto de la mañana.

—¡Ah! Sí, es cierto. Disculpe, soy muy desconfiada con eso de las llamadas. Hoy en día, no puede una fiarse de nadie.

—Muy bien que hace, señora. Ya lo creo.

Cuando Adelfa cerró la puerta tras de sí, Saulo respiró tranquilo. Conseguir el uniforme de la empresa en cuestión le supuso más gasto del que pensaba, pero las circunstancias habían llegado a un punto en el que era necesario dinamitar incluso los límites de lo moral. Convenció a Maruja, su tata, de hacerse pasar por operaria y así conseguir una mayor credibilidad en su particular ejercicio de interpretación.

Recorrió la casa tras Adelfa sin perder detalle de todo cuanto sus ojos alcanzaban a ver en el penumbroso pasillo mientras ella murmuraba palabras ininteligibles. Mauricio tenía razón: aquel lugar era siniestro.

—Pues ahí la tiene, toda para usted. Yo le dejo hacer su trabajo.

—No tardaré —dijo Saulo mientras fingía toquetear el calentador. Se trataba de un modelo muy similar al que tenía en el piso de la calle Pez, con lo que parecía contar con cierta destreza.

»Tiene la presión demasiado alta. Deberíamos rebajar el nivel de agua.

Preocupada, Adelfa le guio hacia el cuarto de baño para abrir la espita que vaciaba la caldera. Mientras se estrenaba en su nuevo y falso oficio, Saulo comenzó a canturrear con una alegría que la mujer no pasó por alto.

—Es que voy a ser padre.

—Oh. Enhorabuena...

—Muchas gracias. Hace dos días que conocemos la noticia mi chica y yo. Estamos..., ¡bueno, ya me ve!

—Lo veo, lo veo. Pues que sean muy felices. ¿Ya está eso?

—Sí, he terminado. Ahora tengo que comprobar la presión de nuevo y, después, echar un vistazo a los radiadores. Al haber excedido la presión del agua, es probable que estos también rebosen y...

—Haga lo que tenga que hacer —le cortó—. Volvamos a la cocina.

Tal como supuso, hablar de hijos era un tema que, por alguna razón, chirriaba en los oídos de

Adelfa. Tras comprobar que la presión del calentador era correcta (en verdad estaba demasiado alta, lo que le supuso un plus de verosimilitud), Saulo pidió recorrer las habitaciones en busca de radiadores para, ahora sí, realizar todo un paripé que no había ensayado. Ella lo miró con desconfianza y algo de inquina. Saulo era demasiado amable, demasiado atento, demasiado despreocupado.

Demasiado parecido a su hijo Enrique.

—Pues ya está —zanjó ella—. Ese era el último radiador.

—Hmm, ¿seguro? Creo que nos hemos dejado la habitación cerrada.

—Ah..., sí, es cierto. Pero no importa, déjelo. Estamos bien así.

—Disculpe mi insistencia, pero es importante revisar todos los radiadores no solo para que la calefacción funcione como es debido, sino para evitar un reventón. Son averías serias y el coste de reparación es bastante elevado. Si a eso le suma la mano de obra...

Adelfa dudó rascándose las orejas con evidente incomodidad.

—No tardaré. Ya ha visto que es solo un momento.

—Es usted muy pesado.

—Solo hago mi trabajo.

—Que sí, que se calle. Sígame. Pero acabe rapidito, ¿de acuerdo? No me gusta que toqueteen la habitación de mi hijo.

«Te pillé», pensó Saulo triunfante al entrar en el cuarto. Mauricio tenía razón. El tiempo parecía haberse congelado allí dentro. Pósteres de los primeros dos mil, pilas de cedés, una guitarra eléctrica junto a la ventana y varios libros apilados sobre la mesa. Habría apostado una cena a que tras el armario encontraría revistas porno.

—¿Tiene un hijo adolescente?

—¿Mi Enrique adolescente? ¡Líbreme Dios! No sabe el trabajo que me dio enderezarlo. Tiene treinta y un años. Lo que pasa es que viene poco por aquí.

—Nadie lo diría, tiene la habitación impoluta.

—Ya se encarga su madre de arreglarla. Como debe ser.

—Mujer, con treinta y un años...

Adelfa lanzó una risotada irónica.

—A ver si me dice usted lo mismo cuando nazca el suyo. Nadie cuida mejor a un hijo que su madre, por muy descastado que este sea.

—Seguro que candidatas a novia no le faltan.

—Quite, quite. Han hecho de él lo que han querido. Mi Enrique si es más bueno, nace oveja por tonto.

—Me ha entrado curiosidad por conocerle. Tiene los mismos gustos que yo.

—Pues póngase a la cola, porque, si no fuera por las fotos, hace tiempo que me habría olvidado de él. Imagino que estará con alguna de esas fulanas que quieren echarle el guante. Cuando vuelva con las orejas gachas, comprenderá que es en su casa donde tiene que estar, y no en la cama de una cualquiera.

El estrepitoso timbre del teléfono hizo que ambos se sobresaltaran. «Espere aquí y no toque nada», ordenó Adelfa mientras corría a atender la llamada. Saulo suspiró aliviado al comprobar que su plan había salido bien. Fue una suerte que la mujer bajase la guardia mientras él fingía hacer su trabajo. Bastó un minuto para escribir a Maruja y así iniciar la segunda fase del plan. Representando

de nuevo el papel de operaria, llamó otra vez a la casa, esta vez para solicitar a la clienta una valoración por los servicios prestados mientras, móvil en mano, Saulo fotografiaba todos y cada uno de los rincones que formaban aquella siniestra habitación.

«Un hombre de treinta años no puede vivir como si tuviera quince», pensó. «Es del todo antinatural».

Decidió esperar en la puerta para mayor tranquilidad de Adelfa. Su gesto, tal como supuso, se había relajado al verle fuera del cuarto.

—No habrá tocado usted nada...

—Tan solo la válvula y la espita del radiador. El resto ni lo he mirado.

—¿Le debo algo?

—Nada —respondió sintiendo la vibración del móvil—. Va incluido en el recibo del mes.

Tras despedirse y darle una pequeña propina, Adelfa cerró la puerta con fuerza. Sus ojos, sin embargo, continuaban puestos en Saulo a través de la mirilla. El investigador se alejó con andares tranquilos, caminando incluso de un modo distinto al suyo propio, hasta romper el campo de visión.

Echó un vistazo al móvil. La pantalla mostraba el nombre de Mauricio.

—Picoletto, ¿me has llamado?

—Sí. Escucha...

—Acabo de estar en casa de Enrique y tenías razón, hay algo raro. La habitación del pavo es como un museo y me ha costado Dios y ayuda poder pasar. He sacado fotos para que podamos compararlas con las tuyas por si ha habido algún cambio.

—¡Saulo! ¿Quieres escucharme?

—¿Qué pasa? Me estás preocupando.

—He podido acceder a las cámaras de seguridad. ¡Fue Noah, Saulo! ¡Noah puso la nota entre las cosas de Enrique!

—¿Estás seguro de que fue él? —le preguntó a Mauricio una vez más, incapaz de aceptar que alguien al que apreciaba pudiera haber activado el detonante de todo cuanto había condicionado sus últimos meses.

—Si quieres te enseño de nuevo el vídeo una vez más.

—Pero eso significa que me ha estado mintiendo desde el principio... Joder, no puedo creerlo.

Pocas veces vio Mauricio a Saulo tan decepcionado. Al final, pensó, aquel tipo revestido en ocasiones de insoportable frivolidad también necesitaba dejar que sus sentimientos aflorasen de vez en cuando. Pero no era ese momento para lamentar nada, y así se lo dijo. Además, en cierto modo fue él quien le transmitió la enseñanza de sobreponerse a las emociones cuando se trata de trabajo.

—La buena noticia es que no puede ser Sigma. Dejar como mensaje una nota contra él mismo es de todo punto absurdo. Solo a un idiota se le ocurriría pegarse un tiro en el pie.

—O a alguien demasiado listo. A veces hay que sacrificar algo importante para desviar el foco de atención del verdadero objetivo. De todos modos, estoy de acuerdo contigo. Quiero estarlo, mejor dicho. Empieza a costarme tomar posiciones.

—Lo entiendo. A mí me ocurre lo mismo.

—Oye, ¿pudiste averiguar algo en el hospital?

Mauricio resopló frustrado.

—Qué va, fue imposible. Matilde estuvo ingresada en un box y no me dejaron verla hasta que los médicos vinieron a darme el parte. La herida es muy superficial, no ha requerido mayor tratamiento que desinfectarla y, por precaución, ponerle la antitetánica. Tiene que tomar antibiótico un par de días para prevenir infecciones, pero nada que se salga del protocolo. Ahora bien, hay que esperar a ver el grado de estrés postraumático, si lo tiene.

—Joder... ¿Dónde nos hemos metido, amigo? —preguntó Saulo con la mirada perdida. El guardia civil se encogió de hombros.

—No lo sé. En un sitio del que debemos salir cuanto antes, supongo.

La puerta que daba acceso al gimnasio se abrió. Ahí estaba Noah, con una mochila a la espalda y gesto despreocupado. A Saulo le resultó extraño verlo vestido con ropa de calle.

—¿Saulo? ¿Mauricio? —preguntó extrañado— ¿Qué hacéis aquí?

—Mira, esta sí que es buena —dijo el guardia civil.

—¿Disculpa?

—Eh..., a ver, Noah, campeón... para un momentito, que tenemos que hablar.

—Eso no suena bien.

—Pues no. No suena bien, para qué engañarnos.

El fisio dejó su mochila en el suelo al apoyarse sobre el capó de su coche.

—¿Es por lo de Lara? Yo tampoco acabo de creérmelo, la verdad. A ver, era una tía inaguantable y dudo que alguien la vaya a echar de menos en el trabajo, pero su muerte ha sido espantosa. Y casi se lleva por delante a Matilde.

—¿Te dice algo el nombre de Sigma? —preguntó Saulo, harto de divagaciones.

—¿Sigma, dices? Así a las bravas, no.

—Piensa, Noah. Por favor —intervino Mauricio—. Es importante.

—Como no sea el nombre de alguna empresa..., pero ni aun así. ¿Por qué?

Cansado también de juegos, Mauricio desbloqueó su teléfono para enseñarle lo que habían captado las cámaras de seguridad del gimnasio.

—Esta grabación se realizó al día siguiente del asesinato de Romina, cuando Enrique estaba ya desaparecido. Y ese de ahí eres tú. Te diriges al vestuario. ¿Ves? Ahora subes las escaleritas que dan a la zona privada, abres la taquilla de Enrique y dejas algo dentro. En esta instantánea se te ve de frente.

—Yo creo que nos debes una explicación, Noah. A mí, por lo menos.

—No tengo nada que decir —contestó reprimiendo el deseo de agarrar la mochila.

—Por supuesto que tienes. De hecho, tienes mucho que decir. Puedes empezar explicando qué cojones pintas tú en la historia de esos dos.

—Sabes muy bien que Kike..., que Enrique es mi amigo. ¡Por supuesto que pinto en la historia!

—Sí, lo sé. Como también sé que te llevabas *muy bien* con Romina. Ella fue quien escribió el mensaje que llevas a la taquilla de Enrique. Eso te convierte en un nexo de la pareja. Al menos, el único que conocemos.

—¡No pensarás que yo he matado a Romina!

—Nadie ha supuesto tal cosa. Y, si te sirve de algo, no te veo capaz de hacer daño a nadie. Pero comprenderás que todo esto es muy extraño.

Se cubrió la cara con las manos para después subirlas a la cabeza. La situación estaba comenzando a sobrepasar al fisioterapeuta, y no convenía que fuese a más. Saulo decidió romper la dinámica sentándose junto a él en señal de confianza.

—Necesito que me ayudes, Noah. Tengo la obligación de encontrar a Enrique, eso lo sabes, ¿verdad?

—Y ojalá lo hagas. Pero...

—Me has ayudado mucho últimamente —le cortó—. Gracias a ti, pudimos conocer al hermano de Horacio y sacamos conclusiones muy valiosas, créeme. También me enseñaste el mensaje que supuestamente te envió Enrique porque estabas preocupado de que la historia pudiera repetirse con él. Eso solo lo hace un amigo. Por eso sé que tú no has hecho nada malo. Ni a él, ni a Romina. Pero también sé que callas algo por miedo, y ha llegado el momento de que lo dejes salir.

Sus palabras lograron que Noah se relajara. Algo que Saulo no podía permitirse consigo mismo pese a que, sentía, estaba a punto de estallar.

—Le prometí guardar el secreto.

—¿A Enrique?

Negó con la cabeza.

Saulo estaba en lo cierto. No podía seguir callando.

—A Romina. Fui yo quien le presentó a Enrique. Por aquel entonces yo me llevaba bien con Horacio y algunas veces nos íbamos a tomar algo al terminar el curro. Un día, se me ocurrió traer a

Enrique. Acababa de incorporarse y, salvo a mí, no conocía a nadie más. Romina y él conectaron en seguida. Lo demás ya lo conoces; empezaron a verse en secreto mientras yo veía cómo engañaban a sus respectivas parejas. Horacio se enteró, aunque no sé de qué manera, y fue a por Enrique sin contemplaciones.

—Eso ya me lo has contado.

—El caso es que Romina comenzó a recibir amenazas muy serias. Al principio pensó que se trataba de algún perturbado, porque en las redes hay mucho loco y no era la primera vez que se veía en una situación como aquella. Sin embargo, en esta ocasión las recibió en papel, generalmente por carta. Y todas, sin excepción, llevaban la letra sigma en el remite.

»Romina tenía muchos conocidos por su trabajo, pero confiaba en muy poca gente. Por alguna razón, yo era uno de ellos. Me dijo que sabía ver cuándo alguien es buena persona —dijo con una sonrisa manchada de tristeza.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Mauricio.

—Empezó a hablarme de ese tal Sigma de un modo muy enigmático. En realidad, nunca especificó si era hombre o mujer. Solo decía que era alguien indeseable a quien había que parar. Y que también...—Noah sintió que estaba a punto de llorar pese a hacer improbables esfuerzos por mantenerse sereno— También temía por la vida de Enrique y por la suya propia.

»Poco antes de que Enrique se pidiera sus vacaciones, tuvimos una conversación muy seria. La vi muy segura de sí misma; demasiado, diría yo. Me dijo que había descubierto quién era Sigma, y que este tenía a Enrique en el punto de mira. Tanto, que amenazó con matarle si no cortaba con él.

—Espera, ¿cómo has dicho? —Saulo no podía creer los caminos que estaba tomando el testimonio de Noah.

—A mí me pareció casi de película. Claro, con las mismas uno piensa que podía tratarse de un amante despechado. El primero que me vino a la cabeza fue Horacio, pero te aseguro que su inteligencia no daba ni mucho menos para tanto. También pensé en Matilde, claro, pero la descarté igualmente. Ella sabía que Enrique la engañaba y tragó con ello hasta el final.

—Entonces, es posible que Romina dejase a Enrique por coacción.

—No es que sea posible. Es que fue así. Quiso alejarle de su lado para ir libremente a por Sigma y desenmascararlo. Su plan era volver con Enrique después. Incluso me habló de casarse con él. Puedo jurarte que ella lo pasó muy mal. Y yo me sentí el peor amigo del mundo al ocultarle a Kike todo aquello.

—¿Y la nota?

—Era un pasquín. Una idea loca, como todas las tuyas. Estaba convencida de que Sigma se encontraba entre sus contactos, de modo que decidió mandar un *e-mail* dirigiéndose directamente a él y firmando como Alfa por el tatuaje que tenía en el hombro. Fue el mejor modo que encontró para asegurarse de que, fuera quien fuese, esa persona iba a recibir el mensaje. Pensó que era mejor hacerlo por esa vía que a través de sus redes, porque Sigma tenía que ser alguien próximo a ella. Decidió hacer un borrador antes y darme una copia impresa por si pasaba algo. La pobre acertó, y el correo nunca llegó a enviarse. Cuando me enteré de su muerte, decidí esconder la nota entre las cosas de Enrique y explicárselo todo cuando volviera.

—Supongo que también sabías lo del criptograma.

—Ah, eso... Romina estaba convencida de que alguien mató a Horacio y culpaba directamente a Sigma, pero no tenía pruebas. De modo que, para acusarlo de manera indirecta, por decirlo de algún

modo, lo dejó caer de esa manera. Pero se comió algunas letras, así que lo hacen interpretable.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

—Yo no sé nada, Mauricio. Y ojalá supiera aún menos. Todo esto me está volviendo loco, y no veo la hora en que se termine de una maldita vez. Así que, por favor, que esto quede entre vosotros y yo. Os juro que no puedo más con esto.

Saulo se vio sumido en la tormenta que agitaba su mente. Pensó en aquella letra griega luciendo elegante en el sobre que el hermano de Horacio le enseñó durante la visita a su bar. Fue Sigma quien le quitó la venda a Horacio. Y fue Sigma quien, más tarde, acabó con él sin contemplaciones. Sigma. El mismo nombre que firmaba la pequeña nota que le entregaron en aquella cafetería mientras disfrutaba del atardecer.

—Hemos terminado —concluyó.

Noah se quedó en la entrada, preso del alud de sensaciones que le imposibilitaba pensar con claridad. Saulo y Mauricio salieron afuera. El investigador, lejos de atar cabos como siempre hacía cada vez que finalizaba una conversación con alguien, continuaba buscando la salida del laberinto mental en el que se había metido.

Fue Mauricio quien, invadiendo su terreno, le arrancó de aquel volcán rugiente.

—Métete en el vestuario y cámbiate de ropa. Vamos a entrenar.

Matilde durmió profundamente la noche anterior a que le dieran el alta. Los médicos avisaron a Mauricio de que habían convenido tenerla en observación al menos un día más para asegurarse de que el cuadro de ansiedad con el que entró había desaparecido sin complicaciones. Por lo demás, informaron, todo estaba correcto.

El guardia civil la miró en silencio. Su expresión, reflejo de una paz tan honda como envidiable, le produjo sentimientos encontrados a los que no quiso enfrentarse. No en ese momento. Prefirió aquietar la mente y limitarse a observar mientras se preguntaba por qué había vuelto allí si verla solo le hacía daño. Quizá, pensó, sentirse mal le producía un cierto placer culpable y masoquista. Aquel cuerpo joven y bien hecho que se adivinaba entre las sábanas había sido suyo en noches tan bonancibles como mentirosas. Lo tocó, lo olió, lo saboreó, y escuchar cómo se retorció sobre él cuando el mundo no era más que un accidente al margen de aquella traca festiva le mostró más de una vez el sentido de la vida.

Ella siempre se reía al terminar. Una risa contagiosa, fresca como las mañanas de frío que tanto le gustaban cuando vivía en El Marjal. Cuando eso ocurría, Mauricio era capaz de percibir el entorno con colores nuevos. Después se ponía a hablar de lo que fuera, tenía la habilidad de convertir en interesante el tema más anodino. Pero los hombres no están hechos para hablar después de hacer el amor, y Mauricio caía irremediabilmente dormido sobre su hombro por mucho que quisiera evitarlo.

¿Cómo podía pensar en sexo con Matilde ingresada? ¿En qué clase de persona le convertía eso? No, no puede ser, musitó, yo no soy así. Cerrar las puertas a aquel recuerdo le hizo regresar al dolor y la rabia del engaño. Ella se movió, aún dormida, dejando a la vista media pierna que Mauricio se apresuró en tapar, no sin antes detenerse un instante más a observarla. Los encuentros físicos con Matilde habían sido como un choque de trenes; precipitados, intensos, desesperados por clavarle las uñas a la vida y disfrutar del placer que a veces da el dolor. Ahora podía contemplar su cuerpo desde la soledad, mas no desde el silencio. Eso no existe en los hospitales.

Nunca había reparado en la extraña mancha que tenía sobre el tobillo, como una quemadura. Parecía reciente, pero sin serlo. De pronto, recordó una película que Saulo le había recomendado. «Tienes que ver *La rodilla de Clara*, de Eric Rohmer. Con lo sentimental que eres, estoy seguro de que te gustará», le dijo una noche en la que decidieron dejar de lado todo cuanto les preocupaba. Mauricio nunca fue especialmente cinéfilo, pues pocas fueron las oportunidades que tuvo para serlo. Quizá, pensó cubriendo a Matilde por completo con la sábana, sea el momento de explorar nuevos horizontes. Porque este mundo mío se está acabando.

Antes de salir, se acercó a ella y le dibujó con el pulgar una cruz en la frente antes de darle el beso más limpio que había dado en mucho tiempo. Esos, y no otros, eran los de Mauricio Silvestre. El

resto, pura chispa de pedernal.

Volver al lugar donde el mundo se ha roto nunca es fácil. Los pedazos de realidad que uno creía sólida como una roca yacen suspensos en el aire, a la espera de que el tiempo los difumine y haga cicatrizar la rasgadura que allí se ha producido. Recuerdos y ambiente se combinan en una tormenta que es necesario sosegar recuperando los hábitos que componen la rutina, algo que no siempre — casi nunca— es fácil de conseguir. El aire se enrarece, impregnado de aquello que se haya vivido, y la propia estancia transmite un sentimiento tan hostil como exhortante a abandonar el lugar en cuestión.

Matilde cerró la puerta tras de sí. Lo primero que hizo fue poner un plato de leche en el suelo para Gata una vez que su vecina se la devolvió tras haberla cuidado durante los dos días que había estado fuera. El interés por cómo se encontraba no se hizo esperar. Palabras animosas, ofrecimientos «para lo que necesites» y demás dádivas de buena voluntad salieron por su boca, como no podía ser de otro modo tratándose de una persona de bien. Matilde lo agradeció de buen grado, pero lo único que quería era estar sola. O llorar, en caso de que le apeteciera. O, como hizo, romper todo cuanto se le puso por delante hasta estallar por completo y hacerse un ovillo silente en la esquina del cuarto de baño. Así fue como logró que se hiciera el silencio en su interior. La respiración se tornó profunda, sumida en un sosiego difícilmente comparable. Los ojos le comenzaron a pesar, reclamándole descanso a petición de su cuerpo entero. Como una pelota, se dejó caer hasta que su cabeza se topó con una toalla que hizo la vez de almohada.

Todo dejó de importar hasta que escuchó el teléfono.

Mensaje de Saulo.

Al fin, entendió lo que estaba ocurriendo.

El tiempo, aunque creado por el hombre, es una medida tan elástica como caprichosa. Cinco días transcurrieron desde la noche en que Lara se precipitó al vacío desde la casa de Matilde, pero la parsimonia con la que uno fue sucediendo al otro parecía dar a entender que el mundo entero se había ralentizado.

La imagen de un cadáver siempre se graba a fuego en la retina de quien lo ve, poco importa si es en la cama de un hospital, en la del propio finado o si la muerte se ha producido de forma traumática, como era el caso, especialmente tratándose de alguien tan joven. Mauricio lo sabía bien, por eso no permitió que Saulo se asomase a la ventana cuando, al fin, consiguieron entrar al apartamento. Pero los hechos eran los hechos, y eso no lo había terminado de digerir. Lara era una perturbada, de eso no había duda, pero ni siquiera una mente rebosante de inquina como aquella merecía de un final tan trágico. No le costó demasiado averiguar que su familia había iniciado acciones legales contra Matilde para acusarla de asesinato. Saulo, aunque del todo profano en temas de justicia, pudo intuir sin dificultad que las circunstancias no eran en absoluto favorables para ella. Fue legítima defensa, desde luego, pero, ¿quién podía probarlo? No hubo testigos presenciales —sí de oídas, Mauricio y él mismo, una modalidad que, según le comentó un amigo abogado, puede no tener tanto valor como quien ha visto, habiendo interpretaciones al respecto—, por lo que resultaba imposible saber lo que realmente ocurrió allí dentro antes de que Lara se estrellase contra la acera.

—Pensé que deberías saberlo —le dijo Saulo a Mauricio mientras paseaban por la Gran Vía.

—Contaba con ello, la verdad. Llevo tiempo dándole vueltas. De todos modos, podemos probar que Lara estaba como un chivo *encelao*. ¿Recuerdas el cuaderno que guardaba en su mesa?

—Me acuerdo bien. Es difícil olvidar con qué violencia escribía. La última página estaba incluso perforada de la fuerza que utilizó.

—Necesita nuestra ayuda.

Saulo detectó en aquella frase un poso de tristeza, aunque no supo identificar su origen.

—En eso te doy la razón, picoleto. Somos los únicos que podemos sacarla de esta.

—Llámalas.

—¿Que la llame yo?

—Sí —respondió tajante—. A mí no me contesta.

—Oh. Pensé que lo decías por...

—Sé por qué lo decías, pero no es eso. Llevo varios días llamándola y siempre me salta el contestador.

—A ver, piensa que es normal. Necesita tiempo para reponerse del susto y, si es lista, para buscar un buen abogado. Puedo recomendarle uno, pero es bastante caro.

Saulo sabía cuándo era el momento de terminar una conversación con Mauricio. Metía y sacaba

las manos de los bolsillos en intervalos irregulares, cruzaba los brazos durante un minuto y, de nuevo, vuelta a empezar mientras la respiración se le agitaba. Era preferible no caldear aún más las aguas. Habían empezado a entenderse mutuamente y respetar sus maneras de ser. Ninguno de los dos quería estropear lo que tanto les había costado tanto construir.

Lanzando una jaculatoria en forma de suspiro, marcó el teléfono de Matilde.

—He puesto el modo manos libres, que lo sepas.

—Tch...

Hasta cuatro tonos sonaron. Después, la eléctrica voz del contestador indicó dejar un mensaje después de la señal.

—Raro —masculló Saulo. Sin darse por vencido, le hizo también una llamada por WhatsApp. Obtuvo el mismo resultado. Nadie al otro lado.

—Ahí dice que la última conexión fue hace cuatro días.

—Sí. Coincide con la hora en que habló conmigo, mira.

Le dio el teléfono a Mauricio. En silencio, el guardia civil leyó con atención cada mensaje, buscando algo que acaso pudiera sugerirle el motivo de aquel silencio que, por momentos, se le tornaba cada vez más inquietante. En ellos, Saulo le informaba de que había estado en la casa de Adelfa y que, dada la escasa tendencia de su hijo a permanecer junto a ella, no le preocupaba demasiado que no apareciera por allí.

—Me siento incómodo hablando de esto, pero, dada su relación con Enrique, supuse que en algún momento Matilde habría estado en aquella casa. Pensé que en su habitación podría haber alguna pista o hilo del que tirar. Algo que tú y yo pasaríamos por alto al no conocerle tan bien.

—Esas fotos son iguales a las que hice yo —respondió Mauricio, y activó su móvil para compararlas—. Los ángulos son prácticamente los mismos teniendo en cuenta el tamaño del cuarto.

—Pues no sé qué más hacer para localizarla, picoletto. Estoy totalmente perdido.

—Tal vez...

—Tal vez, ¿qué?

—Joder, tío, ¿y tú eres investigador? Fíjate en los mensajes.

—No dicen nada.

—No se trata de lo que dicen, sino de cómo lo dicen. Matilde odia los mensajes cortos, dice que son una pérdida de tiempo. Para ella, es preferible escribir un mensaje a modo de carta que muchos sueltos a modo de telegrama.

Mauricio tenía razón. Los mensajes anteriores eran de una longitud exasperante.

—Picoletto..., creo que has dado con la clave.

El guardia civil asintió.

—Hay algo en esas fotos que a Matilde le ha llamado la atención lo suficiente como para ponerse nerviosa y zanjar la conversación son monosílabos. Solo nos falta saber de qué se trata. Nada menos.

Y Saulo, resarciéndose de tan estrepitoso lapsus a causa del cansancio y sus ideas nubladas, le agarró del hombro empujándole a caminar más rápido.

—Pero tampoco nada más. Hay otra persona que puede tener la respuesta a lo que buscamos. Si es así, encontraremos a Matilde. Y, con un poco de suerte, al Enrique de los cojones.

—No sé en qué puedo ayudarlos. Ya os he dicho todo lo que sé.

Noah apareció tras la zona de recepción con un juego de toallas limpias para colocarlas en el cubil donde realizaba las sesiones. La situación le resultaba incómoda, y prestarse a un nuevo interrogatorio era algo a lo que no estaba dispuesto.

—En realidad, no venimos por eso—dijo Mauricio.

—Pues entonces tenéis que pedir cita individual de treinta o sesenta minutos.

—Dices conocer a Enrique desde hace años.

—Desde niños.

—Entonces habrás estado en su casa. La de su madre, para ser más exactos.

—Sí, claro. No sabría decir cuántas tardes enteras pasamos en su habitación.

—Ahí es donde nos puedes ayudar —Saulo cerró la puerta. Faltaba un rato para que abriese el centro de belleza y era necesario actuar rápido—. ¿Podrías describirnosla?

—¿En serio?

—Es importante. Por favor.

Noah suspiró antes de tomarse un momento. Hacía tiempo que no iba a la casa de Enrique.

—No es alguien a quien le gusten los cambios, eso desde luego. Desde que la redecoró de adolescente, no ha cambiado nada. Yo nunca lo he entendido, a mí se me haría insoportable tener aquello como cuando tenía quince años. Claro que, en esa casa, nada es normal. Su madre..., bah, mejor no hablar.

—Pues es precisamente la que más me interesa en todo esto —dijo Saulo.

—Yo no puedo con ella. Nunca he conocido a nadie tan posesivo ni tan receloso. En mi opinión, tiene algo de complejo de Edipo. Eso, o es una misógina patológica. No ha habido una sola mujer en la vida de Kike a la que no le haya puesto de fulana para arriba. Su marido la abandonó siendo Enrique un niño, y tuvo que sacarlo adelante ella sola. En ese sentido, comprendo que se le endureciera el carácter. Pero, en mi opinión, tanta soledad acabó maleándola. Creo que ese era el motivo por el que no cambiaba nada de su cuarto. Pretendía hacer ver que el tiempo no pasaba por sus vidas. Lo cierto es que, como no puede ser de otra manera, Kike se marchaba de cada vez que tenía ocasión. Curiosamente, ella nunca puso pegas al respecto.

—¿Tienes idea de por qué?

—Porque siempre terminaba volviendo. Toda su vida ha sido muy voluble en ese sentido; quiere escapar de esa casa, pero sabe que nunca encontrará un lugar más cómodo que aquel. Al final, es como si llegaran a una especie de entendimiento.

Saulo y Mauricio flanquearon a Noah para mostrarle las fotos que habían tomado del cuarto de Enrique. Con tranquilidad, el fisio observó una por una, haciendo comentarios que, en su mayoría,

acompañaba de anécdotas poco o nada relevantes. Confidente como era de Enrique, y comprendiendo que aquello estaba lejos de la mera curiosidad, relató con pelos y señales algunos episodios comprometidos e incluso íntimos de su amigo, esperando que los investigadores pudieran sacar algo en claro. Los pósteres que tenía colgados en la pared, por ejemplo, eran reversibles. Se preocupó de pegar grandes fotos de modelos desnudas tras las enormes imágenes de Jimi Hendrix y Kurt Cobain. En la caja de resonancia de la guitarra, escondía cartas y pequeños regalos que le hicieron las chicas con las que había salido a lo largo de los años, muchas de ellas anónimas para su madre ante el temor de que pudiera espantarlas con alguno de sus números.

Noah hablaba, Saulo escuchaba y Mauricio se quedó en lo de las modelos desnudas. En efecto, cada rincón de aquel habitáculo encerraba secretos que, ahora sí, definían aquello que termina formando a un adulto. Como las cartas que le enviaba su padre y guardaba con recelo en el falso fondo de la cómoda.

—Por favor, no le digáis nada de esto a Adelfa.

—Ni eso, ni nada de lo que nos has contado. Tranquilo.

—¿Y qué me dices del icono religioso que hay junto a la cama? —preguntó Saulo.

—Es la virgen de Czestochowa. Siempre ha estado ahí.

—Comprendo.

—Sin embargo...

El Pisaverde y el picoletto se miraron, sintiendo al unísono un chispazo en el estómago que los puso en guardia.

—Aquí hay algo distinto. De esa imagen sobresalían dos picos plateados. De la parte inferior, concretamente. Y aquí no están.

—¿Sabes qué podría ser?

—Por supuesto. Ahí es donde escondía las llaves de..., joder, no sé si puedo decirlo. Tengo la impresión de que estoy traicionando toda la confianza que ha depositado en mí a lo largo de los años.

—Mira, Noah —repuso Saulo conteniendo su creciente nerviosismo—, si te callas algo, lo que sea, vas a traicionar algo más que su confianza. Traicionarás su amistad. Si te guardas algo, por absurdo que creas que sea, puede que Enrique acabe convirtiéndose en un simple recuerdo. Lo estás haciendo muy bien, hombre. No lo estropees ahora.

—Saulo tiene razón —intervino Mauricio. Le encantaba hacer de poli bueno—. Puede que tú seas la clave para encontrarle. ¡Hazlo por él!

El fisio amplió la imagen. Cuando estuvo seguro, se puso a asentir en silencio.

—No hablamos mucho de eso, pero me dijo que escondía unas llaves. Se las envió su padre a un apartado de correos para que Adelfa no sospechase nada. Pertenecen a una casa que está en las inmediaciones de Cenicientos, pero lleva abandonada muchos años. Hace poco, me contó que pretendía reformarla e irse a vivir allí con Romina.

Mauricio apretó las manos contra la toalla mientras su memoria se ponía a trabajar.

«El asunto de Cenicientos», recordó.

—¿Sabes ir a la casa?

—No, pero es fácil enterarse. Me dijo una vez que estaba cerca la Peña, y eso no tiene pérdida. Dudo que haya muchas casas abandonadas por allí. De todos modos, ¿qué tiene eso que ver con Matilde? Por muy enamorada que esté de Kike, él solo la veía como un rollo. Con lo reservado que

era, dudo mucho que le dijese nada.

—Quizá era algo más que un rollo. En cualquier caso, es la única baza que tenemos ahora mismo.

—Sea como sea, tenemos que ir para allá echando hostias —determinó Saulo—. Esto no pinta nada bien.

Noah les prestó su coche. Gracias al GPS, el camino hacia Cenicientos se presentaba mucho más sencillo a pesar del tiempo.

—Mauricio..., ¿estás pensando lo mismo que yo?

El guardia civil asintió en silencio.

—Enrique no ha desaparecido. Le retienen contra su voluntad.

Enrique. Romina. Horacio. Matilde. Lara. Incluso el nombre de Demóstenes surgió en la conversación que mantuvieron durante las casi dos horas que duró el viaje desde Madrid hasta el pueblo de Cenicientos. Mas el nombre que planeaba sobre todos ellos era otro. Uno que parecía otear cada movimiento de los otros desde las alturas sin que nadie se percatara de su presencia.

Incluso en la vida del propio Saulo, el alcance que Sigma tenía era evidente.

—Y, sin embargo, cada uno tiene su propia historia y circunstancia —dijo Mauricio desde el asiento del copiloto.

—Todos ellos comparten un hilo común, y me temo que yo también. La cuestión es cuál.

—Bueno, en el triángulo amoroso es fácil. Sigma quería destruir la felicidad de Romina a toda costa. Cuál era el motivo ya es otra historia.

—Y quizá ahí esté la clave, picoletto.

La Peña de Cenicientos, ruta por excelencia de muchos senderistas, se mostraba ante ellos como un reto a superar en tiempos más propicios. Saulo hacía lo posible por observar todo cuanto era capaz de recoger en su campo visual mientras manejaba el coche y Mauricio se encargaba de los laterales.

—Allí, Saulo. A tu derecha.

La distancia que mediaba entre ellos y aquella construcción no superaba, calcularon, los trescientos metros, por lo que decidieron acercarse a pie para reducir el riesgo de que alguien pudiera avistarlos desde allí. Se trataba de una parcela aislada en cuyo interior se erigía ruinoso lo que, a todas luces, parecía un chalé. Algunas de sus ventanas estaban rotas. La puerta, sin embargo, permanecía bien protegida con una enorme cadena asegurada con dos candados.

—Tío, Cenicientos no es tan grande como para tener casas abandonadas repartidas por ahí. Además, Noah nos dijo que está cerca de aquí.

—Es muy siniestra. Tiene algo que me causa rechazo.

Saulo se rio.

—¡Qué blandito eres, picoletto!

—Tómatelo a broma, pero sé lo que digo. Siento como si allí dentro hubiese habido mucho sufrimiento. Te parecerá una tontería, pero las casas hablan.

—¿Y eso dónde lo aprendiste?

—Me lo enseñó mi abuela. Ella te habría dicho lo mismo.

—Seguramente también te diría que prestaras atención al suelo. Fíjate bien.

El guardia civil le hizo caso y se sobrecogió al comprender por qué Saulo le había indicado mirar. Aunque borrosas por el paso de los días, podían atisbarse pisadas que cruzaban la verja hasta el interior. Todas ellas se dirigían a la casa.

—Está claro que hay alguien dentro. Lo mejor será ir preparados.

—Para el carro, amigo —dijo Mauricio con voz firme—. Que la casa esté habitada nos da dos variables: o bien tiene propietario, o bien la han okupado. En el primer caso, nos arriesgamos a cometer un delito de allanamiento.

Pensó en ignorar por completo sus palabras, pero no merecía que lo tratara de ese modo. Al fin y al cabo, teóricamente estaba en lo cierto. Aun así, la mirada displicente que Saulo le dedicó fue tan clara y sincera que las palabras sobraron.

—¿Alguna idea de cómo perpetrar tan abyecto crimen? —bromeó Saulo. Mauricio resopló contrariado y puso atención a la verja metálica. Los remates tenían forma de corona de tres picos tan desgastados que no merecía la pena preocuparse por ellos. Concluyó que, más allá de la herrumbre, el peligro de saltarla era mínimo con las manos protegidas para evitar cortes indeseados.

—Si eso es todo, no hay problema —dijo Saulo al extraer de su bolsillo un par de guantes de cuero—. Póntelos, salta tú primero y luego me los pasas.

—Qué listo. ¿Y por qué tengo yo que pasar primero?

—Porque eres un ínclito guardia civil cuya divisa es el honor y tu vocación de proteger al ciudadano es férrea.

Le dedicó una mirada tan incisiva como cargada de rendición.

—Vete al carajo, Saulo.

Pura pose, por supuesto. En el fondo, le encantaba saltarse las reglas.

Mientras Mauricio inspeccionaba los alrededores, Saulo decidió entrar por la ventana, linterna en mano y sin importarle lo que pudiera encontrar. Se sentía lo bastante rápido y con reflejos suficientes como para zafarse de cualquier peligro y escapar en caso de que se viera obligado a hacerlo. Sus pasos, calculados a medida que la luz le revelaba un suelo hecho con madera que el paso de los años se había encargado de deteriorar a conciencia, producían sonoros crujidos que le obligaban a permanecer en constante estado de alerta. De vez en cuando escuchaba el rapidísimo corretear de ratas que iban y venían a la velocidad del rayo, acompañado de molestos chillidos cuya sola escucha le causaba imaginarios picores. El polvo que flotaba en el ambiente se le colaba en la nariz, pero estornudar se había convertido en un lujo imposible de permitirse a riesgo de que el supuesto habitante de la casa le descubriera.

Un paso, después otro, luego otro más, cada uno pautado con antelación y ejecutado en un prudente intervalo de veinte segundos. Imposible evitar el crujir del suelo, daba igual que caminara pegado a los rodapiés y a la pared, cuyo empapelado ochentero se había convertido en un síntoma de la decadencia que asolaba cada rincón de aquel lugar infecto. Una puerta a la nada, a un paréntesis siniestro y eterno que, pese a ello, le protegía algo intangible que cada vez le agradaba menos.

«Ven a mí», parecía decirle aquel mundo de sombra. «Ven a mí y fúndete en el silencio del abandono».

Fue una mala idea sucumbir a tan atrapantes cantos de sirena. El nombre de Nietzsche se manifestó en su mente al recordar su archiconocida frase sobre el peligro que conlleva mirar demasiado tiempo al abismo, pues este puede ver a través de uno y mostrarle sus mayores miedos. Saulo experimentó la veracidad de aquel axioma cuando el nombre de Sigma invadió sus pensamientos de forma irremediable. ¿Quién podría asegurar que las huellas vistas en la entrada no le pertenecieran?

¿Podiera ser que aquel ente con nombre de letra griega se encontrara, como él, entre aquellas paredes? Claro que podría ser. O no. La incertidumbre provocó un aluvión de nerviosismo en el investigador, cuyos niveles de cortisol se elevaron con extraordinaria rapidez. El símbolo de la nota que recibió parecía habersele incrustado en los ojos y el alma. Había logrado adquirir un nivel de intimidación lo bastante grande como para que Saulo, por lo general alguien que no se dejaba doblegar, sintiera verdadero temor hacia alguien invaluable, que existía sin existir, que estaba sin estar.

Es en ese estado de nervios cuando la percepción se acentúa a niveles tan insospechados como el tipo de reacciones que despierta. Por eso, cuando creyó distinguir la palabra «ayuda» perfectamente articulada por una voz humana, saltó como un gato y regresó en un par de zancadas al punto de partida. Fue una súplica, casi un lamento desesperado cuya proveniencia continuaba siendo un misterio a pesar de tener la certeza de que, fuera quien fuese, se encontraba en esa misma zona de la casa.

—¿Enrique? —consiguió pronunciar al fin— Eres..., ¿eres tú?

—Socorro...

*

Mauricio llevaba incrustada la lentitud de los días en el carácter. Sin prisas, sin carreras, sin tener la sensación de que las horas se le escapaban entre los dedos de forma irremediable. Por eso no se le hacía pesada la vigilancia. Oculto tras un seto tan grande como muerto, tenía la vista fijada en aquella casa que, a juzgar por su aspecto, jamás pareció haber conocido buenos tiempos. Una hora había pasado desde que Saulo se coló por la ventana rota. Acordaron separarse durante dos. Si pasado ese tiempo no estaba fuera, sería Mauricio quien entrara a por él y solo a por él. Después se marcharían dejando atrás la historia de Enrique.

El cantar de los pájaros, aunque distinto al que estaba acostumbrado, le retrotrajo a su hogar. Comprendió entonces que huir de sus orígenes era del todo inútil, una manera absurda de dar la espalda a todo cuanto hizo de él lo que hoy era, por muy malas o muy duras que hubieran sido buena parte de sus vivencias. Imposible no pensar en los vecinos de El Marjal; el cura, las beatas, el médico, las Niñas, todos ellos rodeados de la luz, el olor y los sonidos que componían su tierra.

Le pareció escuchar algo que provenía del interior. Se acercó sigiloso a la ventana rota, cuidándose en todo momento de permanecer oculto a cualquier vistazo que pudiera hacerse desde el interior. El sobresalto que le produjo el vuelo de una paloma cruzar la ventana y perderse en el campo hizo que trastabillara hacia atrás. Por suerte, no llegó a caer sobre los cristales que se amontonaban a su espalda. Decidió entonces regresar al seto y hacer guardia hasta que las dos horas acordadas se cumplieran.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Acababa de tener un palpito.

¿Y si...?

*

La voz continuaba suplicando auxilio mientras Saulo hacía por encontrarla. Volvió sobre sus pasos, esta vez más decidido al comprender que no solo había alguien más. También necesitaba ayuda. «¡Habla más alto!», se atrevió a decirle, obteniendo como respuesta más ruegos de socorro. Reparó

en la puerta que había al fondo del pasillo, refugiada del haz de luz que desprendía su teléfono. De nuevo, el mismo procedimiento para avanzar; grandes zancadas pegado a la pared con cuidado de que el suelo no crujiera más de lo debido.

Frente a él se encontraba puerta castellana cerrada a cal y canto. Volvió a preguntar.

—¿Eres Enrique Laffan?

El «sí» que escuchó en respuesta le hizo suspirar de alivio mientras, por el contrario, sentía cómo una sensación de temor creciente se iba apoderando poco a poco de su cuerpo. Agarró el picaporte con mano temblorosa y presionó hacia abajo sin resultado, pues la llave estaba echada. «Estoy..., estoy encerrado», escuchó. Sabía que lanzarse como un ariete para acceder al cuarto era una idea disparatada debido a su condición física, de modo que optó por un método más sofisticado con el que hasta entonces siempre había conseguido su objetivo. Sacó la cartera del bolsillo y, hurgando a tientas con los dedos, encontró la horquilla que haría las veces de ganzúa.

«Rápido. Va a volver», escuchó decir a Enrique. Ahora que entre ellos mediaban escasos metros, Saulo pudo percibir cierta languidez en el tono de sus palabras, como si se viera obligado a arrastrar la pronunciación de cada sílaba. Sabía que actuar rápido era crucial en ese momento, por lo que decidió cerrar los ojos y abandonarse a la intuición al introducir la improvisada llave y buscar el clic mediante sutiles giros de muñeca hasta que, finalmente, el pestillo cedió.

—Madre de Dios —exclamó por impulso.

Por fin lo tenía ante sus ojos. A Enrique. Al novio de Romina. Pero lo que Saulo vio no era un hombre. Era un coloso derrotado. Un Sansón sin fuerza. Un guerrero vencido. Estaba atado a la cama con una correa en cada extremidad. Sin embargo, no parecía que esa medida de retención hiciera ninguna falta.

—Pero, ¿qué te han hecho?

—Sácame de aquí. Por favor...

El horror comenzó a manifestarse en cuanto reparó en la decoración del dormitorio. Ya había visto antes aquella obsesión enfermiza por el orden y lo antiguo, solo que, esta vez, daba un paso más allá. Si el cuarto que vio Saulo en casa de Enrique estaba anclado en la eterna adolescencia, la habitación donde se encontraba era el país de Nunca Jamás. Osos de peluche, trenes, réplicas de coches y muñecos de los primeros años noventa poblaban aquellas cuatro paredes sin más espacio que el de la ventana.

—Dios mío —alcanzó a decir mientras Enrique, ansioso por escapar de su prisión, agitaba brazos y piernas de forma descontrolada. Al observar las correas, Saulo apreció que eran cinturones con hebilla.

—Ha perdido la cabeza. Y va a volver. ¡Va a volver! —gritaba mientras Saulo hacía por liberarle. De nada le sirvió pedirle que se estuviera quieto.

No necesitó preguntar a quién se estaba refiriendo.

—Me pone Lorazepam en el colacao. Estoy drogado todo el día.

—¿Puedes andar? —le preguntó mientras intentaba liberarle el brazo derecho.

—Lo intentaré.

—Más te vale, porque no pienso dejarme la espalda cargando contigo. Tienes que...

No llegó a terminar la frase. El golpe que recibió en la espalda le dejó conmocionado en el suelo y sin posibilidad de poder incorporarse.

*

Faltaban veinte minutos para que se cumplieran las dos horas pactadas antes de acudir a su rescate. Mauricio odiaba los instantes previos a cualquier cosa que requiriera un esfuerzo por su parte, mas, aunque le resultaba una agonía sin fundamento, respetó las pautas de Saulo en su afán por encontrar al entrenador desaparecido.

Inspeccionó el terreno una vez más. Suelo agreste y falto de cuidado por el desuso, matojos muertos que pedían yesca, cristales rotos, herrumbre. Huella de una vida que ya no era sino un punto feo en medio del campo. Imaginar cómo sería aquello en pleno agosto, cuando los rayos del sol se filtran a través de los cristales y calientan el metal hasta darle vida al son del insoportable cantar de las chicharras, le tentó a entrar de una vez en la casa y poner fin a aquel episodio absurdo. Se puso a caminar de nuevo para calmarse, pues, si ya la ansiedad nunca es buena compañera, en situaciones críticas puede conducir a la perdición. Eso lo sabía muy bien. Demasiado bien.

Al rodear la casa le pareció escuchar algo. ¿Un golpe? ¿Quizá un grito? El estímulo avivó su corazón a tal punto que podía escuchar sus propios latidos sin dificultad. ¿De dónde vino? ¿De la casa? ¿Del cobertizo? Sí, puede que viniera de allí. Le había llamado la atención desde el principio, pero estaba situado en un ángulo que imposibilitaba su labor de vigilancia. La tentación por acercarse era fuerte, casi podía escuchar una vocecilla maligna susurrarle al oído que se acercara más, que nada iba a ocurrir durante el segundo en que mirara dentro.

Volvió a escuchar el mismo sonido. Parecían cadenas.

Definitivamente, había algo dentro.

O alguien.

*

—Mi vida... ¡Ay, vida mía! Dime, ¿qué quería hacerte ese desgraciado? ¿Ha hecho daño a mi dulce niño?

Adelfa acariciaba a Enrique con desesperada efusividad sin que el entrenador pudiera hacer nada para zafarse de aquella masa carnosa. La locura que teñía su mirada era exorbitante, alejada de cualquier razonamiento cabal. Sus besos, tan sonoros como repugnantes pese a ser su madre, chirriaban agudos para desesperación de Saulo, el cual, pese a haber recobrado el sentido, temía realizar cualquier movimiento que pudiera contravenir a la mujer.

—Era usted —dijo sin mover un músculo—. Todo este tiempo era usted.

—Ya sabía yo que escondías algo, chico. Llamé al servicio técnico de la caldera en cuanto saliste de mi casa y me dijeron que no tenían programada ninguna visita porque no es tiempo de revisión. Pero en esta vida se paga por los pecados cometidos, ¿sabes? Y a ti te ha llegado el momento de expiar los tuyos.

—Mamá —le rogó Enrique—, para de una vez. Por favor.

—¡Calla! ¿Ves? ¡Eres demasiado bueno con la gente! Así te ha ido, pobre niño mío, que te han engañado toda la vida. Hasta para intercambiar los cromos del bollycao te engañaban, ¿recuerdas? Por eso han hecho contigo lo que han querido. Especialmente ellas. Sí, ellas son las peores.

—Mis parejas nunca me han hecho daño.

—¡Eso es lo que tú crees! ¿Qué me dices de la última? Esa que se mostraba como un putón en el

TokTok ese, o como se llame. Ahí, provocando bien. Lo único que sabe hacer la gente de hoy es provocar y exhibirse casi en cueros por dinero. Eso tiene un nombre, lo ha tenido toda la vida. ¿Y luego se sorprenden de las consecuencias? ¡Hay que ser imbécil!

—Por mucha razón que pueda tener, está reteniendo a su hijo contra su voluntad —se atrevió a decir Saulo, ahora que por fin Adelfa parecía haber abierto la espita de la sinceridad.

—¡Le estoy protegiendo del mundo que le ha hecho un desgraciado! ¿Qué pecado hay en ello? Las madres debemos proteger a nuestros hijos de las lobas que quieren despellejarlos —se dirigió hacia Enrique—. ¿O es que no recuerdas lo que pasó con el malnacido de tu padre, hijo mío? Una fulana brasileña lo engatusó con sus bailecitos y su acento empalagoso. Sin mediar palabra, agarró el portante con esa puta y se fue para no volver. Me dejó sola. ¡Sola y con una boca que alimentar! Yo le saqué adelante, chaval. ¡Yo, con estas manos destrozadas de tanto lavar! Hice lo que pude para convertirle en lo que hoy es, pero está claro que hice poco y que lo hice mal. Aun así, estoy a tiempo de reconducirle. Solo tienes que estar en casa, cariño mío, en casa con tus cosas de siempre, resguardado de este mundo que de puro malo está a punto de explotar.

—¿Cómo sabes lo de Romina? —preguntó Enrique. A Saulo no le sorprendió que lo hiciera, pues por fin había comprendido la razón de su hermetismo. Adelfa había pasado de ser una madre con vocación abnegada a convertirse en una depredadora de su felicidad. El único modo de preservar su vida sentimental era ocultándola bajo siete llaves.

—Así se llamaba, ¿eh? Hasta el nombrecito se las trae. Era lo único que me faltaba saber de ella. Se lo pregunté, pero no llegó a ser tan específico.

—¿Específico? ¿Con quién has hablado, mamá?

—Me lo contó un buen samaritano. En realidad no sé si era hombre o mujer, pero tanto da. Me mandaba correos electrónicos y firmaba con una letra griega. De no haber sido por él, no habría podido abrir los ojos. Tú nunca me cuentas nada.

Punzada en el corazón. Dificultad al respirar. Sudor. Boca seca.

Sigma. Otra vez.

—Pero yo no hablaba de esa, sino de la otra. ¡La otra sí que tiene peligro! No me extrañaría que fuera capaz de matar por ti. ¡Pero para eso ya está tu madre!

Saulo se levantó de un brinco, aunque tuvo que hacer un esfuerzo por controlar los tambaleos. Adelfa estaba fuera de sí. Se abalanzó sobre él con intención de tirarlo por la ventana, pero era demasiado corpulenta como para moverse con agilidad. Saulo pudo esquivarla, como también fue capaz de sortear la trayectoria de la silla que le lanzó con todas sus fuerzas y que dio a parar al cristal de la ventana, atravesándolo con un ruido ensordecedor. Lo único que podía hacer era esquivar sus movimientos. Adelfa jugaba en casa, conocía cada rincón, cada objeto, cada mancha y cada póster de aquellas cuatro paredes que se empeñaba en conservar para el niño que había sido Enrique y que ya nunca iba a volver jamás, ella lo sabía en el fondo, como también que una mentira repetida hasta la extenuación acaba convirtiéndose en verdad. Era demasiado lenta para alcanzar a Saulo, pero su fuerza y puntería hacían de ella una experta lanzadora de cosas. Tiraba a dar, y lo consiguió más de una vez. En medio, Enrique se esforzaba por lanzar un grito que los sedantes retenían sin solución. Pero la correa que le ataba la mano derecha estaba lo bastante floja como para mover esa parte de su cuerpo. «Aún no», se dijo, «aún no es el momento».

La fortuna le sonrió a Adelfa cuando Saulo pisó un coche de juguete que le hizo perder el equilibrio y caer de espaldas al suelo. «Ahora sí», rugió entre jadeos de cansancio mientras agarraba

con fuerza el mango de la sartén que había traído consigo. «¡Ahora sí!». Y fue entonces cuando Enrique, en un arretrato de cólera que agitó su fuerza dormida, tiró de su madre hacia atrás agarrándola del cinturón de la bata para impedir que cometiera otro crimen. En respuesta, Adelfa dio media vuelta y le dio un par de bofetadas que resonaron por toda la habitación mientras lanzaba sobre su hijo todo tipo de insultos y descargas de frustración al considerarle alguien malogrado y defectuoso.

De pronto, sus golpes se detuvieron en seco.

Adelfa profirió un repentino quejido antes de comenzar a sentirse débil. El cuerpo le pesaba, las fuerzas se le escapaban como espíritus libres en busca de cosas mejores que hacer. Saulo observó que alguien le había clavado una inyección desde atrás. Conocía bien la envergadura del brazo que la sostenía.

—Ya era hora, picoletto —dijo antes de caer rendido.

*

La zona se tiñó de luces azules. Policía y médicos acudieron raudos siguiendo las indicaciones de Mauricio, cuya experiencia como guardia civil les ahorró no pocos pormenores que habrían ralentizado todo el proceso. «Tranquilo, Enrique, ya pasó todo», dijo el inspector al mando tras cortarle las correas. Sus palabras le hicieron caer en el sueño de los agotados, entregándose por completo al hacer de quienes en aquel momento le rodeaban. Al mismo tiempo, Saulo y Adelfa recibieron la atención de dos sanitarios más, ella vigilada por tres agentes.

—Puedo salir por mi propio pie —le dijo a la inspectora jefe.

—¿Está seguro? Debería hacerse una revisión. Esas contusiones no parecen ninguna tontería.

—Soy consciente de ello, pero volveré con el cabo Silvestre. Gracias.

—Agradézcaselo a él, entonces. Si no hubiese aparecido, probablemente usted estaría intubado ahora mismo. Ha tenido mucha suerte.

Saulo asintió despacio con los ojos cerrados y sonriendo dolorido, no tanto por los quejidos de su cuerpo como por los de su conciencia al sentir lo duro que había sido con quien, ahora sabía con certeza, era su mejor amigo.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Con un par de oficiales. Quería comprobar algo en el cobertizo.

Poco tardó en conocer la razón que le había llevado a inspeccionar el recinto a fondo. Apenas finalizó la conversación, uno de los policías cruzó la puerta con expresión de espanto.

—Inspectora, tiene que ver esto. Hay una mujer colgada de las muñecas. Aún vive. Se llama Matilde.

Tumbado sobre la cama en la oscuridad de la noche, Saulo se preguntó sobre el significado de la palabra «satisfacción». El caso estaba resuelto. Habían logrado dar con Enrique tras incontables horas de trabajo y sin entrometerse en ninguna labor policial. Su madre, causante de todo lo ocurrido, permanecía en prisión preventiva. La falta de recursos hizo que fuese un abogado de oficio el que se encargara de su asistencia. Por otro lado, el olfato de Mauricio salvó a Matilde de una muerte segura por inanición. Tres días llevaba sin comer, maniatada y colgando de un gancho en ropa interior. El equipo médico la sometió a todo tipo de pruebas. Salvo las lógicas magulladuras, determinaron que no había nada en su estado de salud que resultara preocupante. Las secuelas psicológicas que pudiera manifestar, sin embargo, sí fueron motivo de peso como para sentarse a hablar. Fue Mauricio el que, a falta de familiares, se encargó de lo concerniente a ese respecto. De aquello habían pasado ya una semana.

A grandes rasgos, todo había salido bien. La palabra volvió a su mente. «Satisfacción». Debería experimentar su significado ahora que todo estaba en orden, sentirse exultante contento al menos, pero en su ánimo no había un mínimo rescoldo de felicidad.

Imposible tenerlo después de lo que había sucedido aquella tarde en el hospital.

—Tú... Traidor.

La reacción de Enrique al ver a Noah entrar a la habitación donde estaba ingresado no pilló de sorpresa a Saulo y Mauricio. Prudentemente alejados, aguardaban expectantes al encuentro entre quienes, una vez, fueron buenos amigos. Noah no acababa de comprender el motivo de aquella inquina por parte de Enrique, cuyo rostro era una tormenta de rencor. De buena gana se habría levantado para agarrarlo del cuello, pero estaba demasiado débil incluso para pensarlo.

—Kike, soy yo. Joder, no sabes cómo me alegro de verte.

—¿De verme? ¡Tendrás valor, pedazo de cabrón! Le contaste todo a mi madre, ¡todo! Y ahora vienes aquí como si fueras al encuentro de un hermano perdido. En mi puta vida me habría imaginado que llegarías a ser tan miserable.

—Oye, tranquilízate un poco y sobre todo no me faltes al respeto. Respira hondo y, cuando te calmes, hablamos.

—Por mi parte está todo dicho.

—Pero no por la mía. Estás acusándome de algo muy grave y no voy a permitir que manches así mi honor. Sabes que yo nunca haría algo así, tío. ¡Conozco a tu madre de toda la vida! ¿Cómo iba yo a contarle tu historia con nadie? Sabes muy bien que mi lealtad es de hierro.

—La amistad es algo más que guardar secretos Noah.

—Sigo sin saber a qué te refieres.

—¿Que a qué me refiero? ¡Por tu culpa he pasado un maldito infierno!

—Pero si yo...

—¿Sabes por qué mi madre me retuvo? Porque se enteró de que Romina me había dejado. Algo que solo te conté a ti. Yo estaba hecho mierda y fui a verla para comer con ella. Actué como siempre, poniendo cara de póker en todo momento. Pero de pronto, justo cuando comencé a sentir un sopor horrible, se puso a relatarme punto por punto la historia de nuestra relación desde el principio hasta el final. Si tú no se lo has contado, ¿quién ha podido hacerlo?

»Pero es que eso no es todo. ¡Te pedí ayuda! Cuando me quedé solo la primera vez, pude hacerme con el móvil y te mandé un mensaje de voz para que vinieras a buscarme. ¡Y no hiciste nada! ¡Traidor!

Noah guardó silencio. Por más que se esforzaba, no era capaz de recordar el mensaje que Enrique decía haberle enviado el mismo día de su desaparición. El único modo de corroborar sus palabras era revisando el teléfono. Recordaba la fecha en que comenzó sus vacaciones, por lo que solo debía buscar los mensajes recibidos durante aquel intervalo.

Enrique le hizo un gesto a Mauricio para que le acercara el teléfono. Una vez desbloqueado, y, subiendo a tope el volumen, lo puso sobre la cama.

Noah... Necesito que me ayudes, tío... Estoy... estoy en la casa de Cenicientos... Mi madre se ha vuelto loca y me tiene encerrado... Por favor, llama a la policía y ven a por mí. Me ha... me ha inyectado algo y estoy muy débil. Por favor, Noah, por lo que más quieras, ayúdame. Oh, Dios, ya viene...

Observaron la fecha y hora en que Enrique envió el mensaje para después cotejarla con el móvil de Noah. En efecto, figuraba como eliminado.

—Te juro que cuando vi el teléfono eso ya estaba así.

—Puedes jurar cuanto quieras. Tu palabra ya no vale nada.

—Pero yo... A ver, voy a mirar la agenda. Ese día tuve consulta durante toda la mañana. Y a las siete... Hostias. Joder. ¡Joder!

Dejó caer el teléfono contra la cama y se llevó las manos a la cabeza, boquiabierto.

—¡Me borraron el mensaje! ¡Demóstenes y Lara me borraron el maldito mensaje!

La situación había adquirido tal nivel de intriga que, previa mirada cómplice, Saulo y Mauricio decidieron intervenir.

Noah recordaba bien ese día. Como responsable de recursos humanos, Lara lo citó al despacho de dirección para, junto con Demóstenes, considerar aumentarle el sueldo en base a su trayectoria profesional. El carácter del fisio siempre fue afable y de absoluta profesionalidad, pero sabía cuándo apretar en situaciones que consideraba injustas. Defendió su trabajo a capa y espada sin alzar la voz en una sola de sus palabras y escuchó atentamente todo cuanto tenían que decirle. Llegado un momento, dijo necesitar salir a por agua, y fue en ese momento cuando su móvil, colocado sobre la mesa, comenzó a vibrar. No le pareció correcto acercarse a ver quién le había escrito, por lo que salió del despacho despreocupándose de quién pudiera ser. A su regreso, el mensaje estaba borrado.

—Supuse que habías sido tú, pero ahora estoy seguro de que fueron ellos.

—¿Tenías el móvil bloqueado? —preguntó Mauricio.

—No.

—Bastaba entonces con que tocaran la pantalla para ver el mensaje. A mí me da que lo borraron a sabiendas. Con Enrique fuera de juego, tenían tiempo de limpiar sus chanchullos.

—Desviaban parte de los fondos a una cuenta opaca —explicó Enrique—. Lara y Demóstenes estaban liados hasta para eso. Yo me enteré de casualidad, hablo mucho con la gente del gimnasio y

me enteré por casualidad de que en la última auditoría se detectaron movimientos irregulares. Me bastó con colarme en el despacho de Demóstenes y ver lo que estaban haciendo. Se enteraron, por supuesto, y yo amenacé con tirar de la manta si no me daban el veinte por ciento. ¿Hice mal? Puede, pero las oportunidades hay que pillarlas. Muchos en mi lugar habrían hecho lo mismo.

—Esa no es la cuestión ahora —intervino Saulo, que empezaba a perder la paciencia—. Vamos al meollo, porque el horario de visitas se termina en breve y no estoy por la labor de volver otro día.

Agarró una silla y se sentó a la izquierda de Enrique. Mauricio hizo lo propio en el lado contrario.

—¿Quién es Sigma?

—¿Cómo?

—Ahórranos la tontería, macho. Tu madre recibía mensajes de alguien que firmaba así. A Horacio, el entrenador con el que casi te partes la cara, también le llegaban cartitas del mismo individuo. De hecho, fue así como se enteró de que Romina le estaba engañando contigo. Está muerto, por cierto. Tu novia sabía quién era el sujeto misterioso y estuvo a punto de descubrirle mediante un *e-mail* masivo que nunca llegó a enviarse. Era tan lista que incluyó un mensaje oculto en el mismo, pero no pudo escapar de su sombra y ahora también está muerta, cosa que, por cierto, siento enormemente. Sea como sea, siempre estás en la ecuación. Tienes que saber quién es Sigma, aunque creas que no es así.

—Haz un esfuerzo —apuntó Mauricio en tono conciliador—. Intenta recordar algo, cualquier detalle puede servir. Saulo tiene razón, está claro que Sigma está en tu vida. Sabe demasiado de ti.

—Yo... No sé. De verdad que no.

—Vamos a comenzar con lo básico. Romina tenía un tatuaje, ¿verdad? Una letra griega en el hombro. Alfa.

—Sí. Se lo hizo en Cancún con una amiga suya durante un viaje universitario. Eso me dijo, al menos.

—Bien. ¿Tienes idea de cómo se llama esa amiga?

—No. Pero Romina lo colgaba todo en Instagram incluso antes de ser *influencer*. Creo recordar que subió una cuando se lo hizo.

Saulo abrió la aplicación y comenzó a buscar. Odiaba las redes sociales precisamente por eso, le parecía una completa pérdida de tiempo meterse en el escaparate fotográfico de cualquier persona con un fin tan banal como estúpido. Mira qué vida tiene este, qué suerte tiene, viajando a sitios increíbles con amigos, qué guapo, qué guapa es, no como yo, alguien tan feo que no rompe el espejo de milagro.

Fotos, vídeos, más fotos, otra vez vídeos, unos con muecas idiotas, otros poniendo morritos y haciendo la uve de «victoria», bailando delante de la pantalla, haciéndose de oro gracias a la absurda cantidad de corazoncitos que los usuarios daban a cada post subido. Saulo recorría aquel catálogo de naderías con profundo desdén hasta que, al fin, encontró las mencionadas imágenes de Cancún.

—Aquí está —dijo tembloroso, pues los nervios comenzaban a traicionarle—. Alfa y Sigma.

Le pasó el teléfono a Mauricio. La foto mostraba un primer plano con los tatuajes de sendas letras. Un hombro y un tobillo.

—Esto no nos dice nada, picoletto. Puede ser hombre o mujer.

El guardia civil asintió silencioso antes de mirar el reloj y levantarse.

—Tengo que irme, Saulo.

—¿Cómo que te vas? —preguntó contrariado—. Tío, que esto es muy serio. No nos falta nada para pillar a ese cabrón.

—Acabo de recordar algo que debo hacer cuanto antes. No puede esperar. Lo siento.

Saulo se encogió de hombros sin hacer más preguntas, observando cómo Mauricio abandonaba atribulado la habitación por mucho que se empeñara en fingir lo contrario.

«No me falles ahora, picoletto. Tú no.»

Ese fue su pensamiento antes de perderlo de vista.

Le bastó con subir una planta más arriba y recorrer el pasillo hasta la última habitación. En ella, Matilde intentaba dormir con ayuda del sedante que el enfermero le acababa de administrar. Después bajó la persiana hasta apenas dejar una raya de luz y se despidió de ella hasta el día siguiente.

Mauricio contempló la escena sin acabar de entender todavía por qué se encontraba allí, aguardando a que Matilde se quedara sola y con el corazón bombeando tan fuerte que sus latidos le impedían escuchar todo cuanto había a su alrededor. El momento en que la encontró colgada en un gancho como una pieza de carne aún estaba lejos de convertirse en recuerdo, pues permanecía anclado en su retina a modo de eterno presente, condenado a repetirse una y otra vez cual tormento divino. Desde allí podía adivinar su respiración, cada vez más honda, como el vaivén de la marea en una jornada serena. La suya, por el contrario, era una tempestad rebosante de violencia y miedo.

—¿Cómo está? —le preguntó al enfermero.

—Todo en orden, pero tiene que descansar. El hecho de que no tenga fiebre es muy buena señal, porque quiere decir que no hay infecciones. Otra cosa es el tema psicológico, claro. Me temo que eso se irá manifestando con el tiempo, de momento está todo demasiado reciente. Si quiere pasar a verla, aproveche ahora que aún está despierta. No tardará demasiado en dormirse.

Se alejó despacio con el carrito, recorriendo aquel pasillo de sucia blancura hasta perderse al doblar la esquina.

Mauricio cerró los ojos antes de armarse de valor para cruzar la puerta.

Dos golpes y un «pasa». Ese fue el principio del final.

—¿Cómo estás?

Con los ojos cerrados y el rostro sereno, Matilde hizo un suave gesto afirmativo con la cabeza.

—Fue su madre —dijo.

—Lo tenía atado a la cama y hasta arriba de calmantes. Casi mata a Saulo. Estaba fuera de sí cuando llegué.

—Pobre Enrique. Siempre supe que su madre era un peligro, pero no hasta estos extremos. Lo que ha pasado...

—Casi morís los tres. Enrique, Saulo y tú. A ellos los tengo ubicados. Contigo, sin embargo, no dejo de hacerme preguntas.

—Pues hazlas. Venga, no te cortes.

—Déjate de hostias, Matilde. Creo que merezco una explicación de todo esto. Y prefiero que seas tú quien me la dé antes de tener que averiguarla por otros medios.

Comprendía su enfado. Sabía que la preocupación de Mauricio por ella era sincera, tanto como su dolor por lo sucedido entre ellos dos. Le pidió un poco de agua antes de empezar. Después respiró

hondo y cerró los ojos.

—La casa de Cenicientos fue nuestro refugio durante todo el tiempo en que Enrique y yo estuvimos juntos. Era el único lugar donde nadie podía vernos entrar o salir, y mucho menos sospechar que teníamos una relación, por mucho que yo le insistiese en que no había nada de malo en ello. Él, sin embargo, insistía en que fuera así. A mí no me molestaba, lo veía como algo bohemio, incluso aventurero en cierto sentido. La idea de que era un lugar que solo él y yo compartíamos me parecía tan romántica que lo dejé pasar, sin importarme que aquello se quedara en una simple relación clandestina. Cuando me habló de su madre y el enfermizo control que tenía sobre él, comprendí que la forma de vivir nuestra relación estaba más o menos justificada.

—Según eso, sabías que Enrique podía estar allí desde el principio. Podrías haberle ahorrado mucho tiempo a Saulo.

—Nunca lo pensé como una posibilidad real. Él solo iba allí para... bueno, solo la usaba para estar conmigo. Pero cuando vi las fotos que Saulo había hecho en casa de Adelfa, tuve la corazonada de que estaba allí.

—¿Por el icono de la virgen?

—Sí, eso es. Una vez me contó que dejaba las llaves detrás de la imagen y medio al descubierto para comprobar que su madre no las tocaba. Enrique tiene muy buena memoria para esas cosas.

»El caso es que fui a Cenicientos en autobús y llegué a la casa por mi propio pie. Rompí una de las ventanas para poder entrar. Lo que nunca pude imaginarme es que Adelfa le tenía secuestrado. Esa mujer es una enferma.

—Según la policía —explicó Mauricio sin ablandar el gesto—, padece síndrome de Wendy y complejo de Agripina. En realidad es mucho más que eso, pero todo parte de ahí. Esa mujer ha desarrollado un miedo terrible al abandono desde que su marido la dejó a ella y a su hijo, por eso ha hecho siempre lo posible para convertirse en alguien imprescindible que, además, controla y planifica al detalle la vida de su hijo sin importar lo que él quiera. Enrique acabó convirtiéndose en el foco de todas sus obsesiones.

—¿Wendy es la de Peter Pan?

—Sí. Toda madre cabal haría lo que fuera por sus hijos, pero ese personaje representa la abnegación enfermiza.

—Ya. Y la otra...

—¿Agripina? Existió de verdad, era la madre de Nerón. Hizo auténticas barbaridades para que su hijo llegara al trono y, cuando lo consiguió, puso todo su empeño en controlar cada uno de sus actos. Eso explicaría el rechazo que mostraba hacia las novias que tuvo Enrique.

—Entiendo.

—Algo que tú sabías muy bien por partida doble.

Aquellas palabras hicieron que Matilde abriera los ojos buscando los de Mauricio, fijos en ella con firmeza y un dolor imposible de ocultar.

—Eso ya lo habíamos hablado.

—No. Esto no. Me dijiste que habías salido con Enrique un tiempo. Pero la realidad es que Romina te lo quitó. ¿Verdad?

Volvió a cerrar los ojos. Estaba demasiado cansada como para revolverse.

—Mauricio..., ¿de verdad quieres seguir con esto?

El guardia civil ahogó un gemido del llanto que se esforzaba en reprimir.

—No. Pero debo hacerlo. Porque tú mataste a Romina.

Callaron ambos durante largo rato, envueltos en un silencio que ni siquiera los pitidos de otras habitaciones llamando a las enfermeras pudieron romper. Se miraban, mantenían sin quererlo un segmento visual, una recta invariable y tan sólida que ninguno era capaz de romper. Mauricio suplicaba en silencio por que aquello no fuera cierto, que se tratara de un terrible error en sus deducciones o, aún mejor, en una pesadilla pese a saber con certeza que aquella mujer, la misma con la que había compartido noches de amor y secretos, que le hizo sentir hombre por primera vez y otras tantas, era también una asesina a la que nada se le ponía por delante.

Abandonándose a la serenidad del derrotado, Matilde cerró al fin los ojos tras esbozar una sonrisa llena de ligereza. No tenía sentido defenderse, mucho menos fingir sentimiento de ofensa hacia una acusación tan grave y categórica. Incapaz de creer lo que estaba sucediendo, Mauricio apartó la vista y se cubrió medio rostro con la mano.

—Siempre te he admirado —dijo—. Saulo es bueno, pero no es nada sin ti. Tú tienes aplomo, serenidad, diplomacia. Es agradable estar contigo. Por eso me gustaría saber cómo has conseguido averiguarlo.

Mauricio se situó a su lado sin dejar de mirarla a los ojos. Pese a haber causado dos muertes, Matilde ofrecía una expresión serena, desprovista de culpabilidad alguna, quizá —pensaba el guardia civil— por los calmantes que llevaba en el cuerpo. Posó su mano sobre la sábana y, tirando de ella, le dejó las piernas al descubierto.

—Encontramos una foto en el Instagram de Romina. Mostraba su tatuaje junto con el de otra persona de la que solo se veía una pierna. Se habían dibujado dos letras griegas; alfa y sigma. Tú tienes una marca en la misma zona, a la altura del tobillo.

—Y eso te lleva a pensar que fui yo.

—No lo pienso. Lo afirmo. Como también puedo afirmar que tú eres Sigma. Esa es la letra que te tatuaste justo donde tienes la quemadura. Quisiste borraréte, pero no llegó a quedar bien.

—No me lo puedo creer...

—¡Matilde, déjalo ya! ¿Sabes todo el mal que has hecho?! ¡Tienes dos asesinatos a tus espaldas! ¡Dos! ¿Qué te ha llevado a hacer una cosa así?

—Mauricio..., deja que te lo explique.

—No hay nada que explicar.

—Lo voy a hacer de todos modos. Y te agradecería que me escucharas.

—Tengo que entregarte. Lo siento.

—Harás bien en hacerlo, pero antes escúchame. Es lo último que voy a pedirte. Aunque te duela.

Le resultaba imposible mirarla como siempre. Esa no era la Matilde que una vez conoció. Y no lo era porque, ahora lo sabía, nunca llegó a existir. Su fascinación por aquella chica resuelta y vehemente le llevó a idealizarla de tal modo que, aunque procuró negárselo incluso a sí mismo por miedo al sufrimiento, había terminado enamorándose de ella.

—Romina y yo nos conocimos en la universidad. Ella quería ser periodista y yo me matriculé en Comunicación Audiovisual sin tener mucha idea de dónde me estaba metiendo. Nuestros grupos se conocieron y nos hicimos muy amigos. Éramos inseparables, lo compartíamos todo. Incluso llegamos a compartir algún chico que otro, no te voy a engañar. Tengo muy buen recuerdo de aquellos años, aunque al final las cosas hayan terminado así.

Matilde hizo una pausa para beber un poco de agua. Sentía la lengua arenosa.

—No sé si lo sabes —continuó—, pero es costumbre hacer un viaje importante a mitad de carrera.

—El viaje de Ecuador. Que sea de pueblo no me hace ningún paleta.

—Fuimos a Cancún por votación de la mayoría. Allí conocimos a Lara, por cierto. Ella estaba estudiando para ser publicista. Ya entonces era una amargada, la pobre. Romina sentía pena por ella y decidió incluirla en el grupo. Claro, eso la convirtió en su mejor amiga porque nadie más la ha soportado en su vida. Pero las cosas eran muy distintas entre ella y yo. Nunca llegamos a congeniar.

—¿Qué tiene que ver Lara en todo esto?

—Más de lo que me gustaría. La idea de tatuarnos se me ocurrió a mí una noche que estábamos medio borrachas. Para sellar nuestra amistad y todo eso. Pero, sobre todo, para dejarle claro a Lara que yo estaba por encima de ella.

—Es decir, marcaste a Romina como a una res para demostrar que era de tu propiedad.

—Más o menos —reconoció, y esta vez Mauricio sí pudo apreciar cierta vergüenza en el tono de su voz—. A Romina le gustaba la idea filosófica del principio y el fin. Alfa y omega. Lo echamos a suertes y a mí me tocó omega, pero no quise hacérmelo. Joder, era como llevar la marca de la muerte. Esa fue la razón por la que escogí la letra sigma. Entre otras cosas porque, si la giras, parece una eme. Te juro que esa y no otra fue la razón.

—Ya. Pero, por muy original que fuera la idea, te arrepentiste.

—Terminamos peleando por culpa de esa zorra de Lara y me dio por borrarérmelo.

Mauricio chistó llevándose una mano a los ojos. El cansancio comenzaba a pasarle factura.

—Te juro que esa es la verdad.

—Pues no me la creo.

—Ese es tu problema. El final de la historia es que entré a trabajar al Cosmópolis y conocí a Enrique. Lara entró bastante más tarde que yo por recomendación de Romina, que ya empezaba a tener éxito como *influencer*. Supo arreglárselas bien en todo. Incluso en lo que no era suyo.

Tomó agua de nuevo tras volver a notar la misma sensación en la lengua.

—Enrique es el hombre de mi vida. Soy consciente de que puedes odiarme por lo que estoy diciendo, pero esa es la verdad. Llevábamos años juntos y teníamos pensado casarnos cuando se me ocurrió presentarle a Romina. En aquel entonces, ella salía con Horacio. No hace falta que te hable de él, ya sabes que era un tipo muy problemático que incluso casi llega a las manos con Enrique. La cuestión es que se cayeron bien, y yo me alegré por ello. El tiempo pasó sin que nada me hiciera sospechar. Hasta que, una mañana, me dijo que ya no sentía nada por mí. Que se marchaba.

»Cuando supe que estaban juntos, me puse furiosa. Pensé que me iba a desmoronar, abandonarme al abismo y querer morirme de pena. Pero lo cierto es que no derramé una sola lágrima por Enrique. Lo único que quería era destruir a Romina, y que no escatimaría en medios para lograrlo. Así que decidí vengarme. Formalizaron su relación dejándonos a Horacio y a mí en la estacada. Entonces pensé: «si se entera de que le ha estado engañando con otro, la mataría».

—Y entonces comenzaste a firmar como Sigma.

Matilde hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas.

—Una noche, estaba navegando por internet cuando alguien contactó conmigo por correo electrónico. Dijo saber quién era yo y lo que me ocurría. Al principio pasé de él, ya sabes cómo suelen ser este tipo de cosas. Pero me envió una captura de pantalla con la foto de los tatuajes. Yo no tengo redes sociales, así que mi nombre no aparecía por ningún lado. Sin embargo, sabía que era yo,

como también cuándo y dónde me lo hice. Le pregunté por qué hacía eso. Su respuesta me dejó intrigada, porque dijo llamarse igual que mi tatuaje. Y que podía ayudarme a alcanzar mi venganza si yo le ayudaba con la suya.

—¿Estás diciendo que los anónimos a Romina no eran tuyos?

—Al contrario. Todo cuanto ella recibió vino de mi puño y letra. Sigma solo me asesoró.

—Pero firmabas con su nombre.

—Eso era parte del trato. Me proporcionó una dirección de correo encriptada y un seudónimo. ¿Qué más podía pedir? Todo parecía muy fácil porque *era* muy fácil. A partir de ahí, me puse manos a la obra. Hice saber a Horacio que su querida muñequita se estaba tirando a mi novio y montó en cólera. Eso fue un error por mi parte, no quería que Enrique sufriera ningún daño. Me consta que cumplía con sus amenazas y que siempre se superaba. Como sabes, su familia estuvo mucho tiempo vinculada con el tráfico de drogas. Te puedes imaginar los contactos que tenía, le bastaba chascar los dedos para mandar ir a por Enrique. Ahí tuve miedo de verdad. Por eso...

—Joder, tía —exclamó Mauricio levantándose y yendo de un lado a otro de la habitación llevándose las manos a la cabeza—. No te conozco, juro que no te conozco.

Matilde continuaba impávida mientras le observaba con pena.

—Debes saber que mis sentimientos hacia ti eran sinceros. Conseguiste que me ilusionara de nuevo.

—¿Mataste también a Horacio?

—Le vacié el líquido de frenos del coche. Ese cabrón iba a por Enrique, ¿qué querías que hiciera? ¡Tenía que protegerlo! De lo contrario, habría aparecido muerto Dios sabe dónde. No me arrepiento de ello. Además, salió bien. Nadie sospechó nada salvo su hermano. Pero claro, ese qué va a decir. Y pensé, si ya he acabado con uno, puedo hacerlo con dos.

El gesto de Matilde se contrajo levemente, como si una sensación de malestar le hubiera invadido de pronto. Pese a notarlo, Mauricio no reaccionó.

—Comencé a enviar anónimos a Romina. Por su trabajo como *tiktoker*, ese tipo de cosas no resultan extrañas. Pero, una vez más, Sigma me enseñó cómo hacerme notar. Y vaya si lo logré. Conseguí ponerla en guardia contándole cosas que solo ella sabía. Cosas que ni siquiera me había contado a mí cuando éramos amigas.

—Supongo que fue Sigma quien te las proporcionó.

—Obvio. Cuando le dije que Horacio había muerto por mi mano, amenacé con hacer daño a Enrique si no cortaba con él de inmediato. Se lo creyó. Sin embargo, no sé cómo demonio hizo para descubrir mi identidad. Al menos, es lo que dijo ella en su famoso *e-mail*.

—Un *e-mail* que nunca llegó a enviarse. Hasta en eso tuviste suerte.

—Puedes llamarlo como quieras. Esa misma noche, Romina me llamó por teléfono muy angustiada. Decía haber algo muy importante que necesitaba contarme, así que fui a su casa tan rápido como pude. Te preguntarás cómo era posible que nos siguiéramos hablando tras robarme definitivamente a mi novio. Tiene fácil respuesta, y es que sé fingir muy bien. Simulé tomármelo con toda deportividad, aunque, obviamente, dejaba entrever mi malestar aun sabiendo que la parejita había roto.

»Empezó a hablarme de Horacio y las pruebas que había estado reuniendo para demostrar su asesinato. Yo la escuchaba atenta, claro. No me puse nada nerviosa, porque tenía las espaldas muy bien cubiertas. Pero reconozco que se acercó mucho. Demasiado.

—¿Por eso la mataste? ¿Porque estuvo a punto de descubrirte?

—La maté porque, en cuanto leí el texto del *e-mail*, se nos cayeron las caretas a las dos. Forcejeamos y... bueno, ya sabes cómo acaba.

»Sin embargo, nunca imaginé que Noah supusiera un cabo suelto. Si no hubiese escondido la única copia que existía del mensaje en la taquilla de Enrique, nunca os habríais enterado de nada.

—Hay algo que no entiendo.

—Dime.

—Lo tenías todo perfectamente calculado. La muerte de Horacio, las amenazas a Romina... De pronto, Enrique desaparece y llegamos nosotros.

—Aquello fue algo completamente ajeno a mis planes. Nunca se me ocurriría raptar a Enrique con ningún fin, y menos aún dejarle a cargo de su madre. Ya has visto de lo que es capaz. Ahí me desesperé, lo reconozco. Fue cuando volví a contactar con Sigma.

El guardia civil palideció.

—Pero entonces...

Un golpe de tos sacudió a Matilde antes de pedir un poco de agua.

—Eso es. Fue Sigma quien me dio el nombre de Saulo.

Tosió de nuevo, esta vez con más fuerza. Todo apuntaba a que se había atragantado con el agua, pues ese modo de beber, con el cuerpo tumbado inclinándose ligeramente hacia la derecha, no era el idóneo para evitar que se le fuera por otro lado. Pero pronto quedó constancia de que ese no era el problema ni mucho menos, pues Matilde, sosegada hasta ahora gracias al alivio de la confesión, empezó a mostrar signos de ahogamiento llevándose ambas manos al cuello. Semejante escenario de alarma hizo que Mauricio olvidara por un instante todo cuanto había escuchado al verla tan angustiada. De nada sirvieron sus llamadas a la calma, centrarse en respirar por la nariz hasta que la tráquea se liberara de tan violentos y nada usuales espasmos. Los ojos de Matilde pedían socorro a gritos, los mismos que su voz era incapaz de reproducir. El guardia civil pulsó el botón de alarma, cuatro, cinco veces, y así hasta que una voz al otro lado del telefonillo preguntó el motivo de tanto alboroto. Corrieron tres enfermeras y un médico a la habitación ante el desespero de Mauricio, ahora en el pasillo, aguardando a que aquellos ángeles blancos y verdes pudieran salvarla mientras apretaba con el puño la medalla de la virgen que siempre llevaba consigo, pues se le había olvidado rezar. El doctor urgió a incorporarla para practicarle la maniobra de Heimlich, confiando en que la causa se debiera al mal tragar de alguna pastilla o de quién sabía qué, pero sus esfuerzos fueron en vano, porque se dio cuenta de que aquello no era un atragantamiento, sino una reacción del cuerpo a un medicamento.

—¿Quién de vosotras la ha atendido? —preguntó mientras marcaba con urgencia un número en el teléfono.

—Cuando entré a verla, un compañero vuestro le acababa de inyectar un calmante en esa bolsa de suero —intervino Mauricio para ahorrar tiempo—. Dijo que estaba fuera de peligro y que solo necesitaba descansar.

Matilde convulsionaba. No había tiempo. El doctor agarró la camilla y, con ayuda de dos enfermeras, corrió hasta perderse en el pasillo. La tercera de ellas se quedó para atender al guardia civil, visiblemente alterado por lo que estaba ocurriendo.

—¿Dices que fue un enfermero?

—Sí. Un chico de mi estatura, más o menos. Pelirrojo, con gafas. Ha sido hace apenas veinte

minutos, tiene que estar en vuestro turno.

El rostro de la enfermera sugería un tremendo bloqueo que no le dejaba pensar con claridad. Avergonzada, preocupada, asustada incluso, tomó sus manos despacio antes de tragar saliva para responderle.

—Cariño... Dios me libre de asustarte, pero no hay ningún enfermero con esa descripción en nuestra plantilla.

Minutos después, el médico regresó a la habitación visiblemente consternado.

Matilde había muerto ahogada en su propia sangre.

En la bolsa de suero encontraron una letra griega pintada con rotulador.

Mauricio permaneció encerrado en su cuarto durante una semana entera. No comía, no dormía, tampoco hablaba. La situación estaba muy lejos de ser nueva para Saulo, cuidador de su propia madre desde hacía demasiado tiempo. De vez en cuando llamaba a la puerta. Otras, entraba sin avisar y se sentaba junto a Mauricio, esperando que aquella presa emocional se abriera por fin y liberase todo cuanto tenía acumulado. Ventilaba la habitación contra su voluntad, limpiaba haciendo la mayor cantidad de ruido posible.

Una mañana, el guardia civil apareció en la cocina cuando Saulo estaba haciendo café. Lo encontró irreconocible. Se había afeitado la barba por completo y dejado el pelo al uno. Permanecer ajeno a tamaño cambio habría sido una descortesía por su parte, de modo que, además de alabarle la catártica metamorfosis, le dio un abrazo de esos que estrangulan con gusto a quien los recibe.

—Me alegro de verte, amigo.

El guardia civil sonrió.

—Es la primera vez que me llamas así.

—Porque los grandes cambios admiten excepciones. Pero no te acostumbres.

Desayunaron juntos tras dejar las maletas preparadas en la puerta, pues había llegado la hora de regresar a casa. El Marjal le estaba esperando con su rutina congelada en el tiempo, su gente, su cuartel, su vida, aquella de la que necesitó apartarse para echarla de menos y valorarla como es debido. Nada volvería a ser igual, contaba con ello, pero es bueno que sople el viento y la lluvia caiga para limpiar lo que el tiempo ensucia, o más bien, el uso que se hace del mismo.

Recorrieron el centro de Madrid de punta a cabo. Compraron ropa y se dejaron caer por la zona donde lo último en tecnología estaba en oferta. No hubo espacio para hablar de lo que había ocurrido con Matilde, ni de la brutalidad de su testimonio. Mauricio era sabedor de que, aunque necesario en ese momento, aquello era un parche que terminaría cayéndose más temprano que tarde, como también que Saulo no le permitiría pasar solo por ese trance. Tampoco él quiso mencionar nada, aunque motivos no le faltaban dado que su persona era el fin último de aquella larga y penosa historia.

Tras almorzar e ir al cine (Mauricio no iba desde niño), Saulo decidió enseñarle su casa. Pocas veces se prestó a ello con quienes le conocían, pero su amistad con Mauricio, distinta a todas las que había tenido hasta entonces por la abismal diferencia de personalidad entre ambos, despertó en él un sentimiento de reticencia al hecho de que se marchara. Ya no habría nadie en el piso de Pez, nadie a quien tomar el pelo de vez en cuando, nadie con quien vivir situaciones que le hacían sentirse eso, vivo. Nadie con quien poder hablar sin nudos de corbata de por medio. Qué irónico, pensó, llevar a mi único amigo al lugar donde me siento un prisionero.

Al llegar, la llave no entraba.

Llamó al timbre y nadie abrió. La ventana de la cocina, situada en la planta baja, permanecía cerrada.

—Esto es raro.

Recurrir al teléfono fue su última opción. Tampoco nadie llegó a responder. Marcó el número de su madre en vano, pues siempre lo tenía en silencio y a esa hora solía pintar con música de fondo. Solo quedaba el de Oberón, su tío y padrastro, el hombre que más odiaba en el mundo. Ni siquiera él respondió a la llamada.

—Saulo. Mira a tu izquierda.

Mauricio señalaba una maleta, la misma que Saulo utilizaba para viajar. El rugido de rabia que lanzó al verla sorprendió al guardia civil, pues nunca le había visto perder el control de esa manera. Insultaba, blasfemaba, incluso llegó a lanzar piedras contra la ventana del despacho principal desde donde Oberón le miraba triunfante con media sonrisa dibujada en el rostro y en los ojos. Con absoluta parsimonia, se llevó el teléfono a la oreja sin apartar la vista de su hijastro.

—¿Qué coño es todo esto, tío?

—*Esto es lo que pasa cuando alguien intenta apuñalarme por la espalda. ¿Pensabas acaso que no me iba a enterar nunca de que juegas a los detectives en una de mis propiedades?*

—¡Esa casa es mía! ¡Siempre lo ha sido!

—*Tu padre tenía la manga muy ancha, pero no es mi caso. Te lo dije una vez, Saulo. Te dije que no iba a permitir un solo desliz. Ha llegado el momento de que aprendas a valorar lo que tienes. O, por mejor decir, lo que has perdido. Pero, como muestra de mi generosidad a pesar de todo, te he dejado mil euros en tu cuenta para lo administres a conveniencia. Después, será cosa tuya.*

—Tiempo te ha faltado para usurpar la silla de mi padre y arrebatarme lo que es mío. Pero juro que esto no se va a quedar así. ¡Te lo juro, Oberón! Un día volveré y saldrás de mi casa con una patada en el culo.

—*Hasta entonces, esperaré aquí sentado.*

—Quiero ver a mi madre.

—*Y yo no quiero que la veas. Tranquilo, está al tanto de mi decisión.*

—¡Mi madre jamás aprobaría algo así!

—*Estoy seguro de ello, pero tú y yo sabemos que no se encuentra en condiciones de opinar. Es por eso que también he solicitado su incapacitación. Ahora no tiene ni voz, ni voto.*

Sabía que sus gritos de rabia suponían una victoria para su tío, pero a veces los sentimientos pueden adquirir la fuerza de cien tempestades. Mauricio, hasta ahora siempre un paso atrás, acortó la distancia para intentar alentarle. Por un instante, su mirada y la de Oberón se cruzaron. Pudo sentir el frío que transmitían sus ojos, indiferentes al sufrimiento que le estaba causando a placer.

—Vámonos, Saulo.

—No quiero —respondió lloroso.

—Hazme caso. Vamos. Todavía tenemos las llaves del piso.

Cuatro tilas llevaba en el cuerpo, y no fueron suficientes. Mauricio podía apreciar cómo Saulo apretaba los dientes por el marcado ángulo que mostraban sus pómulos. Ignoraba cómo proceder sin temor a que su colosal enfado volviese a aflorar.

—No entiendo cómo ha podido enterarse. Este piso lleva años a mi nombre. Me lo regaló mi padre al cumplir la mayoría de edad. Ni siquiera mi madre lo sabía. Solo Maruja, y pongo la mano en

el fuego por ella sin temor a quemarme. Fue ella quien me crio, jamás me desearía mal alguno.

Aunque acordaron no hablar de ello desde el momento en que Mauricio volvió al mundo de los vivos, le resultó imposible evitar poner el tema sobre la mesa.

—¿Crees que Matilde...?

—No lo sé. No creo. Todas sus atenciones se centraban en su propia historia.

—Pero entonces...

—Tío, lo último que quiero hacer ahora es elucubrar. Tiempo habrá para ello, me temo.

—¿Y qué piensas hacer?

Saulo se encogió de hombros. Por primera vez, se sintió indefenso ante Mauricio.

—Todo cuanto tengo está en esa casa. Mi mundo, mi vida entera. Ese cabrón me lo ha quitado todo.

Supo el guardia civil que le había llegado el momento de actuar. Por eso, tal como Saulo hizo con él otras veces, agarró la silla, se sentó a su lado y le sacó de aquella peligrosa espiral agarrándolo por la pechera.

—«No es tiempo de lamentarse, sino de poner remedio». Boecio, *Consuelo de la filosofía*. ¿Recuerdas? Me lo regalaste por Navidad. ¡Aplicátelo, joder! ¡Eres el puto Saulo Cánovas! ¡Serías capaz de meterte en el bolsillo al mismísimo diablo! Tú has mantenido vivo el legado familiar, te lo has currado más que nadie. ¿Y vas a dejar que ese *perrocostra* se salga con la suya?

—Yo no he dicho eso. Solo que necesito pensar. Empezando por qué voy a hacer en un futuro inmediato. No puedo quedarme aquí. No con Oberón tan crecido.

—Ese es el menor de tus problemas.

—Qué bien que lo veas así —respondió irónico.

—Tu verdadero problema es que vas a tener que comprarte ropa de invierno.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. El Marjal es muy frío en esta época del año.

Y fue en aquel momento cuando Saulo, hasta entonces la elocuencia personificada, el hombre con el que todos querían charlar en las fiestas, el que era capaz de construir historias de la nada para convencer al prójimo de lo que quisiera, se quedó sin palabras ante la satisfecha sonrisa de Mauricio, amigo al que se contuvo de abrazar en su absurdo afán por mantener las distancias que le definían de cara a los demás. Incluyó la cabeza apretando los labios, diciendo sin decir el «gracias» más sincero de toda su vida.

—No va a ser fácil. Lo sabes, ¿verdad?

De nuevo en silencio, Saulo asintió.

—Te ayudo a hacer la maleta y nos vamos. Eso sí, la gasolina la pagamos a medias.

—Espera un momento, picoleto. Necesito pedirte un favor antes de marcharnos. Uno importante.

Mauricio escuchó atento, alegrándose en silencio de que volviera a llamarle así.

El silencio de la madrugada le recordó a su pueblo. Ni un alma en la calle, ni un sonido más que el de algún gato en celo. Frente a ellos, la casa de los Cánovas se alzaba imponente y sumida en un halo de oscuridad que nada tenía que ver con la noche. Ni siquiera Oberón estaba despierto a esas horas.

—Saulo..., ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Conéctalo —se limitó a decir. Mauricio hizo lo que le había pedido. Tras abrir el maletero del

coche, extrajo dos enormes bafles que colocó despacio sobre el suelo antes de darles corriente.

—Ya está.

—Bien. ¿Preparado?

—No. Esto es muy burro, Pisaverde.

—Por eso va a ser memorable. ¿A la de tres?

Mauricio asintió. En el fondo, estaba entusiasmado.

—Tres...

—Dos...

—Uno...

Y la luz se hizo. O, por mejor decir, el sonido. Con la potencia de un concierto, la melodía del *Passa Calle* de Boccherini comenzó a resonar alegre por cada rincón. Cellos, violines, *pizzicatos*, su infancia, su padre, su madre, sus recuerdos, el cielo azul salpicado de nubes a modo de brochazos que tanto le recordaba a las pinturas de Goya, todo ello parecía manifestarse en el aire, tomar forma sin tomarla en medio del ladrido de los perros y las quejas vecinales. Nada de eso importaba. Solo una luz. La de la habitación de su madre, donde permanecía cautiva. Sonrió al ver que su improvisada ocurrencia había surtido efecto. Allí estaba, asomada a la ventana, mirándole, sonriendo emocionada viendo cómo su único hijo era capaz de alzarse, resistir y pronunciarse contra la tiranía de Oberón, el cual, blasfemando en idiomas desconocidos, colgó violento el teléfono al enterarse por la policía de que Saulo había conseguido un permiso municipal que le autorizaba hacer sonar esa música durante los dos minutos y dieciocho segundos exactos que duraba la pieza. Ahora fue Saulo quien, revestido de la fuerza que le definía y sintiéndose acompañado, miró a su tío con la actitud serena de quien, sabe, un día será vencedor.

Acto seguido, guardaron los bafles en el maletero y partieron hacia El Marjal.

—Los tienes bien puestos, amigo.

—Me viene de familia.

—Oye..., no he querido decir nada, pero, mientras le declarabas la guerra a tu tío, abrí por curiosidad el buzón y había una carta a tu nombre. Me he tomado la libertad de cogerla.

Saulo abrió el sobre y extrajo el papel que contenía. Su textura y gramaje no le hicieron necesitar ver quién era el abajo firmante.

Bien jugado, Saulo Cánovas. Está claro que tu reputación te precede.

Pero esto no ha hecho más que empezar.

Voy a acabar contigo igual que tú lo acabaste conmigo.

Mis más cordiales saludos,

Σ

—¿Qué es? —preguntó Mauricio mientras mantenía su atención en la carretera.

Saulo dobló la nota con cuidado antes de metérsela en el bolsillo y poner algo de música.

—Otra razón para volver.

Nota del autor

Siempre que llega el momento de escribir la nota final que acompaña a mis novelas me pregunto si verdaderamente habrá alguien interesado en leerla. Al fin y al cabo, no tiene tanto que ver con la historia como con la necesidad que uno siente de salirse del marco de la ficción, aunque sea en página y media o lo que dé de sí. Me justifico pensando que, como soy yo quien ha escrito el libro, no tengo que dar explicaciones a nadie más que a mi propio ego.

Pero esta bien lo merece, porque es especial. Su escritura ha sido mucho más fluida que la anterior y, quizá, que todas las anteriores hasta el momento. Apenas pasaron dos meses entre inventármela y redactar el primer borrador, algo nuevo para mí en los libros que llevo escritos hasta ahora. En mi caso, lo he dicho en alguna ocasión, las historias no entienden de plazos. Algunas requieren más tiempo y otras exigen cierta urgencia a riesgo de que se escapen y no vuelvan jamás. No obstante, conozco autores independientes que se sacan una novela de la manga cada treinta días. Yo, lo tengo claro, es algo que no soy capaz de hacer. Puedo redactar un borrador en mes y medio (me ocurrió con *Día de gracia*, si bien su proceso de preparación fue muchísimo más largo), pero crear una historia, estructurarla y ponerla negro sobre blanco como es debido de forma tan rutinaria y en tan poco tiempo no solo me resultaría imposible, sino que, a la larga y a la corta, supondría un desgaste que, en mi opinión, no merecen quienes se prestan a leer el trabajo de uno. Sea como sea, *La venganza de Sigma* ha salido tan rodada que aún no me creo haberla terminado en un periodo tan breve de tiempo.

Es curioso cómo se combinan los contrastes en la vida. Si terminar *Los crímenes de El Marjal* (el primer título de la serie) fue un verdadero martirio, yo andaba viviendo una etapa en la que era feliz y no lo sabía. Nada que ver con esta, desde luego. *La venganza de Sigma* se ha escrito casi sola, sí, pero las circunstancias en que me senté a la mesa de trabajo han sido de las más duras que he vivido hasta ahora. Por decirlo de forma resumida, buena parte de 2024 no existió para mí. Ni meses, ni días, ni horas. Tan solo una espera. Una eterna y agónica espera en un hospital que acabé conociendo al dedillo y del que, felizmente, se pudo salir de la mejor manera posible. Fue allí, de hecho, donde desarrollé gran parte de la escaleta inicial, en un pequeño cuaderno y con letra ilegible.

Javier Marías, uno de mis autores favoritos, dijo en su día: «*Quienes no las escriben no pueden imaginar del todo la compañía que da una novela en marcha. No es sólo que uno tenga una tarea pendiente que nos presta una imaginaria razón para levantarnos y recorrer el día. Es que ese trabajo posee la inapreciable virtud de absorber y abstraer*». Lejos estoy yo de aproximarme siquiera a la sombra de semejante titán, pero suscribo sus palabras desde la primera hasta la última. Si algo me ha brindado este libro, es refugio y compañía. Me salvó de los demonios, y eso, en mi caso, es decir muchísimo. Expresarse a través de cualquier actividad creativa; pintar, bailar, tallar, esculpir, diseñar, escribir, es una vía de escape tan potente que, aunque hacerlo en circunstancias terribles provoque al principio

un vomitivo sentimiento egoísta y culpable, solo puedo recomendarlo encarecidamente a quien esté atravesando un momento difícil.

Además de a mi familia, que para mí es el Verbo, hay alguien a quien quiero dar las gracias de todo corazón. Ese alguien se llama Riccardo Braccaioli, también escritor y, sin duda, un hombre que sabe poner en valor la palabra «amistad». Me lo demostró en cada uno de sus mensajes, en cada llamada, en cada palabra de aliento, en cada abrazo virtual durante el tiempo en que duró todo aquel infierno. No hubo día en que su nombre no apareciera escrito en la pantalla de mi teléfono, y eso es algo que siempre tendré presente.

Y gracias a ti por tu fidelidad. Si leyendo esta novela te contagias del mismo placer que yo he tenido al escribirla —extraño oficio este, tan solitario y capaz de dar cobijo cuando ruge la tormenta en el más acogedor de los refugios (la imaginación)—, mi trabajo habrá valido la pena.

Gracias por haber llegado hasta aquí

Me encantaría conocer tu opinión sobre *Los crímenes de El Marjal*. Por favor, acuérdate de escribir tu reseña en Amazon al respecto. Con algo tan simple, me ayudarás a continuar escribiendo nuevas historias.

Un pequeño gesto del lector, un gran paso para el leído.

Hablemos

Si quieres contactar conmigo, puedes hacerlo a través de:

Página del autor: eduardodiezweb.com

Twitter: @EdvardoDiez

Instagram: _diezeduardo

Facebook: Eduardo Díez (Escritor)

¿Quieres un libro GRATIS?

Suscríbete a mi lista de correo y recibirás al instante *TAL COMO ERES*, el primer volumen de la trilogía Miguel Lifante. ¡No te quedes sin él!

Una **foto**.

Una **canción**.

Una **puñalada**.

Ciento quince **piercings**.

Una de estas piezas **da sentido** a todas las demás.

★★★★★ *Un libro que te engancha de principio a fin. Se lee rápido, en parte por las ganas que tienes de ver como avanza la historia, por lo que se acaba haciendo corto.*

★★★★★ *La historia es interesante y mantiene constantemente el nivel de intriga, por lo que es muy difícil dejar de leerlo.*

[Lista de correo de Eduardo Díez](#)

Obras del autor

[GENS](#)

¿Y si una simple decisión cambiara tu vida para siempre?

Una noche de verano cualquiera, **Álex Jon se topa con el cadáver de un hombre** mientras patina por un polígono industrial.

El hombre tiene **un sobre cerrado en la mano**.

Jamás hubiera podido imaginar que ese sobre le arrastraría a Gens.

Porque **nadie sabe qué es Gens**. Ni quién es el hombre que la domina con mano de hierro.

Pero Álex Jon sí sabe una cosa: **la sombra de una amenaza se cierne sobre él** y los suyos.

Si quiere sobrevivir a ella, deberá integrarse en **un mundo que hace de la violencia su único lenguaje** y a cuyo origen terminará mucho más **vinculado** de lo que nunca habría llegado a **pensar**.

Álex Jon conocerá lo que es Gens. Y, cuando lo haga, **no volverá a ser el mismo**.

Trilogía Miguel Lifante:

1 - [TAL COMO ERES](#)

Una **foto**.

Una **canción**.

Una **puñalada**.

Ciento quince **piercings**.

Una de estas piezas **da sentido** a todas las demás.

2 - [LA MALA FLOR](#)

El abogado Miguel Lifante recibe el encargo de defender al presunto asesino de una novia el día de su boda. No lo tiene fácil. Todas las pruebas apuntan a que fue ese hombre quien cometió el crimen, aunque jura que le han tendido una trampa.

Pero **el verdadero objetivo de Miguel es otro**. Ha regresado a Madrid en busca de la única persona que puede ayudarle a esclarecer el **asesinato de su mejor amigo** cinco años atrás. Alguien que lidera y rige con mano de hierro una **sociedad oscura** de la que muy pocos conocen su

existencia.

Ayudado por un peculiar inspector de policía, deberá enfrentarse a su pasado, presente y futuro mientras las circunstancias confluyen en una riada de **mentiras, muerte y una despiadada venganza** en la que está más involucrado de lo que piensa.

Pero hay algo más:

¿De quién es la sombra que no deja de observarle?

3 - [DÍA DE GRACIA](#)

La abogada Iratxe Artiagabeitia ha aparecido **asesinada en un parque de Santander**. Todo indica que se trata de un **crimen pasional**, ya que Eneko, su marido, **se ha entregado a la policía**.

Pero **Miguel Lifante tiene serias dudas** al respecto. **Días antes de su asesinato**, Iratxe le confesó **temer por su vida** debido al caso en el que estaba trabajando. Y conoce de sobra a Eneko como para saber que no ha sido él.

Convencido de que tras el crimen se esconde un entramado mucho mayor, Miguel **inicia una búsqueda** que le obligará a escarbar en lo más miserable de la condición humana y **descender a las sombras de su pasado** para demostrar que la verdad no siempre está en lo evidente. Una verdad que le llevará a enfrentarse cara a cara con el **origen** de todo su **dolor**.

Mientras, la amenaza de un fantasma que se hace llamar **Bucéfalo** acecha en la oscuridad...

Serie Saulo Cánovas

1- [LOS CRÍMENES DE EL MARJAL](#)

Saulo Cánovas, un joven madrileño que ni estudia ni trabaja, **visita un pequeño pueblo llamado El Marjal** con la idea de pasar allí una temporada desconectado del mundo.

No podía estar más equivocado. **El cadáver de Pepita**, una adolescente muy querida por los vecinos, aparece semihundido en el río con evidentes **signos de suicidio** justo un día antes de que se conociera el **asesinato del alcalde**, apuñalado en su propio despacho.

Las pruebas parecen claras: la chica lo mató y, arrepentida, puso fin a su propia vida.

Pero Mauricio Silvestre, guardia civil recién ingresado en el cuerpo, **no piensa lo mismo**. Enfrentándose a su superior, y **con la ayuda de Saulo, ambos se embarcan en una investigación** que les mostrará la cara oculta del pueblo, un lugar repleto de **sombras, secretos, corruptelas** y falsas apariencias tras las que se ocultan extrañas desapariciones e incluso **antiguas leyendas dormidas** sobre brujas que, quizá, no hayan muerto del todo.

De hecho, hay quien dice haberlas visto bailar a la luz de la luna...